

LOS MISTERIOS

DE

LONDRES

7249

LOS MISTERIOS

de

LONDRES.

Novela escrita en inglés

por Sir Francis Trollope,

y trasladada al español de la versión francesa

Por D. I. M. de A.

TOMO TERCERO.

CAJAZ.

Imprenta, librería y litografía
DE LA REVISTA MEDICA,

plaza de la constitucion núm. 11.

1844.



LOS MISTERIOS DE LONDRES.

PARTE SEGUNDA.

LA MUJER DEL ABOGADO.

CAPITULO PRIMERO.

La hostelería del rey Jorge.

NOS hemos despedido de nuestros lectores en el momento en que miss Mary Trevor, engañada como su padre, por la muda escena desempeñada por Suzannah á la cabecera de Frank Perceval, consentía en dar su mano al marques de Rio-Santo.

Despues de aquella escena, hemos abandonado bruscamente los salones de Trevor-House por la modesta habitacion de las dos misses Mac-Farlane que Bob-Lantern, el querido muchacho como lo llamaba el buen capitan Paddy O'Chrane, condujo y dejó en una habitacion de la hosteleria del rey Jorge, construida sobre estacas ó pilares á orillas del Támesis.

Master Gruff, ya lo hemos dicho, ocupaba en su casa una posicion análoga á la del marido de la reina en un estado constitucional libre de la ley sálica: tenia el derecho imprescriptible de llenar por las tardes las voluntades de su muger, y Dios sabe lo pesada que era esta mision! Mistress Gruff hubiera sido sentada en un trono una reina seca, fea, negra, y caprichosa hasta el último extremo; en su mostrador era una posadera pasable, afable para los parroquianos, risueña para el público, terrible para su esposo, el cual, por una especie de báuscula conyugal establecida con superior conocimiento obtenia por cada sonrisa una rebotada, y por cada reverencia una maldicion.

Era una cosa ya establecida. Mistress Gruff hubiera formado un escrúpulo de no desahogar en él la bilis que ahorraba á sus parroquianos.

Hacia cerca de una hora que Ana y

Clary Mac-Farlane habian llegado á la posada del rey Jorge. Continuaban sentadas delante de la mesa preparada para la comida, y esperaban con impaciencia la venida de su padre.

De vez en cuando un paso furtivo se oia en el corredor, y un vestido talar se estremecia rozando la puerta como si alguien se acercase á la cerradura para ver ó para escuchar.

El viento de la tarde mugia por la parte exterior. Se veian pasar algunas veces como negros fantasmas por detras de los vidrios llenos de polvo de la ventana alta, á los espesos espirales de el humo de los vapores que subian ó bajaban el rio: se oia el grito triste y cadencioso de los *vwatermen* volviendo el cabrestante de su barco, el lejano crugido de la garrucha de los alijadores, y el mormullo aun mas lejano de los infinitos carruages que rodaban sin cesar por las calles de Londres.

Esto no tenia nada de estraordinario: esos sonidos debian ser muy familiares para los oidos de las dos hermanas; pero hay instantes en que todo es causa de lúgubres pensamientos.

Ana y Clary habian comenzado desde luego á hablar con alegria de su padre, tambien de Stephen, y tambien de aquellos agradables castillos que las jóvenes se com-

placian en construir sobre la movediza arena del porvenir; en seguida la soledad y el monótono concierto cuyas diversas partes hemos tratado describir, se reunieron para estremecerlas insensiblemente. Un peso enorme les oprimia sus corazones.

La habitacion en que estaban era grande; una gran cama con cielo raso y las cortinas corridas, formaban, con las sillas, la mesa y un buró de hechura antigua, todo su mueblage, que, gracias á aquella desnudez, parecia aun mas espaciosa. La noche estaba oscura, y una sola bugia desplegaba su temblona luz en las tinieblas de aquella pieza, cuyos sombríos artesonados no reflectaban sus resplandores.

Clary, seria y pensativa, miraba con distraccion la ventana donde aparecia á grandes intervalos la rápida luz de un paquebot impelido con toda la fuerza de la máquina. Ana, horrorizada verdaderamente pero sin atreverse á quejar, habia apoyado su cabeza en sus manos, y trataba de figurarse que estaba en casa de su tia, bajo la proteccion de su primo Stephen-Mac-Nab.

—¡Clary! dijo al fin en voz baja y sin descubrir su semblante.

Clary volvió ácia ella su mirada triste pero tranquila.

—¿No tienes miedo? continuó Ana: qué

sombria y húmeda es esta habitación, hermana mía!.... Y debe ser muy tarde.... Y ese hombre, ahora que pienso en él, oh! tenias razon, Clary! ese hombre, que nos ha traído que en nada se parece al bueno de Duncan de Leed!

—Tu que lo reconocias tan bien! dijo Clary sonriendo.

—No sé.... Duncan no tiene esa mirada que se sourie y oculta tras unas grandes y espesas cejas... Quisiera salir de esta casa Clary!

—Y nuestro padre que va á venir, loquilla!.... Vamos, tranquilizate.... Qué se puede temer á esta hora y en medio de Londres que está tan animado?

—No lo sé, dijo de nuevo Ana con voz temblona; tengo miedo... nunca lo he tenido mayor!

Asi que acabó de decir estas palabras, un ruido se oyó á la puerta, y la pobre niña se apretó estremeciéndose contra su hermana, cuya noble frente no perdió su serenidad.

La puerta se abrió y mistress Gruff entró provista de su mas complaciente sonrisa, y acompañada de master Gruff cuyo semblante ceñudo parecia haberse aumentado con una nueva dosis de mal humor.

Mistress Gruff traia unas sopas, y master Gruff un cántaro de cerbeza de Esco-

cia, cuya hirviente espuma, hubiera hecho revivir el instinto nacional en un *Cowlander* aun cuando hubiese estado muerto de tres dias.

—Conque, mis queridas señoritas, dijo mistress Gruff, haciendo una graciosa cortesía, el laird se hace esperar demasiado esta noche, y es estraño porque prometió estar de vuelta á las seis.

—¡Es estraño! gruñó master Gruff, fijando en Ana su rogiza pupila.

—Silencio, amigo mio, dijo con dulzura mistress Gruff, dejad el cántaro, y marchaos.

El buen hombre ejecutó este mandato en tres tiempos consecutivos.

—Vamos, vamos mis queridas señoritas, añadió alegremente la hostelera, cuando se hubo marchado el marido: el laird no puede tardar, y hareis muy bien en comer y beber alguna cosa mientras lo esperais.

Clary contestó con un ademan negativo.

—Un poco de cerbeza de Escocia, niña mia, añadió mistress Gruff llenando el vaso de las dos hermanas: cerbeza legítima de san Dustan, á fé mia. Es necesario probarla en recuerdo á aquel querido pais... Pero ya caigo, quizá querriais mejor un dedito de whisky.

—Esperaremos á nuestro padre, contes-

tò Clary á fin de poner término á estas patrióticas invitaciones.

Mistress Gruff acogió estas frias palabras, con una sonrisa angelical, dejando ver una hilera de dientes ennegrecidos.

—Mi querida señorita, hareis lo que mas os agrade; pero la cerbeza es muy buena, á fé mia... tan buena como no se ha hecho nunca del otro lado del solvway.

Mistress Gruff saludò, y volvió á bajar la escalera.

—M. Gruff, gritó al entrar en la sala baja, no pido al cielo otra cosa, sino que os mantenga en este mundo para mi castigo. ¿Por qué no me habeis ayudado á persuadir á esas melindrosas?

—Me impusisteis silencio!.... comenzò á decir el tosco hostelero.....

—Os lo repito, le interrumpió su dulce mitad, M. Gruff, de buena gana daría algunos doblones á quien me dijera de que serviais en este mundo.... Si, señor, lo haría como lo digo. ¿Qué sucederá ahora? Esas doncellitas no beberán, estoy segura, y quedarán despiertas como gata en acecho. ¿No me comprendeis?

—Mi buena amiga!.....

—Es preciso callarse cuando no se sabe decir mas que tonterias. ¿Cuan digna soy de lástima!..... ¿Qué dirá ahora el señor Bob que nos ha pagado anticipadamente?..

Respondedme, será necesario que le volvamos sus veinte libras?

= ¡Volverle sus veintes libras, Baby!

—Yo soy quien os pregunto, master Gruff.

= A fé mia, Baby, yo supongo...

—No os he dicho ya que os calleis! exclamó la conciliadora huésped. Dios mio! no me incomodeis mas: os aseguro que si tuviese otro marido.... pero en fin, á lo hecho pecho.

Y este hecho se habia consumado veinte años hacia.

Master Gruff bajó timidamente su terrible mirada, y no se atrevió á arriesgar una palabra siquiera. Su muger lo miró con un soberano desprecio, y cansada de no tener con quien desfogar, subió despacito al cuarto de las jóvenes.

Asi que llegó á la meseta de la escalera, miró con precaucion por la cerradura. Llevaba mistress Gruff un vestido de seda cerrado hasta la barba, como debe llevar toda metodista virtuosa, y esto nos esplicará, el roce que se oia por intervalos desde lo interior del aposento, pues el mas pequeño de los defectos de mistress Gruff era una suma curiosidad, y esta noche lo habia ejercitado mirando frecuentemente por la cerradura.

Sin embargo aunque podia ver muy bien, no podia oir palabra, circunstancia

muy desagradable sin duda , pues las dos hermanas se ocupaban entonces de ella.

El terror de Ana se habia calmado un poco habiendo contribuido bastante á conseguirlo la amable sonrisa de la huésped. Tranquilizada con la vista de una persona que le parecia amiga volvió á recobrar parte de su natural alegría. Ya no le parecia tan triste la habitacion en que se hallaba , y los ruidos exteriores llegaban á su oido despojados de aquel prestigio lúgubre que les prestaba anteriormente su aterrorizada imaginacion.

Pero al mismo tiempo una nube de inquietud habia venido á oscurecer el hermoso rostro de Clary: se hubiera dicho que el aspecto de aquella risueña huésped habia turbado su serenidad.

—¿Por qué hemos despedido á esta buena muger, dijo por último Ana: ¡tiene un trato tan dulce, tan cortes! Ya no tengo miedo..... ahora esperaria sin temor alguno aunque fuese hasta media noche.

—¡Hasta media noche! repitió Clary cuyas cejas se fruncieron imperceptiblemente: ¡Dios quiera que nuestro padre llegue cuanto antes..... hermana mia tú no has reparado bien á esa muger?

—Si Clary, y le hubiera dado un abrazo con todo mi corazon pues empezaba á dominar mi miedo.

—No has notado, añadió Clary como si su pensamiento se manifestase en alto, que su mirada tiene un no sé qué de extraño?

—¿De extraño?..... No..... antes bien la encuentro muy obsequiosa.

—Su sonrisa me ha hecho daño, dijo Clary en voz baja.

—Y á mi mucho bien, agregó Ana. ¡Pero qué palida estas! que seria, que triste! ¿De veras temes alguna cosa Clary?

La asustadiza niña perdió toda su alegría al pronunciar estas palabras, y se estrechó de nuevo contra su hermana.

Clary no respondió.

—¡Vaya! ¡vaya! dijo Ana: yo estaba ya tranquila y me has asustado de nuevo.

Clary la miró con aire indeciso, le tomó las manos, y procuró sonreirse.

—Nuestro padre va á venir, dijo por último.

—Si, si, nuestro bueno y querido padre, añadió Ana: vamos á volverle á ver.... y quizás nos llevará á nuestra amada Escocia con.....

—¿Con Stephen! dijo Clary en tono de chanza.

Las mejillas de Ana se pusieron como una rosa.

—Con mi tia murmuró..... y mi primo, si..... si quiere venir.

—¡No ha de querer hermana mia!..... pero cuanto tarda nuestro padre.

Clary pronunciò estas últimas palabras con acento de tanta inquietud, que Ana se estremeció involuntariamente. La pobre niña recibia por instinto las impresiones de su hermana en todas las circunstancias en que su sencilla y encantadora alegría no era suficiente para proteger la infantil debilidad de su caracter. Interrogó el semblante de Clary con una mirada de ansiedad, y su pasado terror volvió á aparecer con mas violencia.

Clary padecia y aunque su malestar no era de la misma naturaleza que el de su hermana, tenia tambien por base un irresistible terror. No podia esplicarse la tardanza de su padre: primeramente temia por él, y despues por su hermana y por si propia, pues volvian á presentarseles sus recientes dudas acerca del pretendido Duncan de Leed, y mientras mas pensaba en ellas mas cuerpo tomaban en su imaginacion hasta parecerse casi á una realidad.

Se hablaba mucho en aquel tiempo de robos misteriosos y de atentados impios: y la terrible nombradia de los *Burkears*, resurreccionistas, y otros especuladores de la muerte, turbaba á menudo el sueño de las jóvenes.

Clary tenia mucha razon para temer, hallándose con su hermana en una hosteria desconocida, á donde habia sido llevada por un hombre que la era ya sospecho-

so; pero el temor no podia dominar mucho tiempo aquel noble natural, y Clary le venció bien pronto. Bastóle para esto una mirada que echó á su hermana que vencida por su vago terror habia reclinado su hermosa cabeza sobre su mano y parecia proxima á desmayarse.

Entonces Clary tomó aquella mano fria; y la apretó dulcemente entre las suyas.

—Nadie pensará al verte de ese modo sino que estamos en una caverna de ladrones! murmuró: yo he querido ver si estas mas animosa que antes, Ana..... tranquilizate... estamos aqui tan seguras como en nuestra misma casa.... Como se habia de reir Stephen si te viera tan temblona y tan cobarde!

Ana levantó la cabeza, y creyó que Clary no tenia ya miedo, lo cual le volvió repentinamente todo su valor.

—Tienes frio añadió Clary: ¿quieres que cenemos mientras esperamos?

—Tienes hambre en este sitio Clary? preguntó Ana con admiracion: porque yo tengo un peso sobre mi alma!..... si hubiera un poco de agua!...

Sus pálidas mejillas se animaron, y su reducida boca tomó una espresion graciosa é infantil.

—¡Que estoy hablando de agua! exclamó tomando el gran vaso de cuerno en que la cerbeza de Escocia habia perdido ya su

abundante espuma: con esto recobramos nuestro ánimo, Clary: bebamos á la salud de nuestro padre.

Y bebió un gran trago.

Un ruido imperceptible se dejó oír á la puerta.

—Que buena está añadió Ana: Effie de Leed no la ha hecho nunca mejor..... si eres escocesa, Clary, te invito que respondas á mi brindis.

Clary deseosa de conservar la alegría de su hermana, tomó á su vez el vaso que tenia delante y bebió.

Entonces se oyó distintamente el ruido de unos pasos que se alejaban por el corredor, que dejó de percibirse al bajar las escaleras.

Estos pasos pertenecian á mistress Gruff que no se habia apartado de la cerradura durante la escena que acabamos de contar.

—¡Han bebido! han bebido! ¡las dos han bebido! gritó al entrar en la sala baja donde M. Gruff roncaba al lado del fuego mientras estaba esperando: han bebido las dos como guapas chicas de Escocia.

M. Gruff se despertó sobresaltado.

En cualquiera otra circunstancia menos favorable hubiera recibido una buena reprimenda por aquel sueño intempestivo, por-

que mistress Gruff era una muger inflexible, pero la alegría que experimentaba ahora la obligó á manifestarse clemente, contentándose con sacudir fuertemente á su esposo.

—Que hay mi querida ¿qué hay? preguntó el marido constitucional.

—Hay señor Gruff, masa inútil y estúpida, hay.... pícaro haragan hay... ¡una friolera! Las hijas del laird han bebido del agua de M. Bob.

—¿Han bebido me dices?

—Si, han bebido, y mal haya sino esperan ahora con paciencia la llegada del laird, que á estas horas está cazando en los matorrales de Teviot-Dale.

—Ya es muy tarde para cazar murmuró M. Gruff.

—Tarde ó temprano poco me importa, contestó agriamente la huéspedea: lo que si es positivo que el laird está doscientas millas de la hosteleria del rey Jorge y que....

Mientras hablaba mistress Gruff, la puerta de la calle se abrió repentinamente, y un hombre envuelto con cuidado en un plaid escoces entró en la sala baja de la posada.

Al entrar echò hácia atras los abigarrados paños de su plaid.

Mistress Gruff no acabó la frase que habia empezado, cayó como si la hubiese

herido un rayo en el escabel que estaba enfrente de su marido.

—¡El laird! murmuró con terror: solo el diablo lo hubiera podido traer aqui ahora.





CAPITULO SEGUNDO.

Los ángeles al borde de un abismo.

 L hombre que acababa de entrar en la sala baja de la hostelería del rey Jorge podría tener como cincuenta años aunque parecía de mas edad. Al desembarazarse del plaid que envolvía sus hombros y cubría en parte su semblante, dejó ver uno de aquellos rostros sanguineos, en que no se percibe la palidez sino despues de muchos años de padecimientos.

Y sin embargo, el rostro de esta persona estaba en extremo pálido.

Cada una de sus facciones llevaba impresa en lejíbles caracteres una historia de sufrimientos sin remedio, de crueles indecisiones, de agonias, de aspiraciones, y de mortales combates tenidos en el fondo de su corazón por la salvaje energía de indomables pasiones.

Los hábiles embusteros tienen mucho cuidado de que sus invenciones se aproximan cuanto sea dable á la verdad, dándoles aquella especie de color local que engaña fácilmente á las personas confiadas. Bob-Lantern que era un embustero de primer órden, no habia descuidado este principio elemental de su oficio, escogiendo entre todas las posadas sospechosas que le hubieran proporcionado igual facilidad para realizar su diabólico proyecto, la de M. Gruff, porque Angus Mac-Farlane paraba en ella cuando venia á Londres. Bob se habia aproximado de esta manera á la verdad, y se habia aproximado tanto que un imprevisto incidente podia cambiar la verosimilitud en la misma realidad.

Este era el escollo, pues Bob que contaba con lo casualidad, vino como auxiliar importuno á realizar su ficción, resultando que Bob habia dicho verdad á pesar suyo, pues el padre y las hijas estaban reunidos bajo un mismo techo.

El hombre que acababa de entrar era efectivamente el laird Angus Mac-Farlane del castillo de Crewe.

Tenia el aire triste y sumamente preocupado; pero aquella tristeza no era de las que un accidente fortuito hace salir al semblante, y que disipa el primer viento de alegría que sobreviene, era una tristeza crónica, fruto de muchos é incesantes cuidados. Sus ojos grandes y hermosos estaban cóncavos y rojizos, como si sus varoniles pupilas hubiesen estado acostumbradas al llanto. Su plegada frente se veía coronada de grises y escasos cabellos, su boca de una regularidad perfecta conservaba en sus estremidades un profundo surco, exacto geroglífico, del padecer y marca indeleble de amargura y de dolor.

Dos caracteres contradictorios se disputaban por decirlo así la espresion de su fisonomía. Una energía natural avivaba por intervalos con un fuego generoso el conjunto de aquellas marchitas facciones: al mismo tiempo aparecía un cansancio desesperado, un abatimiento fatal, en una palabra, aquella especie de pavor funesto que domina al soldado que ha sido vencido muchas veces.

Habia combatido contra otro y contra sí mismo por una causa justa ó injusta: habia combatido hasta agotar todas sus fuerzas y quizá, combatía aun. Pero llevaba en

su frente la señal de la derrota: era un soldado vencido.

La llegada del laird en esta ocasion dejó á la digna pareja como si hubiera sido herida por un rayo. Mistress Gruff cayó como ya hemos dicho en un escabel mientras que su esposo abria sus ojos grandes y estúpidos, y se atusaba á toda priesa los espesos pelos de sus rojas patillas.

Angus no advirtió su emocion: aproximó al fuego sus borceguies empapados por la lluvia y echó sobre la mesa su gorra adornada con unas ramas de tejo.

—Estoy cansado, dijo, preparad mi habitacion.

—¡Vuestra habitacion! repitió Gruff refunfuñando: vuestra habitacion Mac-Farlane!.... Mal haya si yo creia veros aqui esta noche.... si, Mac-Farlane.... ò vuestro Honor como os llaman ahora: mal haya si os esperaba.

—¿Mi habitacion está ocupada? preguntó el laird.

—¿Ocupada?..... á Dios gracias Mac-Farlane hay mas de una en el rey Jorge... y en cuanto á la vuestra....

—Silencio, amigo mio, interrumpió con dulzura la hostelera que habia tenido tiempo de recuperarse de su emocion, y de echar mano de su habitual sonrisa: vuestro Honor ha querido sorprendernos.... ¿cómo

estais de salud?..... ¿hay buenas nuevas en el pais?

Esto fué dicho con mucha volubilidad y con aire que queria manifestar un cordial regocijo.

—No estoy bueno, respondió friamente el laird: en cuanto á nuevas no sé ningunas..... ¿no quereis prepararme mi habitacion?

M. Gruff iba á tomar la palabra, pero un ademan de su muger le impuso silencio.

—Cada uno gana su vida como puede, vuestro Honor, dijo la hostelera con tono insinuante en que se distinguia un ligero viso de sarcasmo: todo el mundo no ha recibido como vos un hermoso castillo por patrimonio que renta mas libras que Shillings podemos ganar nosotros.... vuestra habitacion nos sirve para nuestro comercio que hacemos en el Támesis, y ahora tenemos alli algunos bultos....

—Quitadlos, dijo Mac-Farlane con impaciencia.

—Hay otras habitaciones, pardiez, refunfuñó Gruff con mal humor.

—Amigo mio, le interrumpió mistress Gruff, es necesario que guardéis silencio.... su Honor tiene derecho para escojer la habitacion que le agrade.... tened un poco de paciencia, señor Mac-Farlane, pues den-

tro de media hora todo estará listo... Queréis que os sirva de comer mientras que esperáis.

—Comeré en mi habitación, contestó el laird, y que vuestros criados despachen pronto.

—Todos los de casa están á las órdenes de vuestro Honor, dijo mistres Gruff cuya inalterable amenidad no se desmentía por las circunstancias: voy, y regresaré pronto, señor Mac-Farlane, pues es cosa de un cuarto de hora solamente.

Levantóse y al pasar pellizcó con fuerzas el brazo de su marido que ahogó un gruñido de dolor.

—Procurad entretenerle, le dijo bajito, y cuando yo tosa subid.

M. Gruff respondió con un ademán de obediencia.

Angus Mac-Farlane se sentó en el escabel que habia dejado la huésped, y se aproximó al fuego.

—Está el día como un demonio, Mac-Farlane, empezó á decir de pronto M. Gruff, á fin de obedecer á su soberana, y de entretener al laird: hace un frío de Barrabás aunque direis que la estacion lo requiere.... pero hace un frío tan frío!..... he visto yo dias de invierno en que el viento era tan suave como..... suavísimo, á fé mia, y todo el mundo ha experimentado lo propio.....

¿quereis un polvo de *irish snuff*. (1).

M. Gruff presentó su caja abierta, y notando entonces que el laird no le escuchaba, desahogó su opresion en un suspiro.

=¡Ya no está aquí! murmuró sonriéndose con estupidez: ahora se le podría robar la mano derecha sin que la izquierda lo percibiese..... pero es igual: lo que yo quisiera es que el negocio de arriba estuviese concluido.

El laird habia cruzado las manos sobre sus rodillas: su cabeza estaba inclinada hácia adelante y su ojo empañado y fijo parecia seguir el humo espeso y verdoso que salia del hogar, producido por el polvo del carbon de piedra que mistress Gruff habia echado antes de salir, pero en realidad los ojos del laird no veian ni el humo, ni la chimenea, ni otro objeto ninguno.

Estaba absorto en sus pensamientos, y la espresion de su fisionomia se habia revestido de un color mas sombrío: sus cejas estaban fruncidas, y su respiracion levantaba con dificultad el pecho.

=¡Mac-Nab! ¡Mac-Nab! murmuró con voz ahogada, pobre hermano mio.... los augurios lo han dicho: mi sangre debe vengarte, mi sangre debe castigarlos.

(1) Tabaco de Irlanda afamado por su diabolico olor y fortaleza.

Se detuvo y respiró con fuerza.

—Espero tener ánimo para herir: espero..... ¿por qué permites Dios mio que ame uno á quien debiera aborrecer?

—Hola! hola! murmuró M. Gruff bostezando: Dios permite que mistres Gruff y yo nos detestemos con toda nuestra alma.

En el interin la huéspedada habia subido con precaucion, y se habia puesto á mirar por la cerradura el interior del cuarto ocupado por las dos hermanas.

La estraña escena que pasaba alli, hubiera conmovido al espectador mas indifferente: pero mistress Gruff estaba echa á prueba de compasion. Con el ojo aplicado á la cerradura, sentia unicamente no poder escuchar las palabras y tener que contentarse con asistir tan solo á una pantomima, que era, en verdad, privarse de la mitad del placer.

La cerbeza de mistress Gruff contenia una buena dósis del agua que Bob Lantern habia recibido de Bishop el asesino, en la taberna de *the Pipe and Pot*. Este agua no era mas que un narcotico poderoso cuyos secretos sabian los resurreccionistas, y de la que usaban para adormecer á las victimas de su infernal industria. Apenas habian bebido las dos hermanas algunos buches, cuando sintieron el efecto del narcótico. Primeramente experimentaron como un aumento de

vida. Ana se puso á cantar una armoniosa cancion de su pais, y Clary entregó sus pensamientos á su curso ordinario, y, por la primera vez despues de tantos dias de tristeza, vió lucir un rayo de divina esperanza.

En seguida las dos sintieron bambolear bajo sus pies el suelo de la habitacion, meciéndose en lentas y muelles oscilaciones semejantes al balance de un buque navegando por el mar tranquilo.

Ana cerró los ojos sonriéndose; Clary se puso repentinamente pálida, é hizo un esfuerzo para contener el equilibrio: una vaga sospecha de la realidad cruzó entonces por su imaginacion.

El estado de las dos hermanas presentaba síntomas enteramente opuestos. Además de la diferencia de sus temperamentos, habia entre las dos un abismo: Ana, pobre niña, se dormia dichosa y Clary, acababa de entreveer confusamente el horror de su situacion.

Enderezóse porque su corazon era animoso, y se sintió tan vigorosa que por un instante desafió al sueño. De pié con el seno elevado, la vista echando fuego como una amazona armada para combatir á un enemigo invisible, se asemejaba en su talante á un hermoso guerrero que tan bien sabe pintar la varonil poesia del norte. Cualquier hombre, que la hubiese visto tan noble al borde del abismo,

hubiera sentido oprimirsele el corazón por aquel dolor respetuoso que producen la lástima y la admiración reunidas. Su aspecto hubiera inspirado adhesión á el alma mas vulgar, y un cobarde se hubiera encontrado con ánimo para defenderla.

Pero aquel vigor ficticio exigía una atención demasiado violenta, su duración fué corta. Los ojos de Clary se dirigieron por casualidad hácia Ana cuya risueña cabeza estaba reclinada sobre el espaldar del sillón.

Aquella vista fué magnética para Clary que cayó débil é inerte en su silla, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas con lentitud.

—Hermana mia! pobre Ana! murmuró con voz conmovedora.

Ana oyó, y sus labios se entreabrieron.

—Hace mucho tiempo que le amo, dijo con aquella voz dichosa y recojida de las gentes que han sufrido mucho y que al cabo llegan á la felicidad: mucho tiempo, Clary! Ayer creí que le amabas.... y no he cesado de llorar mientras dormías.

Clary se apretó la frente con sus manos ya crispadas.

—¡Padre mio! ¡padre mio! exclamó con violencia: no estais ahí para salvar á vuestra hijal.... pierdame yo, Dios mio, con tal que ella se salve.

En este momento llegó mistress Gruff, y

creyendo por la inmovilidad de las dos hermanas que todo estaba concluido iba á levantar el pestillo, cuando un movimiento de Ana la detuvo.

La mas jòven de las dos hermanas se movió en su sillón y estendió al aire una mano como presentándola á una persona imaginaria.

—Gracias, gracias, padre mio, dijo : mi felicidad será vuestra recompensa... ¡Stephen me ama tanto! añadió con pudor: y yo..... ¡oh! yo..... mañana es la boda..... y debo callarme hasta mañana.

Clary no podia llorar, y su agonía tocaba ya en delirio, pues cada palabra de Ana atravesaba su corazón.

Aun tenia esperanzas diciéndose que sus recelos eran hijos de su timidez ; pero los efectos del narcótico eran tan palpables en Ana, que iba siendo cada vez mas inverosímil la duda.

Y aunque el efecto que le producía fuese menos completo, ¿no era en algún tanto mas terrible? Resistía, pero estaba vencida, y vencida conociéndolo ; era un combate real; el enemigo mas fuerte pasaba sobre ella su mano de plomo y la sojuzgaba.

Sin embargo no cedía aun , porque, por poderoso que fuese el narcótico, la cantidad que habían tomado cada una de las hermanas, era muy corta para que tuviese

inmediatamente un resultado decisivo. Mistress Gruff se impacientaba y maldecía detrás de la puerta, temiendo sin cesar que no se le ocurriese al laird subir la escalera.

—Si esas queridas niñas pudiesen beber de nuevo! decía.

En aquel momento, Ana, despierta todavía, ó comenzando quizá á soñar, volvió á cantar su cancion escocesa con voz débil y entrecortada. El primer acento de aquella voz querida hizo estremecer á Clary, y dió alguna mas fuerza á su desesperacion, se levantó y con gran admiracion de mistress Gruff que no tuvo mas tiempo sino para echar la llave, se dirigió hácia la puerta.

—¡Cerrado! murmuró con frialdad como si hubiese esperado aquella circunstancia.

Sus piernas flaquearon, y su hermoso cuello apenas podia sostener el peso de su abrumada cabeza. Atravesó de nuevo la habitacion vacilando, y se acercó á la ventana.

Esta, como casi todas las de Lóndres, se componia de dos bastidores sobrecargados, destinados á correr uno sobre otro de alto á bajo. Clary trató de levantar el bastidor inferior, contando sin duda con poder llamar á su socorro; pero la madera era muy pesada, y no tenia el contrapeso que, regularmente, permite hacer mover con facilidad esas incómodas ventanas.

Clary despues de dos ó tres infructuosas tentativas, dejó caer sus brazos junto á su cuerpo, é inclinò la cabeza.

—Tira, tortolita mia, cansate, palomita; murmuraba para si la buena mistress Gruff; mientras mas trabajos, mas pronto te dormirás.... asi lo conozco y lo espero á Dios gracias.

—Cuan dichosa es Clary con mi felicidad! dijo en aquel momento Ana, que medio se levantó, pero sin abrir los ojos. ¡Buena hermana! quisiera que amase á un hombre como yo amo á mi Stephen, pues ese hombre la amaria.... ¡Es tan hermosa!.....

Al oir estas palabras, la mayor de las dos jóvenes permaneciò de pié, derecha, tiesa, como si la sangre se le hubiese parado de pronto en las venas. Un nuevo pensamiento acababa de atravesar su imaginacion; y este pensamiento era despedazador.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo cayendo sin fuerzas de rodillas; ya no le veré mas... y me amaba!

La idea de la muerte, pues esta era la que esperaba Clary, no se le habia presentado hasta entonces sino respecto á su hermana: su corazon estaba despedazado representándose á Ana entregada á los fúnebres reconocimientos de los peritos de la resurreccion, de aquel infame colaboratorio de cadáveres: pero se habia olvidado de si misma.

Ahora su desesperacion se aumentaba por su angustia personal. Su amor ardiente, y jóven, pasion repentina, absoluta, sin límites, que hemos procurado pintar en la primera parte de esta historia, acababa de reemplazar repentinamente la ternura fraternal. Acia él, ácia él, que era su esperanza, su Dios, iban á lanzarse en adelante las últimas aspiraciones de su agonia. Ya no habia tranquilidad, ya no habia resignacion, sino pesares, lloros y gritos de interminable dolor.

La pobre jóven se agitaba impaciente sobre el húmedo polvo del suelo. Despedazadores gritos salian de su oprimido pecho. Sufria como no es dable á nuestra perecedera naturaleza sufrir dos veces en la vida.

Ana continuaba sonriéndose en su sueño, y murmuraba por intervalos palabras de estática felicidad.

Sin embargo, mistress Gruff, horrorizada con las quejas de Clary que podian llegar á los oidos de el laird, bajó prontamente la escalera, y desde la puerta hizo señas á su marido que se acercó al momento.

—Tomad vuestro violin, dijo.

—Mi violin, mi querida amiga! repitió Gruff admirado.

—Callaos!..... Tomad vuestro violin os vuelvo á decir.

Tomò un violin lleno de polvo y con

una cuerda menos, que estaba colgado del artesonado, y pasó la pez por el arco.

—Me parece que he oído un grito, dijo Angus Mac-Farlane, saliendo de su sombría meditación.

—Tenga un poco de paciencia vuestro Honor, respondió la huésped; dentro de cinco minutos estará lista vuestra habitación.

En el mismo momento el arco tocó las cuerdas del violín, y dió un sonido diabólico.

Mac-Farlane sacó de su faltriquera un gorro de tartan, que encasquetó hasta sus orejas, mientras que Gruff arañaba la marcha de los Mac-Gregors.

De suerte que á los últimos gritos de la desgraciada Clary, vinieron á mezclarse los sonidos de aquella irrisoria música. Su voz se apagó muy pronto bajo el creciente esfuerzo de un sueño invencible.

—Edward! murmuró al fin dando el último suspiro: Edward!.... Te amaba!.... Te amo!.... oh! ni siquiera podrás saber que muero amándote!

Procuró arrastrarse hasta su hermana, que tendida graciosamente en su sillón, dormía con una sonrisa angelical.

—Van á venir, pensaba, pues no podía ya hablar, van á venir!.... Del sueño pasaremos á la muerte... ¡Pobre hermana!.... no tendrá tumba-donde pueda ir Stephen

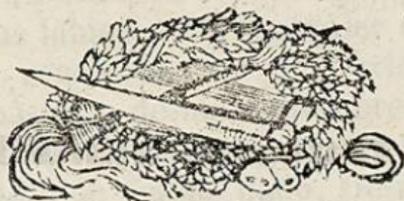
á llorarla!.... Y yo!.... quien llevará mi último suspiro á Edward!.....

Cayóse , paralizada , junto á su hermana, y posó la cabeza en su seno murmurando esta queja suprema:

—Qué hemos hecho , Dios mio, para morir así!

Y no se movió mas.

—Stephen! Stephen mio! dijo Ana que rodeó con sus lindos y blancos brazos el cuello de su hermana dormida: cuan bueno es Dios, y nosotras que dichosas!.....





CAPITULO TERCERO.

La linterna amarilla.

UANDO mistress Gruff vió por el ojo de la cerradura á las dos jóvenes inmóviles y abrazadas, destorcíó con suavidad la llave, y empujó la puerta.

Habian tardado mucho tiempo, y aquella inmovilidad podria aun no ser producida por el sueño. Mistress Gruff que era una

muger prudente, tomó la precaucion de pasar muchas veces la bugia por delante de sus ojos, para cerciorarse que dormian.

Esta operacion, junta con los abominables sonidos de la marcha de Mac-Gregor, que el cascado violin de master Gruff enviaba desde abajo por la puerta abierta, hubiera hecho abrir los ojos de un muerto. Sin embargo, las dos hermanas no se movieron, y seguramente el letargo habia comenzado. Mistress Gruff estaba en frente de las dos encantadoras estatuas, incapaces no solamente de resistirla, sino de conocer el peligro.

Asi es que la dulce huéspedada dejó de pronto á un lado la sonrisa que habia llamado á sus labios para cualquier evento. Su cara, que regularmente se cubria sin cesar de una máscara de mansedumbre, tomó instantáneamente la repugnante espresion que la naturaleza le habia dado. Desapareció la hipocresia, y la reemplazó una dureza fria, brutal, premeditada, sin ninguna mezcla de compasion.

—Veinte libras! murmuró examinando á las dos jóvenes con vista conocedora: mae-se Lantern hará un lindo negocio, si quiere venderlas muertas ó vivas.... pues nuestros cirujanos tienen picaros caprichos, y pagan muy caro por envainar su acerado escalpelo en la piel de un hermoso cuerpo...

¡Veinte libras!.... Bien podría darnos alguna cosa mas.... Pues son, á fé mia, personas tan lindas; que mas de un lord vaciaría su bolsa en manos de una muger honrada que se encargase....

Mistress Gruff se detuvo y comenzó á reflexionar. Tal vez tuvo por un momento la idea de ganar por la mano á Bob, y robarle su *mercancia*, pero el recuerdo de Angus Mac-Farlane cuya presencia era una terrible amenaza, vino á cambiar el curso de sus pensamientos. Se separó de las dos hermanas, se fué á la escalera, y tosió de ese modo agudo y afectado, que en todos los paises equivale á una llamada.

Esta era la señal convenida. El violin de master Gruff cesó de pronto de oirse y el digno posadero muy luego se vió en lo alto de la escalera.

—¿Está ya hecho? preguntò muy bajito.

—¡Callaos! contestó mistres Gruff por costumbre: ¿qué hace el laird?

—No hay peligro alguuo, mi buena amiga. El laird está ahora con sus caprichos de montañés. Habla solo de adivinaciones, y de otras boberias.... Oh! continuò master Gruff parándose delante de las dos hermanas con una verdadera compasion: pobres criaturas!

Mistress Gruff se encogió de hombros.

=Que lástima! continuó el posadero, cuya voz enternecida contrastaba con su nefanda apariencia; que lástima hacer mal á estos pobres ángeles!

—¡Callaos! dijo agriamente mistress Gruff, y colocad el farol.

El posadero se alejó suspirando.

—Es posible, murmuró la huésped con melancolia, que una muger como yo tenga un marido semejante!.... No iba á lamentarse por la suerte de estas pichoncitas!.... Veinte libras son veinte libras, ¿ois máquina sin inteligencia? y porque maese Bob Lantern haga su oficio como es debido.... ese si que es un hombre, á fé mia!.... no es una razon para suspirar como un buey que deguellan, no!..... No me contesteis, es inútil; soy una pecadora, y Dios me ha cargado con una buena cruz en este mundo, maese Gruff, esto es lo cierto.

Este no habia intentado responder. Tenia veinte años de experiencia en poder de aquella fiera, y conocia el peligro de las discusiones.

Levantó con brazo robusto el bastidor de la ventana, que la pobre Clary no habia podido mover, y abrió una linterna colgada en la pared exterior. Mistress Gruff le alargó una bugia encendida, que clavó en un punzon que servia de candelero á la linterna, é iluminándose, lanzó sobre la pa-

red reflejos de un amarillo vivo y brillante.

En el otro lado de la ventana habia otra linterna. Master Gruff no la encendió; pero la claridad que esparcia su compañera, permitia ver que aquella otra estaba cerrada con un cristal verde.

Ya la hemos visto brillar cierto domingo por la noche sobre el Támesis durante la neblina, y ya sabemos que servia de señal á la escuadrilla del buen capitan Paddy, que venia á cargar los despojos de los desgraciados que esplotaba el *pequeño comercio* de los esposos Gruff. Tendremos que estendernos mas adelante acerca de los méritos de esta nocturna industria.

Respecto á la linterna amarilla ya hemos dicho algunas palabras. También era una señal, pero que se dirigia á los especuladores de la muerte: no anunciaba despojos, sino cadáveres. El buen capitan Paddy tenia alguna razon de estremecerse pensando en aquel lúgubre fanal, colocado como una seña encima de aquella caverna, en que el crimen industrioso vendia hasta la carne de sus víctimas.

Solamente la Inglaterra en el mundo puede producir estos monstruosos afiliados, esos tigres economos que llevan en partida doble los estados de sus fechorias, y aplican hasta á el asesinato la rigurosa lógica de los cálculos comerciales.

Maese Gruff soltó el bastidor inferior de la ventana , que resbaló crugiendo por los húmedos encajes, y volvió á caer pesadamente.

—Me parece que he visto la barca de Bob delante de White-Friars , dijo el posadero con su aire pesaroso y gruñon..... el sabueso olfatea su presa..... Antes de tres minutos estará aquí.

—Ese es un hombre muy listo! contestò la huéspedea con énfasis, echando á su esposo una mirada de desprecio: si tuvieseis bastante talento para comprender que no sois mas que un zote, master Gruff, procurariais ir á su escuela..... Pero Dios os ha hecho asi, para castigo de mis pecados.....

Master Gruff no habia oido esta reprimenda: se habia acercado involuntariamente á las dos hermanas, y las contemplaba con compasion.

—Mucho daño he hecho en mi vida, murmurò, pero mal haya si no es una cosa triste entregar dos hermosas niñas como estas, á ese carnicero de Bob.....

—Que decis! exclamó la huéspedea cuya amarillosa cara se puso encarnada de cólera , ¿desde cuando os poneis á reflexionar?..... Seguramente que son hermosas, pero ¿qué nos importa eso?..... Tenemos algunas rentas para pasar nuestro tiempo en llorar por la desgracia de otro..... Bajad á ver si el laird se impacienta, y traedme un

vaso de whisky.... ¡vamos! ¡mas vivo todavia!

Master Gruff obedeció, y dijo para sus adentros, si no seria oportuno poner algun dia en el whisky de su muger, tres ó cuatro gotas del agua de Bob-Lantern, para dormirla.

A esta pregunta, el buen sentido de maese Gruff respondió, que mejor seria doblar la dosis, y echar seis ú ocho gotas, á fin de evitar el peligro de que la agasajadora huéspedea volviese á despertar nunca.

Propósito que guardó para reflexionarlo mas despacio.

En el momento en que volvia para anunciar que el laird permanecia aun en el rincon del hogar, perdido en sus enmarañados pensamientos, un campanillazo sonó encima de su cabeza.

—Ya está ahi maese Bob, dijo la huéspedea: manos á la obra, ahora mismo.

Los dos se pusieron á levantar la mesa, que llevaron á un rincon de la habitacion, y Gruff, cogiendo á favor de un gancho una sogá que estaba liada á una garrucha colocada en una de las vigas del techo, la hizo descender hasta la tierra.

Mientras hacia esto, la huéspedea separaba sin mucha precaucion á las dos hermanas, que aun permanecian abrazadas. Sabia que no se corria ya ningun riesgo de despertarlas.

Estendieron en el suelo dos sábanas, Gruff y su muger envolvieron en una de

ellas á Clary, y la colocaron en una especie de hamaca puesta de antemano al extremo de la cuerda.

Regularmente esta hamaca no servia para los vivos.

Master Gruff cogió una argolla de hierro embutida en la madera del suelo, precisamente en el sitio en que se encontraba anteriormente la mesa de comer; á fuerza de empujes, levantó una pesada trampa, que crujió sobre sus enmohecidos goznes, y dejó ver un agujero negro y ancho.

—¿*Who's there?* (¿quién está ahí?) preguntó muy bajito.

—¡*Fellow!* (amigo) respondió desde lo hondo del agujero la voz de Bob Lantern.

La garrucha comenzó á dar vueltas, y el paquete blanco que envolvía á la desventurada Clary desapareció en el agujero.

—¡No tan fuerte! ¡no tan fuerte! dijo Bob Lantern con inquietud. No vayais á averiarmela, señor pillol! ¿Cual es esta?

—Mal haya si he pensado en ponerle una targeta en las espaldas, contestó Gruff con tono regañon: es la primera que he hallado á mano..... ¿la teneis ya?

—Esperad!..... nada de imprudencia!.. Esto es muy frágil..... señor maton..... Vaya! ya he recibido esta querida niña!..... La otra!

La cuerda volvió á subir. Mistress Gruff,

durante la primera operacion, tuvo tiempo de envolver á Ana que estaba lista para hacer el mismo viaje á su vez.

Pero en el momento en que los dos esposos la colocaban en la hamaca, un ruido se oyó á la puerta, y el sombrío semblante del laird Angus Mac-Farlane, apareció en el dintel.

Aterrorizada mistress Gruff soltó las manos, y no estando sostenida la cabeza de Ana, cayó fuera de la hamaca, y levantó al caer el lienzo que la cubria. Suelos sus largos cabellos se estendieron al instante por el suelo.

El laird habia subido la escalera, no por efecto de una sospecha, sino por un movimiento de curiosidad. La inclinacion natural de sus pensamientos lo llevaba muchas veces lejos de las cosas de este mundo, como sucede á todos los adeptos de aquella supersticion endémica en Escocia, y que nuestro gran novelista ha popularizado en muchas de sus admirables historias: la *revelacion*. Las desgracias y las faltas de un pasado tempestuoso, le hacian leer en el porvenir otras desgracias y otras faltas, y era en gran parte aquella perpetua mezcla de dolores pasados y de sufrimientos futuros, lo que viciaba su carácter, hasta el extremo de darle á la vista de los indiferentes la apariencia de un maniaco.

Habia venido allí sin reflexionar, y por que regularmente, allí era donde tenia costumbre de ir.

Retiraos! dijo al entrar; quiero estar solo.

Mistress Gruff, á pesar de su agitacion, tuvo bastante presencia de ánimo para colocarse entre él y Ana.

—Todavía tenemos que bajar un fardo, Vuestro-Honor, dijo manifestando una sonrisa sumamente amable, y os dejamos al instante vuestra habitacion.

El laird se adelantó lentamente ácia el interior de la habitacion, y su mirada muerta y fija manifestaba que no veia nada de lo que pasaba á su alrededor.

—Descendedla, desgraciado, descendedla murmuró mistress Gruff medio volviéndose ácia su marido que permanecia como petrificado.

—Mandad venir un cabriolé, dijo el laird cuyas ideas parecieron volver á las cosas de la vida: quiero ir á Cornhill para ver á mis hijas.

—Qué contentas se van á poner, esas queridas señoritas, se atrevió á decir la huésped: y añadió volviéndose ácia su marido: quieres dejar correr la garrucha, miserable.

El posadero habia quedado lleno de estupor. Seguramente era un picaro desesperado; pero estaba muy distante de igua-

larse á su muger, y la presencia de aquel padre al lado de sus dos hijas sacrificadas, le helaba alternativamente de horror y de temor.

Sin embargo, el laird habia llegado al medio de la habitacion, y solamente mistress Gruff lo separaba de su hija, suspendida encima de la trampa abierta.

La huéspedera era una muger de imaginacion. En la inminente crisis que se preparaba, habia recobrado toda su sangre fria. De una mirada conoció la situacion, sin contar con su marido, cuyo apoyo no le servia. Calculó hasta que punto era prudente jugar con la preocupacion crónica del laird: tuvo mucha audacia y mucha prudencia: en un momento combinó uno de aquellos planes rápidos, cuyo mérito está en su vulgar sencillez, que sirven lo mismo á una muger jóven para poner á su marido en la posicion deplorable mencionada por el salmista (*oculos habent et non videbunt*), como á un diplomático para robar á una provincia, como tambien á nuestro Wellington para ganar una batalla.

Solamente una bugia iluminaba la habitacion, y estaba puesta sobre la mesa de comer, pero su luz caia de lleno sobre el lindo semblante de Ana.

Un paso mas, y el laird se encontraba frente á frente con su hija.

Gruff estaba pálido como un cadáver.

La huésped, en aquel momento decisivo, cogió repentinamente la cuerda de la campana, y tiró de ella con violencia. La campana sonó, y el laird, por un movimiento natural, levantó la cabeza para ver de donde provenia aquel ruido: al mismo tiempo, mistress Gruff dió un brinco ácia adelante y apagó la bugia.

La habitacion se quedó en una completa oscuridad, pero un terrible grito que dió el laird, manifestó que la bugia, por rápida que hubiera sido la accion de mistress Gruff, habia alumbrado bastante tiempo.

En el instante en que se desvanecia el último, destello vió Angus el semblante de su hija. Acaeció esto en la veinteava parte de un segundo; pero la habia visto, pálida, rodeada de cabellos esparcidos, é inclinada sobre la trampa abierta.

Sintió en el corazon un dolor tan agudo, que sus piernas flaquearon é iba á caer de espaldas. Sus pupilas se dilataron como si aun procurase ver nuevamente. En seguida, arrastrado por la inclinacion habitual que llevaba constantemente sus ideas ácia lo maravilloso, se preguntó si habia sido una vision.

¿Y qué era lo que anunciaba? Un horroroso peligro seguramente.....

Dió un paso, no hácia la pobre Ana, sino hácia la puerta, para correr á Cornhill, y colocarse entre sus hijas y el peligro imaginario.

Mistress Gruff, desconcertada al principio por el grito del laird, que le manifestaba la inutilidad de su estratagema, recobró bien pronto su valor, al ver que permanecía inmóvil. Volvió hácia la trampa, arrancó la cuerda de las manos de su marido, y dejó correr la garrucha.

Ana cayó como una masa al fondo de la barca.

—¡Trueno del cielo! murmuró Bob que se habia quedado quieto, adivinando que pasaba arriba alguna cosa extraordinaria; ese pícaro de Gruff me echa esto como si fuese un paquete de trapos viejos.....

—¡Boga! interrumpió de pronto la huéspededa.

Y la pesada trampa se cerró con estrépito.

Este ruido hizo estremecer violentamente á Angus Mac-Farlane, y le volvió al sentimiento de la realidad.

—Hija mia! exclamò lanzándose hácia el sitio donde habia visto á Ana; he visto á mi hija.

—Vuestra hija! respondió la huéspededa procurando reirse á carcajada tendida: ¿escuchais esto, maese Gruff? el laird ha visto á su hija!

—El laird ha visto á su hija, respondió como un autómeta maese Gruff.

Mac-Farlane andaba á tientas en la obscuridad, y no encontraba mas que el suelo.

—Traed luz! dijo imperiosamente: que me traigan al momento una luz!

—Con mucho gusto, vuestro Honor, con mucho gusto. No teneis necesidad de incomodaros por eso.

Mistress Gruff encendió la bugia en el mechero de gas que iluminaba la escalera.

El laird dirigió con avidez sus miradas á su alrededor, y se apretó la frente con sus dos manos.

Mistress Gruff empezó á reirse, y dijo con dulzura.

—Vuestro Honor se ha dormido en el hogar ¿habreis tenido algun mal sueño?

—He visto, murmuró Angus con angustia: oh! bien la he visto..... estaba alli... dormida.... ò muerta!.....

Se inclinó para señalar el sitio. Un objeto blanco hirió su vista, y se apoderó de él con prontitud.

Era un pañuelo de batista que tenia las iniciales C. M. F. bordadas sobre una rama de tejo.

El laird se enderezó de pronto: sus ojos lanzaron llamas, y dió un sordo ruido.

—Y tambien Clary! murmuró con voz cavernosa : las dos!..... las dos á la paz!.....

Se veia una amenaza tan terrible en el semblante del laird , que la huéspedea huyó temblando, y cerró la puerta tras si, abandonando á su marido al favor de Dios.

Angus se adelantó con lentitud hácia él, lo cogió por el pecho y lo echó al suelo como hubiera hecho con un niño.

—¡Perdon! ¡perdon! murmuró el posadero medio muerto de terror.

Angus, cuyos dientes estaban tan apretados que parecia iban á romperse, pronunció en tres veces estas palabras.

—¿Están..... las dos..... muertas?

—No, vuestro Honor, no, por mi salvacion! exclamó Gruff: han bebido opio y nada mas.

Un dilatado suspiro desahogó el pecho del laird.

—Escucha , dijo, si mientes, voy á matarte..... A donde las llevan?

—Os aseguro en nombre de Dios , que no sé nada, respondió Gruff.

Angus lo arrastró hácia la ventana, levantando el bastidor de madera.

—¿Ves esa lancha? le preguntó.

Bob se habia detenido, porque quiso asegurarse si estaba ó no averiada su mercan-

cia: su lancha apenas estaba separada cuarenta brazas de la ventana.

Gruff la señaló con el dedo al laird.

Este se subió en el poyo de la ventana, y se arrojò al Tàmesis.





CAPITULO CUARTO.



Un abordage.

MASTER Gruff se levantò lentamente, sacudió el polvo que llenaba sus vestidos y se tendió sus magullados miembros.

—Mal haya sino es un buen muchacho! murmuró; yo esperaba otra cosa peor.

Se puso de bruza en el poyo de la ventana, y procuró atravesar con su vista la oscuridad, para ver lo que iba á pasar entre el laird y Bob-Lantern.

—A fé mia! pensaba, que Bob pagaria muy bien un ladrido que lo pusiera al corriente de esto; pero al fin, yo no soy un perro, y pues que la casualidad dá á las pobres niñas una esperanza de salvacion, no quiero quitársela..... Bravo, pardiez!..... ya sale la luna, y vamos á ver la caza perfectamente.

La niebla se habia disipado con la violencia de un viento del sud-este, que lanzaba con rapidez las nubecillas blanquinosas, que aborregaban el cielo. La luna se manifestaba á cortos intervalos, y casi iguales, para ocultarse al cabo de algunos segundos, y volverse á manifestar despues entre dos nubes. El Támesis silencioso, levantado por pequeñas olas en que los rayos de luna dibujaban millares de labores relumbrantes, estendia su vasto lecho hasta el pié de la hosteleria del Rey Jorge. En todas partes barcas y embarcaciones de todas clases se escafonaban confusamente á lo largo de la orilla. Un paquete que acababa de pasar dejaba en el aire un rastro de pesado vapor.

Bob habia ya pasado las últimas embarcaciones que estaban ancladas, y se encontró en el espacio libre que ocupa el centro de la corriente. El laird, por el contrario, nadaba aun entre la multitud de los barcos amarrados.

El laird era un nadador vigoroso. Hendia el agua por impetus regulares, y ganaba

con rapidez terreno á la barca de Bob, el cual estaba sin desconfianza, y no se apresuraba.

—Lo alcanzará, á fé mia! decia Gruff: el agua y él se conocen, y yo lo he visto..... Entonces era otro tiempo..... nadando por espacio de una hora, en Solway, despues de haberse ahogado su caballo..... Ah! maese Bob vá á haberselas de lo lindo!..... Si el laird tiene alguna cosa que se asemeje al dirk, vá á harponearlo como á un salmon..... y digo que estará bien hecho.

—¿Qué es lo que estará bien hecho, señor tonto? preguntó una voz agria detrás de él.

—¿Estabais aqui, mi buena amiga?.... balbució el posadero desconcertado.

—Aqui estaba, maese Gruff..... y no teneis vergüenza!.... Sois mas cobarde que una liebre, bien lo sabeis! ¡Quien dirá que una pobre muger como yo no puede contar con su marido para defenderla!... Hubierais dejado que ese furioso me hubiese matado, maese Gruff!

—Oh! mi buena amiga!... exclamó el posadero.

—Callaos! ó mejor dicho, respondedme..... Ese viejo loco se ha arrojado al agua?

—Si, lo ha hecho asi, Baby.

—¿Para ahogarse?

Maese Gruff dudó.
—Muy bien podría ser que se ahogase, 'Baby, contestó por último.

Mistress Gruff le lanzó una mirada de desconfianza, y le hizo girar bruscamente sobre si mismo, para ocupar su sitio en la ventana.

—El laird tiene caprichos, murmuró, pero apostaría á que hubiera roto el cráneo á master Gruff antes que pensar en ahogarse.... Ahora poco tenia los ojos de un demonio, y mejor quiero, á fé mia, que esté en el rio, que en nuestra casa!.... Y ese pañuelo; sois una criatura muy inútil. ¡Hablemos de ese pañuelo! ¿Por qué lo habeis dejado caer.

—Ese pañuelo, Baby, se habrá caido de la faltriquera de la señorita....

—Arruinareis nuestra casa, señor mio! sois una maldicion para mi, una pesada maldicion, no puedo negarlo... Si el laird no hubiese visto ese pañuelo, le hubieramos.... es decir, yo le hubiera... porque vos y nada es una misma cosa.... Yo le hubiera hecho creer lo que hubiese querido..... ¿No sueña con los ojos abiertos en medio del dia?.....

—Lo cierto es, Baby.....

—Callaos!..... Ese pañuelo puede acarrearos muchos disgustos: si el laird no hubiese tomado su partido como honrado montañés, constante tabardillo..... Pero el Tá-

mesis es aqui abajo muy profundo, gracias á Dios..... ¡Por el mismo diablo, me habeis engañado! Veo salir un hombre por detras de esa gabarra:.... No mintais, maese Gruff, ó desgraciado de vos! ¿ese hombre es el laird?

=Si, contestò el posadero de mala gana.

—¡Es el laird! esclamó la hostelera que se puso livida de miedo y de rabia: y ese barco que boga con veinte brazas de delantera ¿es el de maese Bob?

=Si, dijo de nuevo el posadero.

Y no le habeis advertido, desgraciado! continuó mistress Gruff, crispándosele las manos como si hubiera querido despedazar la cara de su marido: y permaneceis ahí como un postel..... La señal, al momento, la señal.

Master Gruff tuvo, por la primera vez despues de muchos años, un deseo de resistirse. Dudó, se puso tieso, y miró á su wuger frunciendo las cejas: pero su mirada se bajó muy luego. La luz de la linterna amarilla hiriendo de lleno el lívido semblante de la marimacho, daba á sus facciones una espresion de malignidad tan terrible, que Gruff sintió un frio mortal correr por todos sus miembros.

=Mañana, me pondria veneno en mis sopas; dijo para si, no se puede pelear contra el diablo.

—Qué haceis! dijo imperiosamente la hostelera.

Master Gruff se inclinó fuera de la ventana, apagó la linterna, y puso sus dos manos delante de su boca.

Al mismo tiempo un ladrido formidable, y cuyos graves sonidos debieron seguramente atravesar toda la anchura del Támesis, se dejó oír. Master Gruff volvió á meter las manos en sus bolsillos, y el ladrido cesó.

—Sea en horabuena! exclamó la hostelera en un acceso de repugnante alegría; abrazadme gran picaro.... No hay en Londres dos dogos que ladren como vos..... Ahora ya está advertido maese Bob, y el viejo laird verá lo que le pasa.... Apostaría á que no vuelve nunca á pedirnos esplicaciones de lo que ha pasado esta noche.

Mistress Gruff se calló, é hizo un sitito á su marido junto á ella en el poyo de la ventana. La escena se hacía cada vez mas interesante; en el momento crítico de un drama, calla hasta el mas impertérito hablador.

El laird y el barco que perseguía quedaron perfectamente patentes: la luna brillaba con todo su resplandor: y la ventana de la hosteleria del Rey Jorge, era una especie de ante-escena, desde donde se podia ver todo, ya que no se podia oír.

Angus Mac-Farlane continuaba nadando con una energia tan constante, que manifestaba que sus fuerzas estaban muy distante de agotarse. No se dirigia directamente al barco, pero cortaba el rio en línea recta, á fin de tomar alguna ventaja á la corriente en el momento decisivo.

El ladrido de master Gruff pasó por cima de su cabeza sin despertar la menor sospecha. Continuó cortando la corriente, teniendo siempre cuidado de moderar sus impulsos para llegar á su presa sin que lo viesen.

El barco de Bob parecia que estaba solo; iba con lentitud á la deriva, conservando siempre la línea del canal mas inmediato á la orilla izquierda. El mismo Bob se habia acostado en el fondo del barco, dejando solamente la cabeza un poco mas alta que la obra muerta.

La travesia que tenia que hacer era corta. Menos importaba ir de priesa que llegar sin obstáculos, y Bob en su prudencia habia calculado, que una barca, derivando casi insensiblemente en aquel lado de la orilla, en que la corriente no llevaba fuerza ninguna tenia mil probabilidades contra una de no ser observada.

Habia tendido á las dos hermanas lo mejor que pudo, y de vez en cuando se aseguraba que estaban tan perfectamente acos-

tadas como era posible estarlo. Nada se asemeja tanto á los cuidados que un padre tiene para con sus hijas, como el solícito esmero de un traficante por sus mercancías.

En el momento en que sonó el ladrido, acababa de quitarse su chaqueta para ponerla debajo de la cabeza de Ana. Aquellos sonidos conocidos, produjeron en él el efecto de una sacudida eléctrica. Al principio, permaneció inmóvil: en seguida sacando despacito la cabeza por cima de la obra muerta, dirigió al rededor de la barea su penetrante mirada.

—¿Qué diantre quiere decir esto? murmuró: no tengo la vista bastante segura para distinguir el barco de un guarda-costa con la claridad de la luna?.... ¡Vamos! es un perro verdadero, un dogo bueno que tiene la voz de ese indigesto pícaro de Gruff... Vaya un pilla, que ha de hacer, á su muger muy desgraciada!

Medio tranquilizado por el ecsámen que acababa de hacer volvió sin embargo los ojos, por efecto de aquella costumbre de prudencia escesiva que hay en el natural de las personas que forman un oficio del mal, hácia la hostelería del rey Jorge. La linterna amarilla habia cesado de alumbrar. Bob palideció bajo su tez cobriza: no era un dogo que ladraba: le advertían un peligro,

y este peligro era tanto mas temible para él, cuanto no podia conocer su clase.

Se levantó de nuevo, y su ojos minuciosamente investigador, interrogó cada punto de los alrededores de la barca.

Ningun objeto sospechoso hirió su vista.

—¡Dios me confunda! murmuró con formal inquietud, los marineros hablan de un cierto *Cazador holandés*, que es una nave fantasma que os toma una fragata al bordage sin que se vea su casco ni su arboladura.... ¿Y habrá por alguna parte á mi alrededor un fantasma de bote del resguardo?..... Sería sumamente incómodo entablar un combate naval á esta hora..... Y sin embargo, consiento en morir si tan solamente una cáscara de nuez se ve en mis aguas.....

Se interrumpió, inclinó hácia adelante la cabeza, y pareció querer doblar la atencion de su mirada. Acababa de distinguir un objeto oscuro, moviéndose á unas quince brazas en el surco de su barca.

—¡Oh! ¡oh! dijo, ¿qué tenemos?..... Este es un hombre, á fé mia, y un buen nadador..... vendrá por ventura incitado por mi carga?

Bob dejó el centro de su barca, y se resbaló con suavidad hácia la popa. Al pasar por el lado de Clary, su codo tropezó con el brazo de esta que dió un débil gemido.

Bob pronunció una blasfemia.

—Ya tenemos aquí otra! murmuró: me las han dormido mal... Si Temperance no estuviese borracha las dos terceras partes del día, la hubiera encargado esta comisión, aunque no me gusta entrometerla en estos negocios.... Pero siempre está borracha!

Bob dió un suspiro de pesar y de amor, pensando en aquel costoso defecto que ajaba los cinco pies y seis pulgadas de su compañera, y se puso de bruza silenciosamente en la popa de la barca.

—Se ha movido! dijo mistress Gruff en la ventana del *Rey Jorge* estoy segura de haberlo visto moverse en su barca..... ¡ah! ¡ah! vamos á ver alguna cosa muy linda.

Master Gruff no contestó. El interés de aquella estraña escena le habia dominado. Ahora tenia tanta curiosidad como su muger por ver el desenlace.

Esta era la posicion precisa de los dos principales actores.

El laird nadaba á cerca de quince brazas de la barca, de la que le aproximaba sensiblemente cada uno de sus impulsos. No sabia que lo habian descubierto: los movimientos de Bob se le escapaban, porque la luna, brillando encima del puente Blackfriars, estaba encontrada con la barca, y dejaba en la oscuridad todo el sitio que podia distinguir An-

gus. La esperanza de poder sorprender á su enemigo, y la certeza que tenia de su estrema habilidad como nadador, aumentaron sus fuerzas. Iba silenciosamente, no levantando su cabeza sobre el agua sino para respirar, y tomando ya sus medidas para saltar á la barca de improviso.

Bob, estando colocado contra la luz, veia perfectamente la parte del Támesis en que nadaba el laird, y podia en cierto modo calcular exactamente el momento en que alcanzaria la barca; pero el brillo del agua levantada por el pecho de Angus, le impedia poder distinguir sus facciones.

Seguramente aquel hombre lo perseguia: esto era lo que se decia Bob. ¿Pero por qué esta persecucion? ¿Con qué objeto se tomaba tanto trabajo aquel nadador desconocido? No podian haberle hecho traicion ni Gruff ni su muger, pues que la caritativa advertencia que acababa de ponerle en guardia habia salido de la ventana de su hosteleria. Ademas, aquel misterioso adversario no era, segun toda probabilidad, un hombre de policia. La adhesion de los de la policia de Londres no llega hasta el estremo de seguir á nado á una barca sospechosa en una noche fria de invierno.

¿Quién era entonces?

Bob, incapaz de contestar á esta pregunta de un modo satisfactorio ó solamen-

te plausible, tuvo por un momento la idea de agarrar sus remos y tomar la huida á todo evento: pero si ese hombre era un enemigo, solo el buen sentido natural hacia creer que gritaria al momento, y que se veria descubierto; y ademas del peligro de despertar la atencion del resguardo marítimo, tenia Bob á su lado otro no menos difícil de evitar.

Clary que no habia bebido sino una corta cantidad del narcótico, comenzó á experimentar el efecto vivificante del aire libre. Se agitaba debilmente, y daba pequeños suspiros precursores de un próximo despertar. El menor movimiento, el menor ruido repentino, podian determinar una crisis.

Bob permaneció quieto; y continuaba fijando sus ojos penetrantes y muy abiertos, sobre su desconocido enemigo, determinado á tomar consejo de las circunstancias.

—Al fin, dijo para sí, tal vez no sea mas que un ladron que creará abandonada la barca, y querrá hacerla una requisa..... El diablo cargue con el pillo!.... Londres está cada vez mas mal acompañado..... No hay bastante sitio en las calles para los *swell-mob* (1) pues que se encuentran hasta en el Támesis!

(1) Palabra intraducible, compuesta de dos

En aquel momento diez brazas á lo mas lo separaban del laird. Este dió un arranque menos prudentemente mesurado que los demas, y su cabeza saliò toda entera fuera del agua, y Bob lo reconoció.

—¡Toma! ¡toma! murmuró sin conmovirse nada: ¿quién diablos hubiera esperado esto?.... Mas bien hubiera creido que era uno del resguardo, á fé mia!.... Es igual: es preciso obrar con decision pues es un valiente mancebo, y si le marro el primer golpe, adios mi mercancia!....

Tentó su camisa, y llevó la mano á su cuchillo, pero no lo sacó, y se dirigió ácia donde estaban los remos para tomar uno.

—¡Padre mio! pronunció debilmente Clary sin abrir los ojos.

—¡Presente! murmuró Bob ¿No dirian que lo ha sentido venir?.... Paciencia, mi linda jóven, vamos á recibirlo como es debido.

—¡Ana! balbució de nuevo Clary, que volvió á quedarse dormida.

Bob volvió á ocupar su puesto, y el laird no estaba mas que á tres ó cuatro brazas de él. Al cabo de un minuto Bob se

substantivos, de los cuales uno significa hinchazon, orgullo; y el otro multitud, corrillo, canalla. Designa en su lenguaje á los caballeros de industria de baja esfera.

puso de pié ; el remo describió una curva rápida, y el laird desapareció bajo el agua sin volver á salir mas.

—Valiente golpe, gritó la huéspedada con entusiasmo: ¿lo habeis visto master Gruff?.. No seriais vos quien hubiese] dado uno semejante!.....

—Angus Mac-Farlane era un parroquiano, Baby, dijo tristemente el posadero, y pido á Dios que tenga compasion de su alma.

—¿Y qué le importan á Dios vuestras súplicas, master Gruff?.... ¡Oh! el golpe ha sido hermoso pardiez! Pero era ya tiempo!.... Mirad una nube que cubre la luna.... Si se hubiera detenido un minuto mas, no hubieramos visto nada.

Bob puso con tranquilidad el remo en su sitio, y se frotaba silenciosamente las manos mirando el parage en que habia desaparecido el laird. Nada se veia alli, y el agua se habia vuelto á unir sobre su presa.

—El negocio está concluido, dijo Bob; mas me gusta haberlo despachado con mi remo que con mi cuchillo... Otras veces he comido el pan de ese viejo Angus, y bebido su cerbeza..... buena cerbeza á fé mia! y siempre es una cosa triste emplear el cuchillo en un camarada.

En el momento en que Bob acababa de formular aquella sentencia, cuya gran mo-

alidad nadie contestará seguramente, oyó un ruido por la proa de la barca, y se volvió con bastante descuido.

Pero aquella indiferencia no duró mucho tiempo. Un sordo gemido salió del pecho de Bob, que sacó apresuradamente su cuchillo poniéndose de pié. Acababa de ver una gran forma negra levantarse por la proa de la barca. Un momento despues el laird y él estaban uno frente á el otro.

El remo habia dado vuelta sin duda en la mano de Bob, pues en lugar de dar de filo, habia dado de pala, y el laird, escelen-te buzo, huyendo el golpe se aprovechó del error de Bob para intentar el abordage por el lado de la proa.

Bob tenia su cuchillo, y el laird un puñal escocés: los dos eran fuertes, y los resultados parecian balancearse igualmente entre ellos.

Segun hemos visto ya, la luna acababa de ocultarse bajo una nube.

Los dos adversarios permanecieron casi un segundo en guardia, y observándose antes de herir.

—Vete de aqui, dijo al fin el laird con voz contenida: mi puñal es mas largo que tu cuchillo; pero las dos niñas están vivas; oigo la respiracion de Clary... Vete: hubieras podido matarlas: no quiero tu muerte.

Bob tuvo grandes deseos de aprovecharse de aquel permiso. El elemento de prudencia, ó mejor dicho de natural cobardía que formaba en gran parte la composición de su ser moral, se sintió vivamente impelido hácia aquella puerta que le manifestaba una clemencia inesperada. Pero la cobardía desaparecía ante la avaricia: esta dominaba, victoriosa, en aquella alma de cieno; cualquier otro sentimiento, cualquiera otra pasión se borraba ante la avaricia escitada.

Bob pensaba que las dos hermanas representaban un capital de trescientas libras, y se decidió á morir tan valientemente como hubiera podido hacerlo un hombre de ánimo.

—Yo no se nadar, dijo con ironía.

—Vete! repitió el laird cuya terrible indignación hacia le temblase la voz.

—Escuchad! exclamó Bob, todo puede arreglarse.....

En el mismo momento en que pronunciaba estas palabras que parecían anunciar una especie de capitulación, Bob se avalanzó sobre el laird con la agilidad del tigre, y le tiró con su cuchillo derecho al corazón: pero Angus estaba puesto en guardia, y paró el golpe. Una lucha corta, silenciosa, terrible, se siguió á esto: al cabo de un minuto Bob vaciló, herido de una puñalada en el cuello: Angus lo echó al suelo, y le puso una rodilla sobre el pecho.

Bob, al caer, habia rozado con su cabeza la espalda de Clary, que, medio despierta, se sentó en su sitio.

El laird levantó el brazo para dar el último golpe: pero en aquel momento, la luna desembarazada de la nube que la cubria, lanzó sus rayos sobre el semblante de Angus, dejando en la oscuridad el de Bob-Lantern.

—¡Padre mio! exclamó Clary creyéndose ya libre de un horroroso sueño.

El laird se volvió involuntariamente, y Bob-Lantern aprovechando aquel movimiento, se levantó de un salto, y sin perder tiempo en buscar su cuchillo que se le habia escapado de la mano durante la lucha, cogió al laird por el cuello, y se lo apretó furiosamente.

Clary ocultó su cabeza entre sus manos dando un grito de angustia.

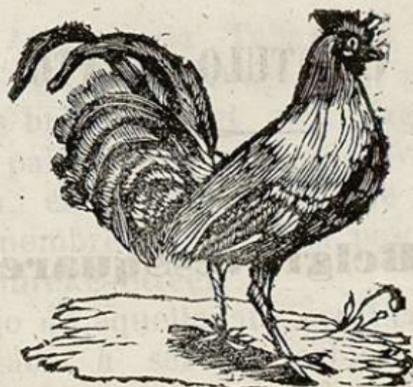
Angus mugia sordamente. Bob sin soltar su cuello que apretaba entre sus dedos de acero, atrajo violentamente la cabeza de Angus hácia la obra muerta de la barca, y la golpeo contra la madera varias veces.

En seguida puso el cuerpo del laird sobre la borda, y soltando repentinamente su cuello, lo levantó por las piernas: el cuerpo del laird hizo contrapeso, y cayó, inerte, en el Támesis.

—Por esta vez no volverá mas, mur-

muró Bob cogiendo los remos para alejarse del lugar del combate. Veamos ahora á las niñas.

Ana no se habia despertado ; Clary no dormia ya, pero estaba tendida en la barca, privada de conocimiento.





CAPITULO QUINTO.

Belgrave-Square.

DETRAS de los nobles jardines del palacio de Buckingham, lejos, bien lejos de los barrios populosos donde el comercio amontona sus famélicos servidores, se estienda una plaza vasta y regularmente dibujada, cuyo parque interior no aparenta aquella forma redonda ú ovalada, y por consiguiente

contrasta con todo el resto de Lóndres cuyas cercas de las casas estan tiradas á cordel paralelogramatico.

Las construcciones que rodean aquel hermoso tapiz de verdura son otros tantos palacios. Ninguno se atreve á residir allí aunque sea par de Inglaterra. Pues solo los príncipes estrangeros, que vienen á visitar á Lóndres, la escogen por morada : y esos orgullosos edificios han tenido algunas veces reyes por habitantes.

Esta plaza tiene por nombre Belgrave-Square.

Don José Maria Tellez de Alarcon, marqués de Rio-Santo, ocupaba el mas grande, el mas brillante, el mas magnífico de todos esos palacios, el que se eleva al norte de la plaza, entre esta y la calle que lleva el mismo nombre, delante del paso que conduce á Pembroke-Street.

El lujo de aquella aristocratica mansion habia llegado á ser proverbial: las mas suntuosas habitaciones del West-End le cedian la primicia: y era preciso que la nobleza inglesa tan rica, tan vanidosa, tan apasionada por aquel renombre que dá en el reino unido la ecsageracion de un lujo llevado hasta la locura, inclinase la frente ante el austro babilónico desplegado por un estranero.

Rio-Santo, cuyo gusto artistico y caprichoso no podia avenirse con la vulgar ar-

quitectura inglesa, que no tenemos que un plan para todos los edificios, bien sean casas rústicas, palacios, ó capillas, habia trastornado á su gusto todo el interior de su casa. En ella, se veian anchas escaleras de mármol como en Italia, y no esas escaleras mezquinas, embetunadas y cubiertas de un miserable tapiz, que los lores, parece, han pedido prestado á los almacenes de Fleet-Street. El adorno interior afectaba aquel estilo grande y armonioso que se admira en Paris ó en Génova, y que parece desconocido entre nosotros, donde lo comfortable cubriria las inspiraciones de lo hermoso, aun cuando el protestantismo no estendiera sobre todas las cosas exteriores el pesado y estúpido nivel de su hipocresia puritana.

¡Quien no ha suspirado algunas veces de lo mas intimo de su corazon, al ver aquel ignoble mueblage que un pastor coloradote y friolento hizo sacar un dia de invierno al centro de la nave real de Westminster! Lóndres tenia alli una de aquellas joyas apreciables que constituyen el orgullo de todo un pueblo. El inglés, para quien la vanidad es una cosa tan dulce, podia levantar la cabeza y complacerse, cuando su mirada enfilase aquellas dilatadas bóvedas que se estendían por encima de tantas maravillas.

Oh! era verdaderamente hermoso,

digno, espléndido; pero hacia frío. La iglesia, demasiado pequeña en otro tiempo para la multitud de católicos; era muy grande para la cincuentena de episcopales que van dos veces á la semana, á ganguear los salmos en comunidad. Los antiguos vidrios de las ventanas ogivas daban paso por entre sus plomos seculares, á terribles vientos colados. Las losas húmedas penetraban el cuero de los zuecos de las ladies, y hasta la doble suela de corcho de los devotos caballeros.

Esto era odioso.

Ay! han reemplazado las tres cuartas partes de los vidrios por pequeños cristales blancos admirablemente cuadrados! en medio de la nave se levanta una barraca de madera de castaño, inmenso armario, que puede librar del frío al ministro y á su enfermizo rebaño, pero que rompe toda armonía, y parece una blasfemia premeditada contra el arte.

¿No es esto igual á la historia de ese presumido castellano, que poseedor indigno de la espada del Cid, la cortó un pie para adoptarla á su talle? ¿Y no hubieran podido encontrar en Lóndres, para construir esa cabaña de tablas, un sitio mas conveniente que ese ilustre Wets-minster sepultura de tantos reyes?

Pero era preciso que fuese así. Nuestras brutales conveniencias, y nuestra religión

dominante lo escijian imperiosamente. El protestantismo aborrece todo lo que es pomposo y noble; se burla de las tradiciones, desdén la poesia, y se coloca solamente entre cuatro paredes barnizadas, junto á una estufa ardiendo, que rodean de bancos rehenchidos.

Hemos citado la abadia de Westminster, porque el sacrilegio artistico tiene alli proporciones tan descaradas, que no hay necesidad de dar ningun otro ejemplo. A esta citacion hubiéramos podido añadir otras mil, y tomar por decirlo asi á Lóndres en masa para hacerle su proceso de lesa-poesia.

Se debe pensar que Rio-Santo, con sus instintos elegidos, y su pasion por lo hermoso, no podia seguir la moda inglesa. Alcibiades, dice la historia, se transformaba instantaneamente, y tomaba en un dia las costumbres de cualquier pais que recorria: esto no forma el elogio de Alcibiades. Mas vale seguramente imponer lo hermoso, que rodearse complacientemente de lo feo.

En el piso bajo de la casa del marqués, tres soberbios salones, separados unicamente por puertas de hojas, daban á Belgrave-Square. Detrás de los salones, una serie de habitaciones de perspectiva, estaban encima de las cocinas, y lindaban con las cuadras, grandes construcciones que daban tambien á Belgrave-Square. En el primer piso estaban

las habitaciones privadas del marqués. Se hablaba vagamente de su encantadora elegancia, pero nadie podía proveer de pormenores mas precisos, porque en Lóndres las miradas de una visita se detienen en las paredes de un salon; como ante una barrera impracticable. Solamente los amigos, y entendemos por estos amigos, aquellos que una grande intimidad ha hecho casi hermanos, pueden penetrar algunas veces en lo interior.

En este palacio de Belgrave-Square era donde el marqués de Rio-Santo recibia lo mas escogido y elevado que encerraba Lóndres de cualquier clase que fuese. Los altos funcionarios del estado no se desdeñaban de visitarle, y nadie ignoraba que sostenia una correspondencia muy seguida con los embajadores de las grandes potencias. Esto no contribuia poco á mantener la idea de que su presencia en Lóndres tenia objeto político.

Si este objeto ecsistia, era preciso confesar que estaba muy cuidadosa y habilmente oculto. La vida de Rio-Santo estaba tan completamente llena de aquellas cosas que en el muudo unos llaman frívolas á par que otros las colocan como superiores á las mas formales, que parecia imposible pudiese tener tiempo para dedicarse á graves trabajos. Brillaba demasiado, y con demasiado asiduidad en sus esterioridades, para poderse dedicar á otras tareas ocultas.

Para ser leon es preciso no ser haragan. Es preciso reinar desde por la mañana hasta la noche y tener firme el cetro para que una de las mil manos adornadas con guantes que aplauden sin cesar, no lo recojan en provecho propio. La elegancia se asemeja á las dietas de la antigua Polonia, donde el mas infimo caballero tenia su voto, y su sable á ellado para sostenerle. Cada caballero que sepa anudarse graciosamente una corbata, que conozca el *turf* que no ignore el *ring*, y sea capaz de perder un millar de guineas en Newmarket, apostando por lady Waterloo, por el sultan Mahmoud, ó por el Child-of-the-Foundered, tiene derecho á el látigo soberano. Desgraciado del monarca reinante que se duerme confiado; la elegancia es un caballo reacio, y no necesita tres dias de verano como nuestros buenos vecinos de Francia, para efectuar una revolucion.

Se creia que Rio-Santo pudiera tener una mision política, pero tambien se creia que la descuidaba mucho, lo que añadia uno ó dos codos á su pedestal.

—¿Qué es lo que hay, en efecto, mas realmente elegante sino tener entre manos graves intereses y no ocuparse de ellos?

Eran cerca de las ocho de la noche. Ninguna luz brillaba en los tres grandes salones de Irish-House (este era el nombre

que Rio-Santo habia dado, no se sabe porque, á su palacio.) La puerta principal, á cuyo dintel estaban ordinariamente dos lacayos de seis dies con gran librea, estaba cerrada. El dueño tampoco estaba en casa.

En una de las habitaciones colocadas á la espalda, y que iluminaba debilmente una lámpara cubierta con un globo de cristal deslustrado, un jóven estaba sentado, ó mejor dicho, medio acostado sobre los terciopelos azules de una otomana, y jugaba con las sedosas y largas lanas de un magnífico perro de raza.

En medio de la habitación estaba de pié el ciego Tyrrel.

—¿Qué os parece Lovely? sir Edmond, preguntó de pronto el jóven.

Lovely era el nombre del perro de raza.

—Encuentro la pregunta impertinente, signor Angelo Bembo, contestó el ciego: ¿no conoceis mi enfermedad?

—Es muy cierto, sir Edmond, es muy cierto, murmuró Bembo, cuyo indolente y hermoso semblante manifestó un matiz de burla, vuestra dolencia es conocida. Es la mas hermosa pluma de vuestra ala, y estoy seguro que no la cambiariais por mil libras esterlinas.

—Si tal, dijo con sequedad Tyrrel.

—¿De veras?.... Al fin, os quedaria el recurso de volveros sordo..... Abajo, Lovely..... Mal haya, si esa jóven que habeis desenterrado no se de donde, no es la mas hermosa criatura que he visto, sir Edmond.

=¿Lo creeis asi, signor?

—Si, por Dios santo! sir Edmond..... no frunzais las cejas..... no tengo por ella ninguna pretension..... aun cuando fuese mas hermosa..... y eso es dificil.... Desde el momento que ha empezado á tener relaciones con vos, es para mi tan venerable como una vieja centenaria..... Os estimo mucho á todos cuantos sois, entendeis? pero no os amo.

—Y esa es para nosotros una gran desgracia, signore.

El caballero Angelo Bembo se inclinó.

=Yo no os amo, añadió, y á no ser por don José, por quien me dejaria matar mil veces, hace mucho tiempo que hubiera mandado vuestra asociacion á todos los diablos!

—Y hubiera sido para nosotros una gran perdida, signore, repitió Tyrrel con frialdad.

—Grande ó no, asi hubiera sucedido caballero.... Hay entre vosotros una dócena de semblantes que me contraen los nervios.... primeramente, el vuestro sir Edmond..... No os incomodeis, os lo suplico.... Des-

pues el de ese doctor Moore, que tiene la apariencia de un vampiro, á fé mia!... En seguida la de ese frio fanfarron de mayor Borougham..... Es un verdadero inglés! En fin para no hacer demasiado larga la lista, el del pretendido doctor Muller, *cuyo diploma yo desear ver ¡tarte fle!*

—Pues hay mas que pedirselo signore: dicen que divide en dos partes la bala de una pistola á veinte pasos, sobre la hoja de una navaja.

—Es muy diestro..... Pero volviendo á nuestro asunto no valgo más que vos, y me es muy duro decirlo, caballero! Pero á lo menos paso mi tiempo en aturdirme, y ademas no soy un hombre!...

—Signore, interrumpió Tyrrel, yo podría pensar eso, pero no lo diria nuuca.

—Vengaos sir Emond: os he dado motivos.... Soy, para concluir mi pensamiento, un pobre esclavo: me he entregado sin reserva...

—Me habian dicho que os habiais vendido, signore.

Angelo se levantó repentinamente, y rechazó con el pié á Lovely.

—Dado! caballero, dado! exclamò. Soy un caballero, ois, y si he puesto mi voluntad al servicio de otra mayor y mas fuerte que la mia, no ha sido por el oro....

—El rumor público puede engañarse,

signore, dijo Tyrrel cen vengativa sonrisa.

—El rumor público decis?..... Ah! acaso me comprendereis en nuestro catálogo, señores!.... me creéis vuestro igual, y no veis en don José, mi amigo, mi amo, lo confieso con orgullo, no veis en él sino la parte que os manifiesta, á vosotros, viles instrumentos de sus vastos designios.... Si supieseis.....

—¿El qué? preguntó Tyrrel acercándose con avidez.

Angelo se mordió el labio hasta hacerse sangre.

—Abajo, Lovely! murmuró avergonzándose: que diantre, maese Tyrrel, ó sir Edmond, no me mireis así; no vereis nada, puesto que sois ciego!..... ¿Qué quereis.... sino me hubieseis interrumpido... debo agradeceroslo, caballero, iba á decir algun disparate.

—¿El marqués tiene designios que nosotros no conocemos? pronunció sordamente el ciego.

—¿He dicho eso?..... Es muy posible... Lo que si es cierto que esos designios me son tan desconocidos como á vos..... don José me ama; pero no soy su confidente, y doy muchas gracias á Dios, porque tengo la lengua tan ligera.... Todo lo que sé es que tiene el corazon grande, y que su inteligencia es fuerte, y su voluntad indo-

mable..... La reunion de estas tres cosas se llama genio, sir Edmond, y con genio, nadie se limita á pescar en agua turbia como vos, aunque se debe reconocer que algunas veces poneis la mano sobré pescados muy lindos..... como se llama esa hermosa jóven?

—Suzannah, signore.

—¿Y qué pensais hacer de ella?

—Es un problema.

El ciego comenzó á pasearse por la habitacion, y pareció muy pronto absorto en sus reflexiones.

El caballero Angelo Bembo lo seguia con vista enfurruñada y pesarosa.

—¿Qué necesidad tenia de hablar á ese hombre! murmuró en fin con mal humor; con una palabra mas, hubiera hecho traicion á un secreto que no me pertenece... un secreto que no me han confiado, sino que he adivinado por casualidad, y que mi pobre cérebro es demasiado estrecho para contenerle!..... Quizá haya dicho demasiado.

Angelo podia tener á lo mas veinte y dos años. Era uno de esos hermosos jóvenes de perfil griego, que los pintores de Italia iban á buscar del otro lado de las mares, á las islas del mediterráneo, para trasladarlos al lienzo con nombres de dioses y de héroes mitológicos. Tenia en la mirada de sus grandes ojos negros, penetrantes,

y dulces á la vez, una viva inteligencia, y el anuncio de un valor temerario; pero el conjunto de sus facciones, por muy perfecto que fuese en su armonia, manifestaba una especie de irritabilidad femenina, y de caprichosa debilidad, mezclada á la indolencia de un niño. Angelo debía ser en un baile un caballero encantador, y en el campo un fogoso adversario: pero donde se necesitase manifestar fuerza de alma, prudencia, y longanimidad viril, Angelo debía perder toda su ventaja.

Era natural de Malta, donde sus padres, venecianos de origen, habian tenido en otro tiempo una gran fortuna. La conquista inglesa habia arruinado á su familia, cuya caida comenzó desde el paso del general Bonaparte, cuando fué á conquistar el Egipto.

Los Bombos se habian visto precisados á espatriarse de Malta, á causa de las vejaciones ejercidas contra ellos por los agentes de la colonia inglesa, y Angelo, privado de sus padres casi al salir de la infancia, se habia encontrado en el mundo sin fortuna, y sin apoyo.

Comenzó animosamente sus viages por Europa, como hacen esas bandas de italianos, que lanzados por la sofocante opresion de la tirania estrangera, huyen de su patria, donde no encuentran ya mas que á el

Austria, y se lanzan, con los ojos cerrados á la arriesgada existencia del aventurero. En Paris encontró Angelo al marqués de Rio-Santo, el cual reinaba como ya lo hemos dicho, sobre los placeres de la gran ciudad.

Tanto en Paris como en Londres, tenia Rio-Santo numerosas y misteriosas relaciones, cuyas diversas ramas se estendian mucho mas allá de las fronteras de Francia. Seria prematuro dar al lector la llave de estas gigantescas maniobras, combinadas desde mucho tiempo, y que habian conservado constantemente desde entonces en sus diversas rodadas, el juego y la actividad del primer ensayo. Sucesos demasiado estraños nos separan de las peripecias finales, para que nos sea permitido arriesgar ya una indiscrecion, por pequeña que pueda parecer.

El jóven italiano fué presentado á Rio-Santo, que le cobró un interés casi repentino, al escuchar la narracion de las persecuciones que habia experimentado su familia por parte de la Inglaterra. Angelo quedó para lo sucesivo al lado del marqués, y le siguió cuando este último pasó á Londres.

Allí se separaron en apariencia. Angelo recobró para con el mundo su cualidad de jóven caballero italiano, y su posicion independiente. Su papel era de engro-

sar el número de los admiradores desinteresados de Rio Santo, como de aumentar tambien su prestigio. Ya lo hemos visto en el ejercicio de estas funciones en el baile de Trevor-House.

Pero tenia siempre sus entradas privadas en el palacio de Belgrave-Square. Rio-Santo le amaba verdaderamente, y Angelo correspondia á aquella amistad con una adhesion sin limites.

Tyrrel continuaba paseándose. Angelo habia recobrado su serenidad, y se soureia sin duda con algun pensamiento de amor, mientras que sus blancos y delgados dedos jugaban con distraccion en las largas lanas de Lovely.

De pronto el hermoso perro se puso de pié, y dió un ahullido de alegria. En seguida saltó hácia una de las puertas de la habitacion que se abrió en el mismo instante.

Rio-Santo entró seguido del doctor Moore.

Estaba pálido, y parecia cansado de fatiga. Unas grandes ojeras azules cercaban sus amortiguados ojos.

—Bien! Lovely, bien! dijo rechazando al perro que, poco acostumbrado á este indiferente tratamiento, se refugió triste á los pies de la otomana. Buena noche, Angelo.

Le apretó la mano, y lo atrajo hacia sí.

—Id á tomar el dinero que he dejado en mi carruage, le dijo en voz baja: son diez mil libras esterlinas..... Vienen de la casa de Cornhill: las llevareis á mi caja.

Angelo saludó, y salió.

—¿Qué es lo que hay, sir Edmond? preguntó en seguida el marqués: doctor os suplico me dispenseis: hacedme el gusto de sentaros: al momento soy con vos.

—Vengo á saber si mi invencion ha tenido buen éxito, contestó el ciego.

—Sois un hombre muy hábil, sir Edmond, replicó con frialdad Rio-Santo. Todo ha salido bien, y habeis ganado hoy cien guineas, que mi tesorero tiene á vuestra disposicion.

—Milord!.... murmuró el ciego inclinándose.

—¿Hay algo mas? interrumpió el marqués.

—Si, milord. Tenia que hablaros de esa jóven judia, Suzannah.

—Suzannah! interrumpió de nuevo el marqués; pero esta vez con dulzura, y como si este nombre hubiese alhagado agradablemente su oido.

El ciego no pudo contener una sonrisa que hizo desaparecer al instante, como si hubiese adivinado la altiva mirada que le lanzó Rio-Santo.

—Hablad, dijo este último echándose fatigado en la otomana.

Tyrrel permaneció de pié, y continuó.

—Esa jóven, milord, es hermosa como bien podeis haber visto, y admirablemente á propósito para sostener el papel que se le confie. Pero ama, y temo....

—¿A quién ama? interrumpió con viveza el marqués.

—A ese loco de Brian de Lancaster, contestó Tyrrel.

—Brian!..... ese es uno de nuestros instrumentos, murmuró el marqués demasiado bajo para que Tyrrel pudiese oirlo, apesar de su deseo; y entre todos los defectos que los milores y miladies dejan en herencia á sus hijos, este al menos ha conservado un corazon noble..... Estoy sumamente contento con que ame á Brian de Lancaster, sir Edmond.

—Es cierto, milord! dijo el ciego. En ese caso yo puedo estar satisfecho de mi mismo. Pero es una jóven estraña.....

—Es una niña adorable! contestó Rio-Santo con melodía.

—Adorable á no dudarlo, milord, pues que vuestra señoria lo juzga asi: pero no se parece á las demas mugeres. El temor no tiene ningun imperio sobre ella, y recelo que algunas indiscreciones.....

—Lo ama verdaderamente, sir Edmond?

—Con un amor ardiente y apasionado, milord..... Diria con un amor sublime, sino detestase las grandes palabras que los poetas han hecho ridiculas.

—Sois muy severo, sir Edmond, y ese Brian es muy dichoso!

El ciego contuvo una sonrisa, y Rio-Santo añadió despues de algunos instantes de silencio:

—El momento se acerca, sir Edmond, en que todos los que me han servido, serán recompensados mas de lo que esperaban, y estarán al abrigo de todo temor... Velad por Suzannah, pues es cierto que una indiscrecion podria, sino perderlo todo, al menos retardar el écsito en cuestion; pero no la separeis de Brian..... Esa jóven ha sabido interesarme, sir Edmond, no lo olvideis, y obrad en consecuencia.

Dejó de hablar. El ciego se inclinó profundamente, y salió.

Rio-Santo quedó solo con el doctor Moore.



CAPITULO SESTO.

Diplomacia.

DESPUES de la partida del ciego, el marqués permaneció un instante pensativo. Su hermoso semblante, pálido por la fatiga, habia tomado una tierna expresión. Dos ó tres veces murmuró el nombre de Suzannah, como si este nombre hubiese

hecho vibrar en su interior una cuerda amada.

=Son sus mismos ojos, murmuró al fin, pero mas orgullosos!..... Es su misma frente, pero mas ancha: es toda su hermosura, pero mas altiva, y mas fuerte..... Quisiera hacerla dichosa en memoria de mi pasada felicidad.

Llamó con un ademan al doctor Moore, que se habia mantenido á un lado durante su conversacion con Tyrrel. El doctor se acercó, y á su vez estuvo de pié delante de la otomana.

—¿Cómo la habeis encontrado? preguntó Rio-Santo con interés.

=Mal, milord, muy mal! contestó M. Moore moviendo la cabeza con gravedad. El origen enteramente moral de su sufrimiento hace la curacion dificil, por no decir imposible.... No conozco para esto mas que un remedio....

—¿Cuál es?

=La felicidad.

Rio-Santo hizo un gesto de impaciencia, y una nube de tristeza pasó por su frente.

—¿No creéis que yo pudiera hacerla dichosa? murmuró.

—La dificultad no es esa, milord, si me es permitido deciroslo. Sabeis mejor que nadie el estado de turbacion moral en que vive hace ya mucho tiempo miss Mary Tre-

vor.... En este momento, nadie puede saber lo que oculta el porvenir: en este momento, ella ama al jóven Frank Perceval: lo ama apasionadamente, milord..... la obsesion dirigida contra su debil natural ha podido alucinar su razon; y ocultarla el estado de su corazon, pero, por una reaccion filosoficamente esplicable.....

—Al hecho, caballero, os lo suplico! dijo Rio-Santo con impaciencia.

—Por una reaccion esplicable, continuó lentamente el doctor, su corazon se resiste, y Frank Perceval es el que, en conclusion, recoge el fruto de tantos trabajos.

—¿Lo creéis asi verdaderamente?

—Estoy intimamente convencido de esto, milord. Despues de lo que ha pasado hoy, vuestro matrimonio con miss Mary es una cosa cierta, decidida..... Pero en el mismo momento en que os estoy hablando, miss Mary piensa en Frank; miss Mary, despedazada por las emociones de su debil temperamento, no puede resistir mas, miss Mary moribunda.....

—Moribunda, caballero! exclamó Rio-Santo palideciendo.

—Moribunda, milord, es decir, quizá vaya demasiado lejos. Miss Trevor puede vivir asi algunos meses....

—¡Qué fatalidad! murmuró Rio-Santo con cólera y dolor; ¿por qué esa pobre niña se ha interpuesto á mi paso?

—Miss Mary, decia, añadió el doctor cuyo semblante permanecia impasible y sereno, vive en el pensamiento de ese jóven Perceval. Ese amor la sostiene, pero la mata.... Ah! milord, es un caso encantador, y difícil, y del mayor interés.

Rio-Santo no lo oia ya. Sus cejas se habian fruncido bajo el esfuerzo de una silenciosa y amarga angustia.

—Es preciso! dijo al fin; ese casamiento es sumamente necesario.

—Incontestablemente, milord, sin ninguna clase de duda..... pero ya están agotados todos los medios que el estado actual de la ciencia pone á nuestra disposicion..... En la apariencia el mal de lady Mary es una afeccion nerviosa que camina con rapidéz á su último periodo. La he curado bajo este concepto, y mis cuidados no han tenido ningunos resultados favorables..... Debía ser asi. El mal no es de aquellos que se combaten con la ayuda de los calmantes...

—¿Pero en fin, señor, no hay ya ninguna esperanza?

—Permitidme, milord: si vuestra señoria tiene paciencia para escucharme hasta el fin, contestaré implicitamente á su pregunta.... Y desde luego debo manifestaros que antes de ayer hice el ensayo de un remedio que podia ser soberano.

—¿Cuál es ese remedio?

—He querido emponzoñar al Honorable Frank Perceval, respondió el doctor con increíble sangre fría.

Rio-Santo saltó sobre su silla, y su frente pálida se cubrió de un subido carmin.

—¡Habeis querido!..... comenzó con violencia.

—Envenenar á Frank Perceval, milord, acabó Moore sin conmoverse.

Rio-Santo se habia levantado. Sus ojos lanzaron un brillo de indignacion, despues se fijaron, con pesadez y severidad, en el semblante del doctor. Un momento sostuvo este con animosidad aquella mirada; pero habia en la superioridad de Rio-Santo un no sé qué de fascinador é irresistible, que Moore frunció las cejas, balbució un murmullo, y concluyó por bajar los ojos.

—Os habia dado, caballero, una mision de confianza, dijo Rio Santo con tono de amo: os habia encargado que socorrieseis á Frank Perceval, cuya vida habia perdonado, bien lo sabeis, voluntariamente..... En vez de socorrerlo habeis querido asesinarle, sin pensar que semejante acto, ademas de su inescusable infamia, podia promover contra mi odiosas sospechas..... Ese es un golpe atrevido, caballero, y del que podia haceros arrepentir.

—Sabia que era vuestro rival, milord, y queria.....

—Las personas que me sirven no tienen voluntad propia, caballero.

—Pues bien! milord, dijo el doctor con un gesto de impaciencia, sois muy poderoso, ya lo sabemos; pero las necesidades de la asociación piden imperiosamente este casamiento, y yo soy lord de la noche lo mismo que vuestra señoría.

—Lo mismo que yo!.... repitió el marqués con desden supremo.

—Perdonad, milord..... lo mismo que vos.

El doctor enderezó por segunda vez su tieso talle, y reunió toda su sangre fria para levantar los ojos hácia Rio-Santo.

Encontró la mirada de este último fija en él, y tan llena de altiva amenaza, que perdió de nuevo su serenidad.

—Lo sabeis, milord, añadió dando á su voz una repentina espresión de humildad, hemos puesto en vos una confianza sin límites. Nuestros reglamentos no os ligan; tenéis derechos, pero no deberes. No quiera Dios, que yo tenga la pretension de llamarme vuestro igual! pero veo que ese casamiento se os escapa..... Y no conozco en Lóndres otro par de Inglaterra que no tenga herederos varones, ni mas que una hija.

El marqués no contestó al momento. Dió una ó dos vueltas por la habitacion, y volvió á colocarse delante de Moore.

—Si hubierais conseguido envenenar á Perceval, os juro por mi honor, que os hubiera hecho aborrecer en seguida.

Moore se estremeció tan visiblemente, que hubiera hecho conocer á cualquier observador, que la amenaza no era una vana farronada.

Rio-Santo se volvió á echar perezosamente en la otomana.

—Pero no lo habeis conseguido, añadió; y os perdono.

El reloj dió en aquel momento las ocho. El marqués continuó.

—No tengo mas que cinco minutos que concederos, caballero, y no habeis contestado á mi pregunta.

Moore tuvo un momento de duda. El tambien en su esfera era un hombre activo y fuerte. Aquel papel de pasivo vasallage que le habian impuesto sin miramiento, revolvia todos sus instintos de orgullo; pero estaba contenido, es preciso creerlo, por un lazo bien estrecho, y poderoso, pues se inclinó respetuosamente, y respondió:

—Un recurso nos queda, milord. Es precario, debo decirlo, y ¿quién sabe ademas sino levantará alguna de las repugnancias generosas que pueden admirarnos sin duda, pero que no tenemos derecho de combatir, segun parece?

—Explicaos y que sea pronto! dijo Rio-Santo.

—Toda enfermedad tiene su antídoto, milord; la naturaleza es completa: la ciencia sola es insuficiente y limitada.... Es preciso experimentar, y experimentar en miss Trevor.....

—Guardaos bien de hacerlo! exclamó el marqués con viveza.

—Estoy muy contento al ver que os adelantais á mi pensamiento, milord, aun nos queda el recurso de experimentarlo en otra persona. No es un cadáver destrozado el que pudiera iluminar mi ignorancia, es preciso que pregunte á la vida: es preciso que en una jóven de la edad de miss Mary provoque artificialmente fenómenos semejantes á los que constituyen los síntomas de su enfermedad.....

—Pero eso es horroroso, caballero, dijo el marqués con disgusto.

—Si, milord..... esos síntomas evocados es preciso combatirlos á tientas como un ciego.....

—Pero eso puede ser un asesinato!

—Si, milord: hay diez probabilidades contra una que la jóven de que os hablo perecerá.

—En tormentos horrorosos! despues de un largo suplicio!

—Si, milord.

—¿No podeis encontrar otro medio caballero? dijo Rio-Santo con agitacion.

—Si vuestra señoría lo desea, lo buscaré, pero el tiempo urge, y cada hora de retraso agrava la posición de miss Trevor.

Rio-Santo pasó la mano por su frente, que surcaban grandes gotas de sudor.

—Vuestra señoría no podía concederme más que cinco minutos, dijo el doctor Moore; los cinco minutos han pasado ya.

—Salvad á Mary! pronunció Rio-Santo con voz apenas inteligible.

—El doctor se dirigió hácia la puerta.

—Escuchad, añadió el marqués: ¿obrais así por el oro, caballero?

—Estamos en Lóndres, contestó Moore con sonrisa, y soy inglés: por lo tanto la pregunta es inútil, milord.

Esta sangrienta sátira contra todo un pueblo, encendió en la vista de Rio-Santo uno de aquellos rayos de indignación, que daban á su semblante el poder y la magestad de Jupiter Tonante.

—Ciudad de cieno! ¡nación infame! murmuró; pues bien! señor, si quereis ganar..... ganar mucho.... ganar una fortuna, salvad á Mary, librando á esa jóven.

El doctor miró á Rio-Santo como si no lo hubiese visto nunca hasta entonces.

—Procuraré hacerlo, milord, contestó.

Al pasar el dintel de la puerta, añadió entre dientes.

—¿Puede haber en el mismo corazón

compasion y crueldad!..... Este hombre ha hecho mas daño que nosotros!..... y sin embargo, he visto humedecerse sus ojos á la sola idea de los sufrimientos de una jòven que no conoce!.....

Rio-Santo tiró del cordon de seda de una campanilla, y un criado levantó una portezuela que estaba frente á la puerta por donde habia salido el doctor Moore.

—¿Espera algun otro, Toby? preguntó Rio-Santo.

Un caballero embozado en una capa, milord..... Ha venido solo por la puerta de la espalda....

—Hacedlo entrar.

La puerta se abrió repentinamente, y un hombre de estatura elevada, cuyo semblante estaba en gran parte cubierto con las pieles de una gran capa, entró en la habitacion con' pesado paso, y haciendo sonar sobre la alfombra las espuelas de sus flexibles botas, admirablemente lustrosas.

—¿Cómo está la salud de vuestra gracia? preguntó Rio-Santo, haciendo un saludo de corte.

—Bien, bien, milord, contestó el recién venido desembozándose, y manifestando una cara huesuda, con los juanetes salientes en extremo, con la mandibula acaballada, con la frente abatida, y cubierta hasta las cejas de un espeso monton de cabellos.

Habia en el conjunto de este hombre mucha semejanza con el caballo: sus largos dientes parecían apropósito para comer avena; y entre sus anchos hombros habia sitio para sentar cien latigazos.

Su gracia era un tártaro.

Un príncipe tártaro, seguramente. Dimitri Nicolae witch, príncipe Tolstoi, embajador del czar Nicolás cerca de S. M. B. Guillermo IV.

—Y cuando llegaba á saberse que era un príncipe, se creia verdaderamente encontrar nobleza en su rudeza, que se asemejaba algo á la brutalidad: cuando se le oia llamar milord embajador, se creia iban á descubrirse modales finos, espirituales, diplomáticos en aquella mirada sin pestañear de sus pequeños ojos grises, que estaban en observacion, los martagones, trás la espesa profusion de sus dos grandes cejas crespas.

Lo cierto es que el príncipe Dimitri Tolstoi era un tártaro de mérito, hablando sin ninguna clase de burla. Habia sabido formarse en Lóndres una posicion de primer órden, y tenia por decirlo asi, la presidencia efectiva del cuerpo diplomático.

Se dejó caer en la otomana, al lado de Rio-Santo.

—Marqués, dijo, las cosas van con suma lentitud, y el emperador mi amo se impacienta.

—Eso es muy desagradable, milord, respondió Rio-Santo con dulzura.

El príncipe contuvo un gesto de impaciencia.

—Parece que tomáis muy filosoficamente el descontento del czar, caballero, dijo.

—Eso es muy desagradable, milord, repitió Rio-Santo. No puedo decir nada mas, y tengo costumbre de caracterizar así todos los sucesos desgraciados que no está en mi poder evitar.

—Sea en buen hora, marques, sea en buen hora; entonces quiere decir que es una noticia desastrosa, que es un golpe cruel.....

—Esto quiere decir, milord, que es una cosa desagradable y nada mas.

El ruso frunció sus grandes cejas.

—Por san Nicolás! caballero, exclamó; habláis muy bien.... No parecería sino que ha sucedido una de esas contrariedades que son comunes todos los dias..... Cuando S. M. I. se incomoda con uno de sus agentes, caballero, es preciso que este agente tiemble y se humille.....

—Yo no sé temblar, milord, le interrumpió Rio-Santo sin levantar la voz: y tengo muy poco orgullo para que necesite humillarme nunca..... Permitidme, además, que rectifique una espresion que se os ha escapado: me habeis colocado en el núme-

ro de los agentes de su magestad imperial....

—¿Y que es lo que sois, milord?

—Príncipe, se necesitaria quizá una larga historia para responder á esa pregunta: yo no tengo tiempo para contarla, ni vos para oirla. Me limitaré unicamente á deciros lo que no soy. No soy el agente de vuestro amo, milord.

El ruso labró la alfombra con un violento espolazo.

—Pardiez! caballero, añadió sin disimular mas su cólera, esa si que es una audacia estraña que no esperaba seguramente! Después de haber depositado en vuestras manos enormes cantidades.....

—Por lo que agradezco á vuestra gracia con toda sinceridad, y de lo íntimo de mi corazon. Han servido poderosamente á mis proyectos.

—Después de haberme engañado con fe- mentidas promesas.....

—No habéis una palabra mas, milord! dijo Rio-Santo con voz breve, y con una mirada soberana, ante la cual la orgullosa có- lera del tártaro se apaciguó como por en- canto.

—Perdonad, milord, de que haya in- terrumpido á vuestra gracia, añadió al mo- mento Rio-Santo con su tono ordinario. Ibais á pronunciar palabras que necesitaban un castigo positivo, y necesito no perder la

cooperación de su magestad imperial... Hacedme el gusto de comprenderme, milord, y no romper por frívolos motivos un pacto que nos es mutuamente ventajoso.

—¡Maravillosamente! murmuró Tolstoi: vamos á tratar de potencia á potencia á lo que parece: á saber, vos, señor marqués, por vuestra señoría, y yo por el emperador mi amo..... esto es encantador.

—Pero á lo menos es cierto, milord, contestó pacíficamente Rio-Santo.

—El ruso dió de nuevo con la espuela al tapiz, procurando por segunda vez desahogar con esto su cólera.

—Tanto mas cierto, continuó el marqués, cuanto que vuestras instrucciones, milord, encierran un párrafo especial que me concierne.

—¿Cómo sabeis?.....

—Permitidme..... Esas sumas, que tanto vociferais, no completan, reunidas, el contingente que estais encargado de entregarme por su magestad imperial.

—¿Qué quiere decir eso, caballero?

—Que sois mi deudor por unos trescientos mil rublos, milord,

El príncipe abrió la boca, y miró á Rio-Santo con sus grandes y sorprendidos ojos.

—De trescientos á trescientos cincuenta mil, concluyó tranquilamente este último; tengo las facturas en mi caja..... Estoy se-

guro que vuestra gracia tendrá á bien no desmentirme.

—No, caballero..... no, os lo aseguro! dijo el príncipe con agitacion: su magestad me habia efectivamente encargado.... ¡Es una cosa increíble!..... Estad seguro que mi intencion..... Pero, por el nombre del emperador, teneis un embajador en San Petersburgo, caballero?

Rio-Santo se inclinó graciosamente, en señal de afirmacion.

—Como ya veis milord, dijo, tratamos de potencia á potencia: á saber, vuestra gracia conmigo; mi enviado con vuestro amo.

—En esto hay alguna hechicería, murmuró el tártaro.... En todo caso, señor marqués, añadió con una especie de cortesía, tengo que daros mis excusas.... Sabia que el czar estimaba vuestro alto mérito, pero ignoraba....

—Dejemos eso, milord.

—Por lo que toca á los trescientos cincuenta mil rublos....

—Dejemos tambien eso..... Quiero que vuestra gracia sepa, desde ahora para en adelante, que el oro de la Rusia no forma sino una parte bien debil de mis recursos.... Y si necesitais, milord, para el servicio de vuestro amo, algunas anticipaciones..... dos ó tres millones de francos..... el doble..... ó aun mas, os suplicaria me consideraseis siempre dispuesto á serviros.

Rio-Santo dijo esto con un tono tan sencillo y formal, que no permitia ninguna clase de duda sobre la sinceridad de sus palabras.

El príncipe, aturdido con aquella oferta real, dejó la posicion marcial que habia tomado en la otomana, y sacó fuera sus pies para ocultar sus espuelas.





CAPITULO SEPTIMO.

Política.

L principe Dimirri Tolstoi, embajador de Rusia, guardò por algunos momentos un silencio embarazoso. Contemplaba á Rio-Santo al descuido, como si hubiese querido adivinar de pronto el secreto de aquel hombre, que levantando un lado del misterio que lo rodeaba, acababa de manifestarse á él bajo una apariencia estraña.

—¿Me es permitido dirigir una pregunta á vuestra señoría? dijo al fin.

—Regularmente, contestó Rio-Santo sonriéndose, vuestra gracia me pregunta sin saber si tengo gusto en ello..... Hacedlo, milord, os lo suplico.

Tolstoi se avergonzó, y sus pequeños ojos grises se bajaron al mismo tiempo que la línea de sus espesas cejas.

—Esta es una reprension, dijo, y yo no se verdaderamente si debo permitirme...

—Hacedla, milord, os lo suplico.

El príncipe aun dudó un momento, y en seguida, como si aquella pregunta hubiera levantado por si misma la carne espesa de sus gruesos labios, añadió.

—¿Conoceis personalmente al emperador, señor marqués?

—Si, milord.

—Ah! dijo Tolstoi cubriendo su ademan con una nueva épa de reservada cortesía.

—Nicolás Paulowitsch, continuó Rio-Santo, me ha hecho el honor de escuchar ciertos planes que no estaban entonces en mí imaginacion sino como vagos proyectos..... Fui admitido á su presencia, por la noche, despues de recibir le corte, y muchas veces la claridad del dia vino á poner término á nuestras conversaciones.

—Verdaderamente, señor marqués? dijo el príncipe encogiéndose en la otomana.

—Si, muchas veces, añadió Rio-Santo, que parecia impelido por sus recuerdos. Un dia despues de una larga conversacion en que me habia dejado llevar de todo el entusiasmo de mi ardiente religion politica, S. M. se dignó tomarme la mano, y colocó en mi pecho esta cruz que veis en él.

Enseñó la cruz de comendador de san Jorge de Rusia, que brillaba entre las insignias del Aguila Roja de Prusia, y las de la órden de Maria Teresa de Austria.

El príncipe medio se levantó, y estiró su alto talle poniéndose en una posicion de rigurosa etiqueta.

—Nicolás Paulowitsch, añadió de nuevo Rio-Santo, se acuerda de mi, milord, y yo le conservo un respetuoso lugar en lo íntimo de mi memoria. Mi fé politica difiere de la suya tanto, como el dia difiere de la noche; pero una pasion comun nos acerca, á mí debil particular, y á él príncipe poderoso: nos encontramos en el mismo odio.... Ah! apesar de sus faltas respecto al mundo y á la libertad, vuestro emperador tiene un alma robusta, príncipe, y una voluntad real.

El marqués se calló y pareció volver con el pensamiento á tiempos ya muy distantes. Tolstoï, tieso, y silencioso, parecia inmóvil como todo ruso bien educado ante su superior.

Rio-Santo habia tomado para él proporciones fantásticas, y aquella mano que habia tocado la de Nicolás, le parecia que brillaba con un resplandor sobrehumano.

—Perdonad, milord, dijo de pronto Rio-Santo sacudiendo su ilusion. Nos hemos ido muy distante del objeto de vuestra visita. Habeis venido á pedirme una explicacion....

—¿Una explicacion á vos, señor marqués! ¡No lo quiera Dios!

—Vuestra gracia tiene una memoria de corte! añadió Rio-Santo sonriéndose: no hace un cuarto de hora que me pediais cuenta como á vuestro agente.....

—¡No me abrume vuestra señoria! dijo lamentablemente el príncipe: S. M. el emperador mi augusto amo, no me habia dicho á que hombre tendria el insigne honor de transmitir los fondos que ponía en mi poder y yo creia.....

—¿Qué es lo que creiais, milord?

—¿No se contentará vuestra señoria con mis sinceras y respetuosas excusas? murmuró Tolstoï con una humildad, bajo la que se ocultaba mucho rencor.

—Creiais, añadió Rio-Santo, tener que haberlas con uno de esos aventureros desesperados, que especulan con las pasiones secretas de las testas coronadas, y consiguen á fuerza de mentiras, de intrigas, y de maniobras, sustraer á los príncipes algunas con-

signaciones, crecidas ó miserables, según lleven como yo un nombre noble y cordones sobre el pecho, ó como [algunos otros, un nombre plebeyo, y un vestido que haya visto demasiados días..... Creiais degeneraros, por decirlo así, abocandoos conmigo...

—Ah! señor marqués!..... dijo el príncipe.

—Os preguntabais, milord, sino era intolerable y chocante ver á un hombre como vuestra gracia, incomodarse por un pobre marqués..... quizá de contrabando.... pero podeis estar seguro, que yo no puedo conservaros ningun rencor.

—A fé mia, señor marqués!.....

—Pero lo que ha puesto colmo á vuestro mal humor, príncipe, es que este pobre marqués, no ha suplicado á vuestra gracia que le auxilie con sus altas luces..... que, lejos de esto, ha tenido la gran torpeza de guardar para sí sus planes y proyectos.... Confieso, milord, que en esto las faltas son mias... Pero, si es necesario decirlo, mi vida está mas ocupada que la de los demas hombres, porque los placeres del mundo, y las horas de ociosidad forzosa que impone la moda, son para mi una estrecha y formal obligacion... Si me viese precisado á franquearme con todos los que se creen con derecho de interrogarme, faltaria á la hora del paseo, y me mirarian nuestras ladies como un agente de

negocios.... Esta es una cosa terrible, bien lo veis: ya me consideran ya un diplomático.

Rio-Santo atrajo bajo sí uno de los cojines de la otomana, y puso en él indolentemente la cabeza.

El príncipe se levantó.

—Milord, dijo saludando con despecho, no encuentro nada en mí, muy bien lo sé, que pueda valerme la confianza de vuestra señoría..... Confieso con franqueza..... que el misterio de vuestra conducta me ha embrazado poderosamente hasta ahora, no como á un simple particular, sino como al representante del emperador mi amo. Sabia que estabais encargado de una misión de gran interés, cuyo objeto entreveía hasta cierto punto, ya que no estaban á mi alcance los medios; os entregaba sumas que miraba como considerables: quizá era natural.....

—Muy natural, príncipe, y no podiais pensar otra cosa, sino que el dinero de vuestro soberano servia para mantener el lujo casi real de que yo me rodeaba.....

—No he dicho eso, señor marqués.

—Lo habeis pensado, milord.

Tolstoï se inclinó de nuevo.

—Señor marqués, dijo dejando conocer definitivamente su mal humor, he querido daros mis excusas; no se puede ecsigir mas de un caballero, y sin embargo no las teneis por suficientes, segun parece..... Como no veo

bien el objeto de utilidad de una esplicacion continuada bajo ese tono hostil; ó á lo menos equivoco, voy á despedirme de vuestra señoría, manifestándole que estoy á sus órdenes siempre que tenga á bien ocuparme.

Rio-Santo medio se levantò.
—¿Os habré ofendido sin querer? milord, preguntó.

Hay rusos que tienen bastante corazon para doblar sin embarazo esos cabos erizados de puntas de agujas que abundan en el oceano diplomático. Pero estos rusos son raros. La Italia, algunos territorios de Alemania, y algunas zonas de la Francia meridional, son los únicos países fecundos donde el maquiavelismo crece sin cultivo! El príncipe Dimitri Tolstoï no supo amainar á tiempo como dicen los marinos. Viendo ceder á Rio-Santo, tuvo la mala idea de recobrar su primer ceño, y dió una respuesta donde el elemento tártaro dominaba en el mas alto grado. Rio-Santo continuó con severidad.

—Dejemos esto si os parece, milord. Habeis venido á mi casa á interrogarme como hubiera podido hacer un superior respecto á su subordinado. He debido establecer la sinceridad de nuestras respectivas posiciones, y prolongar la leccion, á fin de que vuestra gracia no se vea espuesto á olvidarla para lo sucesivo..... Ahora, milord, si os agrada volveros á sentar y escucharme, tendré el honor

de someteros una proposicion importante.

El ruso trató de sonreirse , pero aquel desgraciado esfuerzo no produjo sino una desapacible mueca, bajo la que se manifestaba un violento despecho , y un odio contenido por el temor, que no deseaba mas que presentarse.

Volvió á sentarse de mal humor en la otomana.

—Me ha parecido , milord , principió Rio-Santo fijándole con su brillante y serena mirada, que vuestra gracia manifiesta respecto á mi una opinion de las mas severas.... Estoy segun vos esclusivamente ocupado de intrigas galantes , de apuestas insensatas , de carreras á termino fijo..... ¿qué se yo?..... Aun tambien me han dicho que me acusais de pasar muchas horas en profundas meditaciones sobre el corte de un vestido.

Tolstoï hizo un gesto de vehemente impaciencia.

—Me habeis anunciado, señor marqués, le interrumpió bruscamente , que ibamos á ocuparnos de cosas serias.

—Vuestra interrupcion, milord , añadió Rio-Santo, me manifiesta que mirais estas alegaciones como estemporaneas bromas.... Espero haceros cambiar de parecer en la continuacion de esta conversacion, y estoy seguro que no os volverá á suceder nunca hablar de mi con ligereza en vuestros mo-

mentos perdidos... Volvamos á nuestro asunto. Tengo un favor que pedir, milord.

El príncipe levantò hácia Rio-Santo sus admirados ojos grises, y los puso inmediatamente al abrigo de sus grandes cejas. Su fisonomia se tranquilizó repentinamente. Al cabo de diez minutos, el marques lo tenia sobre ascuas con un rigor inaudito, y entreveía con placer la posibilidad de una pequeña venganza. Cualquiera que fuese la petición de Rio-Santo, el ruso estaba muy decidido de antemano á negarla, y por esto respondió sin dudar:

—Señor marqués, estoy á vuestras órdenes.

—Rio-Santo abrió el cajon de una mesa charolada de encarnado, y tomó un papel que entregó al embajador.

—Hacedme el gusto de enteraros ante todo de este escrito, milord, le dijo.

El ruso desdobló el papel, y comenzó al momento á leerlo. Rio-Santo, durante este tiempo, habia sacado de su pecho una cartera, y se ocupaba en poner en orden diversos documentos, sin tomarse el trabajo de mirar en la fisonomia del príncipe el efecto que le producía el escrito, que este último tenia en sus manos.

La fisonomia del príncipe Dimitri Tolstoi merecia que la observasen en aquel momento. A medida que adelantaba en su lectura

sus cejas se bajaban mas sobre sus ojos, mientras que su frente se plegaba como el anilloso cuerpo de un insecto , trayendo la rígida raíz de sus cabellos hasta el nacimiento de sus cejas. De vez en cuando , todo esto se extendia por un juego de músculos instantáneo: la piel de la frente se desplegabá, los cabellos volvian á subir, y sus ojos grises, dirigiendo una rápida mirada bajo los pelos levantados de las cejas, parecian buscar en la fisonomia de Rio-Santo un comentario al manuscrito que le habia entregado.

Pero la fisonomia de Rio-Santo no esplicaba nada. Tambien leia , y parecia no pensaba en el principe Dimitri Tolstoï.

Asi que este llegó al fin de su lectura , dejó escapar una exclamacion de sorpresa.

—¡Este es el plan de Napoleon! murmuró.

Rio-Santo cerró su cartera.

—El plan de Napoleon , aumentado y apropiado al estado de la paz europea, continuó el ruso hablando consigo mismo.

—He tenido el honor de ver á S. M. el emperador de los franceses en santa Elena, el año que precedió á su muerte , eternamente sentida, contestó Rio-Santo; él tambien aborrecia con ardor lo que yo aborrezco... He podido apróvecharme, milord , de las doc-

trinas de su elevada y luminosa palabra. Ese proyecto, que no es sino una parte de mi plan, me fué efectivamente sugerido por el gran hombre, que la brutal cobardía de Wellington, ese semidios grotesco, y los rencores de la Europa, tantas veces vencida, encadenaron en aquel mortal escollo donde se ha consumido su vida..... ¿Este proyecto ha merecido la aprobacion de vuestra gracia?

—Este proyecto no necesita de ella, milord, respondió Tolstoï poniéndose al momento en guardia.

—Todo al contrario, milord, y he contado precisamente con vos para continuar con eficacia la ejecucion principiada.

—Conmigo, respondió Tolstoï con ese tono ambiguo que no dice nada, y deja entera facultad para decir sí, ó no, segun las circunstancias.

—Con vos, y solamente con vos, milord.

Tolstoï hizo un saludo tan equívoco como su precedente respuesta.

—Con vos, añadió Rio-Santo: por que vuestra conocida habilidad os ha creado entre el cuerpo diplomático una posicion importante, á la que añade el rango del poder que representais.

—Pero, señor marqués, otros mejor que yo podrian...,

—No lo creo, milord.

—El embajador de Francia.

—Quizá es tan influyente como vos, no lo niego; pero no tengo para con él ningun medio de accion, y su corte está fuera de mis relaciones diplomáticas personales.

—Pues es una desgracia, señor marqués, dijo el ruso, cuyo semblante tomó una espresion seca y glacial.

Rio-Santo no contestó á esta palabra, y Tolstoï continuó despues de algunos instantes de silencio.

—Por mucha admiracion que pueda inspirarme este producto de vuestra fecunda imaginacion, señor marqués, por mucha simpatia que naturalmente esperimente por un proyecto, cuyo completo resultado serviria de bo confesarlo francamente, en el mas alto grado á la politica del emperador mi amo, me veré precisado, si vuestra Señoria quiere permitirmelo, mantenerme neutral en esta circunstancia.

—¿Podré preguntaros por qué? mi lord.

—Porqué, señor marqués? contestó Tolstoï, cuyos pequeños ojos lanzaron un rápido rayo de maligna burla: porque soy un hombre positivo y no un poeta; porque á pesar de todos mis deseos de complaceros, no puedo ver en vuestro plan masque una utopía muy ingeniosa, y porque la

embajada rusa tiene mision de ocuparse esclusivamente de la realidad.

—Entonces me negais vuestra asistencia, milord?

—Esto me causa un profundo sentimiento, señor marqués.... Vuestro sueño, ejecutado, seria seguramente una terrible estocada dada al corazon del enemigo comun..... pero.....

Tolstoï afectó una duda política.

—¿Pero qué? preguntó Rio-Santo con dulzura.

—Pero esto no es mas que un sueño, señor marqués, un sueño en el que hay mucho genio y un poco de calentura.... Si me fuese permitido dar mi humilde opinion á vuestra señoria, le aconsejaria que no hiciese caso de esto, y pensára un poco en Napoleon, que murió en Santa Elena por haber querido intentar lo que vos me proponéis. Y sin embargo, Napoleon, emperador, mandaba á la nacion mas valiente que hay en el mundo.... Y sin embargo, Napoleon, guerrero sin rival, político de primer órden, tuvo la iniciativa de vuestro proyecto, cosa capital para conseguirlo, como no podeis ignorar, milord..... De suerte que, en buena justicia, lo que hay de genio en vuestro sueño debe atribuirsele, mientras que la fiebre....

Tolstoï se sonrió, saludó, y se dirigió por segunda vez hácia la puerta.

—Sois muy severo, milord, dijo Rio-Santo, sin que pareciera procuraba detenerle: me veré obligado á dirigirme al emperador vuestro amo.

—Maravillosamente, señor marqués; pero de aquí allá....

—¿Cuanto tiempo creéis que se necesita, milord, para tener una carta de su Magestad Imperial? interrumpió Rio-Santo con negligencia.

Al decir esto volvió á abrir su hermosa cartera, é introdujo una llave microscópica en la cerradura de una de las divisiones.

Tolstoï experimentó un movimiento de inquietud.

—Cuanto tiempo! balbució; yo creo.....

—Se necesita un minuto, milord, continuó Rio-Santo, levantando su altiva mirada hácia Tolstoï, clavado en el dintel de la puerta; tenga á bien vuestra gracia acercarse y leer..... Ahora no se trata de un sueño.

Sacó de su cartera un gran pliego sellado con las armas de Romanoff, superadas con la corona imperial.

No bien distinguió Tolstoï aquel sello, cuando inclinó la cabeza, y cruzó las manos sobre se pecho como hacen, según di-

cen, los visires turcos ante el cordón de seda que vá á ahorcarlos.

—Leed, milord, repitió Rio-Santo.

El príncipe tomó el paquete, y lo llevó á sus labios con aquella afectación de místico respeto que existe en Rusia en todas las relaciones entre súbdito y príncipe. Desdobló lentamente el pliego, sin romper el hilo de seda que lo sujetaba, y sacó un cuadro de papel, del cual pendía el sello privado del emperador.

El papel era blanco, pero Tolstoï sabía lo que debía hacer y no tenía ganas de aparecer reacio. Se adelantó hácia la chimenea, y acercó el papel á la llama.

Al cabo de medio minuto, unos caracteres trazados con tinta verdosa, aparecieron sobre lo blanco del papel.

No había más que dos renglones, escritos en cifras, y una firma.

Tolstoï sacó á su vez de su cartera un papel, arrugado y estropeado por el mucho uso, y lo estendió sobre la mesa de la chimenea, junto al billete con el sello imperial. El papel ajado era una cifra maestra. He aquí lo que deletreó milord el embajador.

«Nuestra voluntad es que Dimitri Nicolawitsch Tolstoï, obedezca á las instrucciones que podrá darle don José Maria Tellez de Alarcon, marqués de Rio-Santo.»

El príncipe volvió y revolvió la misiva en todas direcciones: la comparó minuciosamente con la cifra maestra, y concluyó por entregársela al marqués diciendo:

—Milord, esto si que es perentorio. Disponed de mi como gustéis.

Una larga y formal conferencia se siguió entre el marqués y el embajador. Este último cedió en todos los puntos, y se obligó formalmente á hacer trabajar á los diversos encargados de negocios que residian en Lóndres, en el sentido de los proyectos de Rio-Santo, pues que tal era el deseo de S. M. I.

—Milord, dijo el marqués concluyendo, vuestra obra será fácil. Esa tiranía que queremos romper, amenaza pesar muy pronto sobre el mundo entero, y por consiguiente todo el mundo tiene interés en sacudirla.... El peso de la voluntad imperial manifestada por vos, su órgano oficial, bastará sola para hacer que se incline la balanza, pues cada uno de los diplomáticos que vais á ver y tambien cada uno de sus amos, han sido solicitados á parte, y no desean mas sino dejarse llevar..... Además, pensad bien que otras medidas, y medidas mas terribles serán tomadas para herir al coloso por todas partes á la vez... Una palabra mas..... Comprenderéis en adelante, asi lo espero, porque doy mi vida entera, mi vida aparente, á esos pasatiempos frívolos que me habeis echa-

do en cara tantas veces como un crimen. Comprendereis porque me he hecho el rey de la moda, porque me he rodeado de un lujo oriental, esta es vuestra palabra favorita, milord, porque ocupo en fin todos los ecos de el West-End con el rumor de mis intrigas amorosas. Habeis de saber, y Dios me perdone, milord, que obedezco en esto á mi naturaleza..... y despues que Lóndres debe ver en mi lo contrario de lo que soy, ó, para esplicarme mejor, Lóndres no debe verme sino bajo uno de mis aspectos, y creer que soy sencillamente el hombre mas elegante, el mas galan, y el que posee los caballos mas hermosos de los tres reinos... Mejor oculto se está bajo este papel, que bajo una máscara, milord, y mi matizada capa es tan buena como los harapos del romano Bruto..... Y, Bruto echó abajo un trono, como sabeis.....

.....
.....
.....
El príncipe Dimitri Tolstoi se retiró por la puerta de la espalda por donde habia entrado.

Asi que se quedó solo Rio-Santo, se dejó caer agotado en la otomana. Eran cerca de la diez de la noche. Regularmente el marqués pasaba una gran parte de ella en aprovechar el tiempo que le robaba el mundo, pero, esta noche, el cansancio

era mas poderoso que su voluntad. Mientras que procuraba refleccionar, con la cabeza apoyada en los cojines de la otomana, se quedó dormido.

Su sueño fué agitado é inquieto. El reloj, dando las doce campanadas de media noche, lo despertó sobresaltado. Se levantó; pero al primer paso que dió, su pié tropezó con el cuerpo de un hombre tendido sin movimiento sobre la alfombra.

No era un malhector, pues el robusto y hermoso Lovely se habia echado á su lado, y le lamia la cara ahullando quejosamente.

Rio-Santo se puso de rodillas. El hombre que yacia sobre la alfombra, tenia la cara manchada de sangre, y sus mojados cabellos caian, esparcidos, á su alrededor.

Su vestido escocés estaba tambien empapado de agua y manchado de sangre.

Rio-Santo dió un grito de sorpresa al ver las facciones de aquel hombre. Corrió á tomar una bugía, pues aun no podia creer á sus ojos: la luz le manifestó que no se habia engañado.

—¡Angus! ¡Angus! exclamó; hermano mio!

El laird no se movió.

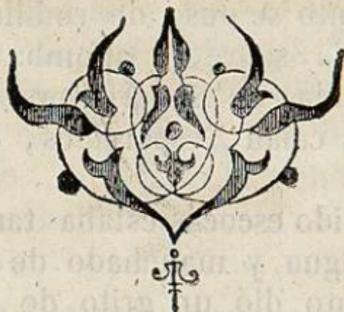
Rio-Santo lo levantó y colocó en la otomana: y mientras se veian las lágrimas en las orgullosas pupilas del marqués.

—¡Angus! ¡Angus! repitió.

El laird abrió los ojos, y paseó al rededor de si su apagada mirada.

—¡Las dos! ¡las dos! ¡Dios mio! murmuró con despedazadora voz, las dos perdidas!.....

En seguida se volvieron á cerrar sus ojos, y cayó pesadamente de espaldas.





CAPITULO OCTAVO.

Soledad.

CERCA de una semana habia pasado desde los sucesos que hemos referido en los precedentes capitulos.

Suzannah estaba sola en el pequeño salon en que ya la hemos visto hablando con Brian de Lancaster. Tenia un libro en la mano, y sus humedecidos ojos erraban va-

gamente sobre las planchas de yelo, cuyas brillantes cristalizaciones cubrían el exterior de los cristales de las ventanas.

Habia en su posición mas tranquilidad, y en su mirada mas reflexión que en otro tiempo. Su frente hermosa no aparecía ya tan inteligente, pero se descubría en ella una cierta cosa de menos indeciso, y de mas humano, por decirlo así. Había entrado mas en las condiciones comunes: se la podía comprender mejor, y cada uno de sus movimientos no se parecían ya tanto á un problema.

Por que, en el espacio de ocho dias, Suzannah habia dado muchos pasos en la vida. Su muda existencia de desgracia habia concluido repentinamente. Dos almas se habian encontrado para acoger y provocar los sencillos impulsos de su alma. La atmósfera de ignorancia y de apático dolor que la habia oprimido tanto tiempo, acababa de dejar pasar un rayo de sol.

Hacia una semana que veía casi diariamente á lady Ophelia, condesa de Derby, y á Brian de Lancaster.

Lady Ophelia la enseñaba con dulzura lo que es la vida. No habia tratado de sorprender el secreto de Suzannah, aunque dotada de esa mágica varita que está en las blancas manos de toda muger de mundo, hubiera adivinado á primera vista, que habia un es-

traño misterio bajo ese título de princesa llevado por una niña, altiva es cierto, y noble, y soberbia, y sabiendo sostener como es necesario la garzota de diamantes que pesaba sobre su negra cabellera; pero extraña á los mil modales de la etiqueta, á todas esas minuciosas reglas que forman la sintaxis de la gramática mundana: un misterio tambien bajo aquella viudez de una virgen; pues Suzannath era virgen de alma, y virgen de cuerpo. Lady Ophelia no podia ignorarlo... ¡habia hablado tantas veces y con tanto detenimiento de amor!

Y respetando completamente el secreto de Suzannah, lady Ophelia se habia formado una idea bastante parecida á la realidad, para entrar de lleno en la conciencia de la hermosa jóven, para comprenderla, para explicar los estraordinarios arranques de su carácter juzgado bajo el punto de vista esclusivo del mundo, para admirar lo suave y grande que existia bajo aquella corteza salvaje, que las miradas menos amigas no hubieran podido penetrar.

Entre lady Ophelia y Suzannah habia una especie de predestinacion de mútua ternura. Se habian amado desde el momento de yerse, y de aquel modo romanesco que los poetas se toman el trabajo de explicar en muchos de sus versos, aunque sea la cosa mas natural y mas comun del mun-

do. Al cabo de ocho dias ya eran hermanas.

Lady Ophelia menos jòven y mas esperta en las cosas del mundo, hacia el papel de hermana mayor, de ese dulce y paciente mentor que reemplazaria á una madre, si una madre pudiera ser reemplazada. Suzannah mas ignorante, pero mas fuerte, y dotada quizá de una inteligencia superior era la educanda, mientras llegaba la época de ser á su vez la maestra.

Las conversaciones de estas dos mugeres eran una cosa estraña y encantadora: en ellas, una descubria á cada palabra algun sentimiento desconocido, ó no revelado; y la otra, para quien la vida no tenia ya secretos, se admiraba, enternecida, siguiendo en el fondo de un corazon nuevo y ardiente, el trabajo de la iniciacion en las cosas de la vida.

Pues Suzannah, como nuestra madre Eva, llegaba á la edad de la muger, con la ignorancia completa de la niña. Solamente hacia ocho dias que gozaba el fruto de la ciencia del bien y del mal. Hasta entonces, toda enseñaanza moral, lo mismo que todo medio de instruirse por la comparacion ó la observacion, le habia faltado. Era enteramente salvaje en medio de nuestra civilizacion exagerada, y su juventud, para no haberse pasado en un calabozo como la de Gaspar Hauser, habia sido no obs-

tante igualmente secuestrada. La habian puesto perfidamente y con intencion, un espeso velo ante los ojos; y la habian ocultado con esmero todo lo que debe saber una muger.

Y despues que habia cesado el perverso esfuerzo de la tirania, despues que su padre habia sido ahorcado, Suzannah, lanzada repentinamente en el mas absoluto desamparo en medio de Londres que no tiene compasion por estos abandonos, Suzannah se habia dormido como ya lo hemos visto, en una apática y fatal desesperacion. La pobre jóven no habia tenido para luchar contra la miseria, ni la religion que consuela, ni el honor humano que algunas veces sostiene. Ignoraba hasta la palabra religion, pues que su padre, judio de nombre é incrédulo de hecho como son muchos cristianos, la habia mantenido rigorosamente separada de todo lo que eleva y forma el corazon.

La habian enseñado á cantar, á bailar, y á componerse.

Desde los primeros años habian puesto una venda sobre sus ojos, á fin que, cuando fuese una muger, pudiera caer, ignorándolo, en la vergüenza, y entrar con pié firme en la infamia.

La pobre jóven era víctima de un paciente y horrible trabajo. Muchas mugeres

que el mundo idolatra y respeta, muchas *santas* de salon, muchos ángeles de gabinete hubieran llegado á ser demonios con semejante escuela. Pero Suzannah no era buena únicamente para hacerla un ídolo mundano: su natural era grande é ingénuo, y del que el vicio podia apoderarse con traicion, sin ofender nunca al alma, y solamente como esos usurpadores de un dia que se sientan sobre un trono, y ni aun han tenido tiempo de empañar su real y legitimo brillo.

Suzannah era pura, aun cuando hubiese mirado sin disgusto la deshonra que no conocia. Suzannah era pura, aun cuando solamente ocho dias la separaban del tiempo en que ignoraba el pudor.

El amor habia sido para ella una salvaguardia: el amor, y quiza tambien sin saberlo, esta luz divina que Dios pone en lo interior de todas las almas: la conciencia. Pero la conciencia no es la mayor parte de las veces sino el austero eco de virtudes inculcadas, y de una moral enseñada. Suzannah no sabia nada.

A pesar de nuestra desconfianza del amor, que, en tesis general es un consejero bastante malo, nos vemos precisados á aplicar en su favor la famosa regla del derecho romano. *Suum unique*. Esto fué lo que contuvo á Suzannah á orillas del precipicio.

La religion, y aun el honor humano, quizá hubieran hecho mas: el amor hizo bastante, lo cual es mucho.

A nuestro parecer, hay mucha severidad respecto á el amor. El perdió á Troya, es muy cierto, pero hace tanto tiempo de eso! Ha sido necesario todo el genio de Homero para que se acuerden de esa antigua historia.

Con mucho transporte bebió Suzannah en aquella copa de ciencia presentada por una mano amiga. Escuchó, adivinó, y despedazó con avida mano la venda que flotaba ante sus ojos.

Leyó con maravillosa sagacidad lo intimo de la desgracia de lady Ophelia, y le dió con todo su corazon cuanto no era para Brian.

Pero al mismo tiempo que gozaba con pasion del nuevo horizonte que se abria ante su encantada vista, aprendió á temer, á avergonzarse, y á dudar.

El pudor habia surgido al principio en su interior, y habia colocado sobre su noble frente una seduccion mas. En seguida habia entrevisto esas barreras que la inflexible sociedad coloca en el florido camino de la felicidad; despues el ejemplo de lady Ophelia, tan hermosa, tan buena, le enseñaba los peligros que rodean á la muger; la inconstancia, los pesares, y el abandono.

Estaba sola como ya hemos dicho, en el pequeño salon que le servia de gabinete. Su toilette habia tenido en cierto modo un cambio análogo al de su ser. No se parecia aun del todo á las que nuestras ladies participaban fraternalmente con sus doncellas, pero no afectaba ya aquella estravagancia audaz y casi teatral que hace resaltar la belleza, pero que disminuye el encanto. Sus hermosos cabellos negros enroscaban sus flexibles espirales á lo largo de sus mejillas, sujetos solamente por detrás con un peine de carey. Un vestido de seda negro, cerrado, contenia los esquisitos contornos de su seno, y no dejaba sitio al rededor del cuello sino para unos angostos vuelos de encajes.

Aquel vestido sencillo, al que Suzannah daba una encantadora elegancia, le volvia en recompensa la juventud que ocultaba el lujo de sus otros adornos. Ahora era completamente una jóven. Un no sé qué de dulce, tierno, y pensativo, corria al rededor de su frente inclinada.

La hubieseis amado mas asi.

Pero era tan hermosa! Se le amaba siempre, y mas cada vez que se presentaba bajo otro aspecto distinto del de la víspera, porque todo en ella era noble, gracioso, perfecto, y lleno de un irresistible atractivo.

El libro que tenia medio cerrado en la mano, era un tomo de Goldsmith, y su dedo

estendido señalaba la página en que mistress Prinrose (1) llora la huida de su hija.

Suzannah aun no sabia bastante para comprender del todo la serena poesia que escataba aquella inimitable narracion. Esos tranquilos amores la conmovian, pero no basta la emocion: las desgracias que la habian aflijido anteriormente eran demasiado superiores á las de la familia del vicario, para que pudiese interesarse ardientemente en los negocios del honrado Prinrose, ó en sus embrazos domésticos.

Pero el dolor de aquella madre que llora su hija, aquel dolor tan verdadero, tan profundo y tan sencillo, y á la vez tan diestramente presentado por Goldsmith, sorprendió su corazon. Lágrimas brotaron de sus ojos, y cerró el libro.

Esto no fué todo. Principiado el delirio, ¿quién sabe donde detendria su carrera? Hacia mucho tiempo que Suzannah no pensaba mas en el libro, y sin embargo sus ojos no se secaban.

Pues por la primera vez, acababa de comprender y de envidiar la felicidad de las que tienen una madre. Con la vivacidad de intuicion que le era propia, acababa de medir de una ojeada los suaves goces, las infinitas alegrías, y la pura felicidad que ecsiste en el amor de una madre.

(1) El Vicario de Wakefield.

Hasta entonces esto habia sido para ella una palabra, una palabra que se ligaba á los pensamientos de amargura y de desprecio. Su madre habia abandonado su cuna; habia huido bastante lejos de las sonrisas de su hija, y sin duda no se habia cuidado de sus pesares ó de su amor.

Al menos asi era como lo proclamaba el judio que era padre de Suzannah.

Nunca habia pensado en dudar de aquella asercion, pero ahora el nuevo curso de sus ideas la impelia poderosamente hácia el perdon y la ternura.

Oh! cuanto hubiera amado á su madre, y cuan dulcemente resonaba aquella palabra en su oido! La escusaba, en seguida se arrepentia de haberla acusado, y pedia perdon á su memoria por haberla creido culpable. La veia dichosa y se sonreia con su alegria; la veia sufrir y como se sueña la felicidad soñaba, con el privilegio de participar de sus lágrimas.

En seguida aun fruncia las cejas, y colocaba la cabeza entre sus manos. Demasiadas veces su padre habia acusado á aquella muger para que le fuera permitido conservar una ilusion. El recuerdo y el pesar faltaban á la pobre Suzannah....

Nada en su pasado, nada sino tinieblas, abandono, y soledad!

Mucho tiempo, su meditacion vagò en-

tre el bueno y mal pensamiento, como los guijarros de la playa entre el flujo y el reflujó. Tan pronto acariciaba á un fantasma rodeándolo con sus filiales caricias é idólatras respetos, tan pronto rechazaba aquella mentida quimera, y se erguia, triste y altiva, en su abandono.

Las horas pasaban. Suzannah se fijó por última vez en la consoladora idea de que su madre se habia separado de su cuna por la casualidad ó la desgracia: en seguida su imaginacion, demasiado tiempo apartada de su direccion constante, volvió de pronto ácia Brian de Lancaster.

Brian tardaba mucho este dia. Regularmente la hermosa jóven no tenia necesidad de desear su presencia, y nunca se habia hecho esperar tanto tiempo.

El brillante jóven se dormia efectivamente á los pies de la princesa de Longueville. La amaba con tanta mas fuerza, cuanto que su corazon, á prueba, se habia creido demasiado fuerte para ser vencido. Su apasionada lucha contra su hermano, ó mas bien contra el derecho de mayoria estaba adormecida. La vista de Suzannah presente, y el recuerdo de Suzannah ausente llenaban su vida entera.

Hay muchas veces tesoros de juventud y de fogsidad en esas almas cuya cubierta de yelo no se ha deshecho con los tibios.

amores de la adolescencia, y que han pasado indiferentes, por entre los comunes ardores de los que se llaman *floridos años*. Solamente saben amar con locura y sin reserva, los que aman tarde despues de haber desdeñado mucho tiempo. Brian debia volver sin duda á la idea que dominaba su existencia, pero aquella idea era ahora mas débil que su amor; y quizá la hubiese abjurado por una sonrisa...

Amaba como caballero errante, como page, como esclavo.

Siempre sucede lo mismo. Mientras mayor es la altura mas violenta es la caída. Una media derrota manifiesta un vicio de corazón ó de debilidad. Don Juan puede amar á medias, porque ha prodigado su vida como un prodigio á su alrededor, pero despues de don Juan, no obran asi, sino los que son medio hombres, mercaderes bien forrados, abogados vocingleros, ó esos lores desgastados que han pedido prestado millones para comprar la gota.

Suzannah hubiera podido doblegarlo, al menos durante algun tiempo, bajo una de esas tiranias femeninas á la que ninguna otra puede igualar, pero Suzannah no se cuidaba de esto. Amaba tanto ó mas que Brian. Amaba tanto que la ternura de este último sobrepujando á sus mas delirantes esperanzas, la entristecia y horrorizaba.

Preguntabase esta hermosa criatura, esquisita de cuerpo y de alma.

=¿Quién soy yo para ser amada así?

No era modestia exagerada, pues que Suzannah, hija de la naturaleza, no habia aprendido á humillarse por deber. Era admiracion inmensa, culto, por decirlo así, y persuasion de que el mundo no contenia nada que fuera digno del corazon de Brian.

Ademas conocia ahora y cada dia con mas vivacidad, la desgracia que ecsistia bajo el exterior brillante de su nueva posicion. A medida que se iniciaba en las cosas del mundo, comprendia el vacio y los peligros de esa ecsistencia aislada que le habian impuesto. Se veia prisionera, comprada, esclava: adivinaba á su alrededor un misterioso espionage, y temblaba pensando que á cualquier hora, podia venir un hombre y hablarla como su amo.

La pobre jóven se acordaba de la escena pasada á la cabecera de Perceval, y, aunque hizo esfuerzo para ahogar la voz de su conciencia á este respecto, un vago rumor se levantaba muchas veces en su interior que le decia, que habia venido á ayudar á una tenebrosa intriga, y que aquel beso dado en la frente de un moribundo, habia hecho correr muchas lágrimas.....

Entonces su altivo natural, sublevado repentinamente, le aconsejaba destruir aque-

lla oculta tirania y hollarla con los pies. Pero amaba tanto! Esos hombres, tan poderosos, que habian llevado á Brian de Lancaster á sus pies, no podrian hundirla despues de haberla levantado! Y ademas que era ella sin ellos, sino la desgraciada niña que no tenia mas recurso que la muerte?

Morir! ahora que habia gustado la felicidad!.....

No podia resolverse á esto. Muchas veces cuando Brian estaba á su lado, su boca se abria al mismo tiempo que su corazon: estaba á punto de revelarlo todo á ese hombre que tenia derecho de saberlo todo. ¿Pero no le habian dicho que el peligro no era solo para ella, y que el acero misterioso de la asociacion amenazaba tambien la cabeza de Lancaster?

Se callaba, segura de que en todas partes á su alrededor habia un oido listo que la escuchaba. Esta persecucion mataba su felicidad, emponzoñaba aquellos instantes que la presencia de Lancaster llenaba de tanta dicha, pero no podia quejarse, y siendo tan altiva y tan franca, se veia obligada á ocultar su pesar bajo una sonrisa.

Su sufrimiento no debia parar en esto. Lancaster le pidio su mano: al principio fué dichosa, sumamente dichosa, pues no vió en el matrimonio sino una union indisoluble que no tenia por término mas que la muer-

te. ¿Qué podía soñar de mas hermoso? Pero cada dia, ya lo hemos dicho, venia para perfeccionar su instruccion. Preguntó, y supo que el mundo habia colocado al rededor de aquella union, que le parecia tan hermosa y tan sencilla, reglas que era necesario no quebrantar, y un frio mortal corrió por sus venas pensando en lo que realmente era bajo su titulo de princesa. Aun temió por Brian: no podia tener miedo mas que por él.

— Por él que volvia mas solícito cada dia, y la pobre Suzannah no sabia como defenderse. Era la princesa de Longueville; ¿y quién hubiera podido creer nunca que su negativa era efecto de delicadeza?

Brian dijo un dia:

—¿No quereis bajaros hasta mí?

Estas palabras la despedazaron el corazon; pero aun permaneció callada.

Hoy, pensaba ella en todas estas cosas esperando á Brian que no venia: estaba muy triste. El libro que ella leia anteriormente se habia escapado de sus manos: sus dulces lágrimas se habian secado, y sus cejas fruncidas contrastaban con la palidez de su frente.

—Quizá no quiere venir mas, murmuró.

Sus hermosos ojos se levantaron al cielo, mientras que sus manos se unian con fuerzas.

—Dios mio! Dios mio! añadió: aprenderé á servirlos.... ya sé suplicaros.... tened compasion de nosotros!

La prece trae en si esperanza y consuelo. La frente de Suzannah recobró su noble serenidad, y no quedó ya en su mirada mas que un ligero velo de melancolia.

Se levantó, y dejó correr sus dedos por el teclado de un magnífico piano que la duquesa viuda de Gevres habia hecho poner en su gabinete.

Los acordes se sucedieron al principio caprichosamente y como por casualidad: despues, entre su armoniosa confusion, una melodia se levantò, pura, suave, religiosa.

En seguida la voz de Suzannah, suave tambien y mas pura que las notas limpidas del instrumento, unió su timbre maravilloso á la armonia. La habitacion se llenó de un concierto encantador.

Cantaba uno de aquellos aires de Palestina, tan lleno de mística piedad y de ardiente prece, que nosotros no sabemos hacer, ni cantar, ni quizá sentir, nosotros hijos del Támesis, ensordecidos por las neblinas y aun mucho mas por las grotescas salmodias de nuestros templos. Al cantar, olvidaba su tristeza, y, dejándose llevar de la poesia de su natural, entregaba su alma entera á su canto. La melodia corria encantadora de sus labios: se hubiera creido oír á algunos de aquellos magníficos interpretes del arte meridional que, siendo profanos, se santifican al contacto de la inspiracion, y arrojan á torrentes

armoniosos la oracion y el recogimiento, bajo las grandes bóvedas de las iglesias católicas.

Su frente brillaba : su mirada, sumida en un estasis inspirado, parecia ver á la madona á quien se dirigia su prece y su canto. Estaba hermosa como esas santas cuyas sublimes facciones han trazado sobre el lienzo los antiguos pintores romanos; hermosa como un sueño de Rafael; hermosa como una vision de Dante.

Despues de un momento la puerta se abrió y Brian de Lancaster apareció en ella, con los cabellos esparcidos, la cara bañada en sudor, y los vestidos en desorden. Al ver á Suzannah, cuyas facciones miraba por un espejo colocado ante ella en el artesonado, dejó escapar un movimiento de muda admiracion. En seguida se adelantó de puntillas, y puso sus manos en el espaldar del sillón de Suzannah.





CAPITULO NOVENO.

Ruby.

SUZANNAH, que no habia oido los pasos de Brian de Lancaster se complacia en la poesia de su canto. Pobre pagana lanzaba ácia el cielo la melodia católica, y su voz iba á Dios como un suave incienso. Las sonoras palabras del hermoso lenguaje de Italia, corrian de su boca mezcladas á las notas cristalinas del piano, cuyas teclas, opri-

midas por sus ágiles dedos, lanzaban á torrentes la armonia y medio cubrian el canto, como esos brillantes encajes á través de los cuales un gracioso semblante, parece aun mucho mas lindo.

Brian escuchaba y procuraba contener su aliento, pero no podia conseguirlo, porque acababa de dar una carrera violenta. Su pecho se levantaba á su pesar, y el esfuerzo que hacia producía sobre su frente grandes gotas de sudor.

Pero él no lo sentía. Suzannah estaba tan hermosa en aquel momento! La miraba, la escuchaba; y aquella voz magnífica, aquel canto divino, aquella hermosura esplendida é inspirada, lo sumian en una admiracion llena de éstasis.

Las últimas vibraciones de la voz de Suzannah se apagaron bajo un conjunto de acordes. En seguida se calló tambien el piano. La hermosa jóven levantó sus ojos conmovidos, y encontró, en el espejo, las ardientes miradas de Lancaster.

Se estremeció poniéndose como una escarlata, no de vergüenza, sino de placer, y Brian le dió un beso en la mano.

Se sentaron uno junto á otro en el sofá y permanecieron algunos instantes sin hablarse. Suzannah era dichosa porque veía á Brian, este sufría aun la reciente impresion, y la admiraba silenciosamente y de lo íntimo de su alma.

—Os esperaba, milord, dijo al fin Suzannah: esta es la primera vez que venis tan tarde!

—¿Vuestra prece era por mi? preguntó Brian como si no hubiera querido responder: los ángeles deben cantar como vos, Suzannah.

Suzannah no bajó los ojos.

—Cuando yo ruego, milord, es por vos, dijo, siempre!..... ¿Pero quién os ha detenido lejos de mi? Estoy muy triste cuando no estais aqui!.... Si algun dia no vinieseis!.....

—Ese dia, estaré muerto, milady.

Los ojos de la hermosa jòven lanzaron un brillo de entusiasmo..

—Gracias, dijo con voz recogida. Os creo Brian y estoy muy orgullosa de amaros.

Puso su mano en la de Brian, y añadió de pronto:

—¿De donde venis, milord?

Su mirada aterrorizada recorria á Lancaster de pies á cabeza con admiracion, y seguramente el aspecto de este hubiera sorprendido á cualquiera.

Como ya lo hemos dicho, sus cabellos esparcidos cubrian en parte su semblante. Su frente estaba humedecida de sudor, y á el sudor se mezclaban en algunas partes varias gotas de sangre. Sus vestidos estaban en un desorden tanto mas extraño cuanto

que conservaban regularmente, guardando la severidad conveniente, los mas estremados límites de la moda. El paño fino de su frac negro estaba despedazado por muchas partes: su corbata floja no estaba sujeta mas que por un nudo desprovisto de toda elegancia. Grandes manchas de lodo salpicaban el brillo de sus botas; y el encaje de su pechera, arrugado, arrancado en muchos sitios, colgaba desplegada sobre su rasgado chaleco de raso. Su sombrero que habia puesto al entrar encima de una silla, no tenia una forma admitida, y se veia el pellejo de sus dedos arañado, por entre la despedazada piel de sus guantes de cabritilla.

Podria decirse que salia de una orgia, ó de una lucha peligrosa, sostenida con bastante dificultad.

La pregunta de Suzannah, que seguramente era muy natural, pareció lanzar de pronto á Brian de Lancaster fuera del círculo sentimental en que habia caido hacia algunos momentos. Se levantó bruscamente y se puso delante de un espejo.

—Perdonad, milady, os pido mil perdones, dijo: os aseguro que no creía haber quedado tan maltratado.

—Pero, en nombre del cielo, milord, ¿qué es lo que os ha sucedido? exclamó Suzannah inquieta hasta lo sumo.

Una cosa sumamente grave, contestó

Lancaster sonriéndose; todo lo mas grande que puede suceder milady.... Acabo de hacerme culpable del crimen de alta traicion.

Esta palabra no tenia ningun significado para la señora princesa de Longueville.

—¡De alta traicion! repitió ella, como se hace cuando no se comprende.

—Si, milady, continuó Brian que, con un ademan habia echado ácia atrás su hermosa cabellera rizada y se ocupaba en reparar provisionalmente el desórden de su toilette: pero esto no me excusa en nada, y os suplico que creais que si yo me hubiera visto en un espejo antes de llamar á vuestra puerta....

—Pero, milord, le interrumpió la princesa, con un ligero movimiento de impaciencia, eso no me esplica....

—Es muy cierto, contestó Brian, que no podia adivinar hasta que punto tenia necesidad Suzannah de ser instruida. Quereis saber señora, en que he podido insultar á la magestad real....

—¡Insultar á la magestad real! interrumpió de nuevo Suzannah, para quien estas últimas palabras eran una especie de llave para entender la primera respuesta de Brian: pero eso es arrostrar un peligro terrible, milord.

—Si, milady,..... peligro de muerte, dijo Lancaster con negligencia, y pues que

hablamos de esto ahora, hubiera podido ser causa de que no hubiese venido...

Suzannah palideció, y Lancaster añadió sonriéndose.

—Pero no ha habido mas muerto, señora, que mi pobre caballo Ruby.... Conociáis á Ruby? Era un animal muy noble!..... el rey de *las carreras*. Ha dado hoy por la mañana la última, milady, y no puedo decir, que se haya rendido demasiado pronto... Ruby ha adelantado á todo un escuadron de guardias á caballo, os lo aseguro.

—¿Y no creéis que aun haya que temer? preguntó la princesa cuya hermosa frente conservaba su palidez.

Brian la llevó al sofá, y se sentó á su lado.

—Voy á contaroslo, señora, le dijo con tono cariñoso y festivo. Primeramente, para hacer excusable mi aventura, es preciso que sepais que, hacia tres dias, buscaba en Londres un objeto difícil de encontrar.

—¿Qué objeto era ese, milord?

—Este es mi secreto, señora, contestó Lancaster con gravedad: buscaba y no encontraba. Cosa terrible! pues necesitaba ese objeto... lo queria.... Esta mañana se me ocurrió la idea que me seria posible, quizá pedirlo prestado, robarlo si quereis, milady á nuestro gracioso soberano, el rey Gui-

lermo. Era un pensamiento muy feliz. Hice ensillar á Ruby, ¡pobre Ruby! y partí á galope para Windsor-Castle..... Allí, la casualidad se me presentó favorable al principio: el rey no estaba en el palacio. Todas las puertas se me franquearon, y pude entrar en una gran pieza llena de objetos parecidos al que yo deseaba.....

Suzannah tenia el corazon demasiado elevado para ser curiosa, ¿pero quien ignora que el interés toma muchas veces la semejanza de la curiosidad? Además, se trataba de Brian, y todo cuanto le concernia, era para Suzannah lo mas importante. Interrogaba su fisonomia con una mirada ávida, y se aprovechaba de cada palabra dicha á la casualidad, procurando adivinar cual era aquel precioso objeto por el que arrostraba temerariamente la venganza real.

Brian aparentó no ver aquella impaciencia.

—Habia alli centenares de aquellos objetos, señora, añadió con tono muy formal: habia millares. La eleccion estaba á mi disposicion; pero por una fatalidad singular, ninguno era precisamente el que yo buscaba.... Habia de todas clases: el mio no se encontraba alli.

—¿No quereis decirme de que hablais, milord? preguntó la princesa con una inflexion de voz cariñosa.

—Ese es mi secreto, dijo de nuevo Lancaster, pero esta vez sonriéndose. Viendo que mi pesquisa era inútil en Windsor, volví á montar y mi valiente Ruby comenzó nuevamente su carrera. Iba como el viento, y, al cabo de una hora, distinguí los pabellones chinos en las pagodas de Kew..... Allí se presentaba un obstáculo. El estandarte real ondeaba en el palacio: el rey estaba en Kew.

A medida que Brian adelantaba en su narracion, su voz se animaba, y su fisonomia, tan grave regularmente, tomaba una expresion de comunicativa alegría. Suzannah seguia insensiblemente aquella inusitada alegría. Se sonreía con la sonrisa de Brian, y se sentia alegre por que él se manifestaba contento.

—Cuando está el rey en el castillo, continuó Lancaster, los jardines y terrados reservados están cerrados para el público, principalmente desde la calaverada de ese loco que disparò un pistoletazo á la jóven princesa Alejandrina-Victoria (1), hija del difunto duque de Kent, en medio de Hamdon-Court. Se colocan centinelas en todas las entradas, y guardias de infanteria estan de faccion continuamente por los terrados. Sin embargo, señora, era preciso que yo llegase al mismo pié del castillo, mas allá de los fo-

(1) La reina actual.

sos , en aquel hermoso prado en que se levanta el gran invernadero japonense. Era absolutamente necesario.

—¿Pero por qué, milord, por qué?

—Ya lo sabreis , señora..... salvar las barreras, era una cosa muy sencilla, gracias á mi valiente Ruby..... pobre Ruby!..... Conseguí llegar sin inconveniente hasta el pié del terrado del que unicamente me separaba el foso y la muralla..... Ruby tenia mucha seguridad en sus pies. Bajò al foso; yo me puse de pié sobre la silla, y de un salto, me encontré sobre el cesped , á treinta pasos de un centinela.

—Esto era jugar con vuestra vida, Brian! dijo Suzannah que perdió su sonrisa.

—Era el único azar que podia tener para mi interés en este juego, señora, contestò Brian, cuya alegria se ocultó un momento bajo una nube.

Y, como la princesa le dirijió una mirada llena de dulce reprension, añadió.

—Soy muy ingrato y olvido que he entrevisto la felicidad en el porvenir. No se pierde tan facilmente las antiguas costumbres, señora..... Mi disgusto de la vida ha durado tanto tiempo!..... Ahora os amo Suzannah; y bien sabe Dios que la muerte me seria muy amarga pues que me separaria de vos: pero soy asi: entre yo y lo que deseo no hay obstáculo.... Y deseaba entrar en Kew.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con ligereza. Lancaster añadió al momento con su primitiva alegría:

—Os pido perdon, señora, por haber provocado vuestro temor y hecho desaparecer por un momento vuestra encantadora sonrisa. El centinela de quien hablaba estaba dormido, apoyado en su fusil..... Era un honrado infante que habia pasado la noche en beber en honra de su muy graciosa majestad el rey Guillermo..... Despues de haber salvado el foso, me adelanté con paso mesurado hácia los invernaderos japoneses á fin de manifestar que pertenecia al castillo; pero al volver una calle me encontré de frente con dos señoras: eran la princesa viuda Maria Luisa Victoria de Kent, y su hija Alejandrina Victoria. Las saludé respetuosamente como me correspondia, y seguí adelante. Mientras que yo me alejaba, la jóven princesa, una niña encantadora, señora, me seguia con sorprendida mirada, y debo confesar que mi reciente asalto habia ya introducido en mi toilette cierto desorden, muy poco conforme con la etiqueta de la residencia real..... Al volverme vi á la jóven princesa correr al puesto de guardias de infanteria, seguida de su augusta madre. Este era un síntoma terrible.....

—¿Huisteis, milord?

—Continué mi camino hácia los inver-

naderos y entré en ellos, milady, Mi elección fué larga y laboriosa. Cuando salí, las calles estaban llenas de guardias..... Milady, continuó Lancaster con una mezcla de embarazo, casi tengo vergüenza de confesar á una francesa que nosotros gentiles hombres ingleses ejercitamos la mayor parte, con cierta superioridad, el arte poco caballero de los antiguos atletas..... Muchos soldados de infantería, sin armas, se presentaron para interceptarme el camino. Los arrojé uno despues de otro sobre la arena de las alamedas, pero no conseguí esto sin causar un gran escándalo. Las ventanas del palacio estaban llenas de espectadores: por todas partes los gefes gritaban que me cogiesen á cualquier precio, muerto ó vivo. Antes de llegar á la repisa del terrado, ya habia sufrido el fuego de dos centinelas.....

—Es posible! dijo Suzannah palideciendo; ¿y no estais herido, milord?

—No, señora, contestó Lancaster con alegría, esto es lo que precisamente falta á la parte dramática de mi aventura. No tengo la mas insignificante herida de que pueda hacer alarde..... y solamente mi sombrero es el que ha recibido la bala bastante bien dirigida de un vestido colorado.

Suzannah se levantó con prontitud, y tomó el sombrero, que, efectivamente, estaba atravesado de uno á otro lado por medio de la copa.

—¡Dios mio! murmuró, ¡haber tenido la muerte tan cerca! ¿Y por qué, milord, en nombre del cielo, por qué?

—Lo demas de mi narracion, añadió Lancaster, consiste en una simple carrera por vallados. De la repisa construida del terrado, salté sobre los lomos de mi pobre Ruby, que salvó lo escarpado del foso como si tuviese las uñas de un gato montés, y tomó al instante el galope..... La alarma se habia estendido por todas partes. Aun me hicieron el honor de tirarme dos ò tres descargas, y verdaderamente no puedo decir mas, sino que la razon no estaba por mi parte..... Debia tener la apariencia de un malhechor que se habia introducido en el palacio con muy malos designios..... Pero Ruby no discutia, sino corria..... Hubierais dicho que era un torbellino, señora. El noble animal, habia andado mas de treinta millas por la mañana. Sus narices humeaban, sus hijares jadeaban, pero no alojaba en su carrera. Pasé con una velocidad que parecia magica los guardias de caballeria escalonados para cercarme. Solamente veia delante de mí un piquete compuesto de tres guardias de á caballo, que maniobraban para cortarme el paso. A mi derecha estaba la verja de un parque, y ellos venian por mi izquierda.... Por la primera vez desde que Ruby me pertenecia, señora, espoleé sus flancos: dió un

salto prodigioso; y me encontré en el parque del otro lado de la verja.

—Tirad! gritaron detrás de mi; tirad á el asesino de su majestad!

—Creian, Dios me perdone, milady, que habia querido asesinar al viejo rey! Los tres guardias de á caballo descargaron sus fusiles por entre los hierros de la verja. Sentí que Ruby se estremeció debajo de mí, pero no se detuvo..... Solamente á cuatro millas de allí, en medio de Regent's Park, cuando ya estaba al abrigo de toda persecucion, el pobre Ruby se cayó de pronto sobre la arena de una de las alamedas. Quise levantarlo; pero estaba muerto.

—¿Los guardias de á caballo le habian herido? dijo Suzannah que se estremeció pensando que la muerte habia estado tan cerca de Brian.

—Si, señora, repitió Lancaster con tristura: ¡Pobre Ruby!..... Pero traigo lo que habia ido á buscar, añadió sacando de su faldriquera una caja ricamente incrustada... Estoy contento, señora.

Suzannah no habló, pero se inclinó con prontitud para ver al fin aquel misterioso objeto por el cual Lancaster acababa de jugar con un peligro tan terrible. Este abrió la caja sonriéndose. Contenia una camélia blanca veteada de azul.

Suzannah puso la mano sobre su co-

razon, y sus ojos se humedecieron.

—Oh! milord, milord!..... dijo; ha sido por mi?

—¿Y por quién tenia de ser, señora? contestó Lancaster, cuya mirada se fijaba, brillante de ternura, en los ojos bajos de la princesa.

Esta tomó la camelia y presentó su frente en la que Lancaster dió un beso.

—Yo soy quien os habia privado de la otra flor, Suzannah, murmuró; la habeis llorado..... cada uno de sus matices estaba aqui, y señaló á su corazón; muchas se le parecian, pero yo queria la que fuese enteramente igual..... La hubiera cogido bajo la boca de un cañon, señora.

Lancaster dijo esto sencillamente y sin énfasis. Por parte de un francés quizá hubiera sido una fanfarronada ó delirio: en Brian era, aunque aplicado en verdad, una cosa pequeña, un arranque de ese formal entusiasmo que removeria al mundo.

Suzannah tocó la flor con sus labios.

—Nunca se separará de mí, milord, dijo ella.

La otra flor la que habia llorado, era una camelia blanca veteada de azul en todo igual á la que acababa de salir de los invernaderos reales. Suzannah la llevaba, ajada, y disecada, como hacia tiempo estaba, en un medalloncito de oro. Se la enseñó

cierto dia á Brian, y este bien fuese torpeza, ó quizá un involuntario y maligno movimiento de celos, la habia ajado entre sus dedos y reducido á polvo.

No hay bagatelas para los asuntos del corazon. Al ver Suzannah su flor perdida, se deshizo en lágrimas, y Brian se arrepintió como si hubiera cometido un crimen. Buscó en Lóndres en todos los jardines, y no vió ninguna que se pareciese esactamente á la camelia del medallon. De aqui provino su estraña idea de visitar los invernaderos de Windsor y de Kew.

Suzannah no pensaba ya en su flor. Su pesar habia estado entero en aquella angustia momentanea que se experimenta al separarse de un símbolo amado ha mucho tiempo. Pero su nueva vida estaba demasiado llena, y su carácter era demasiado serio para que se ocupase mas de un dia de su pobre flor único resto de sus jóvenes sueños de antaño, de los que su reciente miseria la separaba como un abismo. La ofrenda de Brian la conmovió profundamente, pero no tanto por el recuerdo de la flor perdida, sino como prueba de un amor irreflexivo, fogoso, llevado hasta la locura. Las circunstancias que rodeaban aquella ofrenda era por su carácter propias para impresionar vivamente su natural enérgico, atrevido y repentino en sus resoluciones. La

frívolidad del objeto, unida á los peligros arrostrados, rodeaba la aventura de un romanesco prestigio, que quizá hubiera tomado con desden una lady de corazon amoldado por la costumbre, pero que debia electrizar á un alma nueva y aun no cansada por la debilitante atmósfera de los salones.

Suzannah sacò de su seno el medallon de oro y lo abrió para colocar en el la flor, Brian le detuvo la mano.

—¡Qué! dijo con tristeza, en lugar de la otra?

—Amaré á esta como á la otra, milord.

Como á la otra! repitiò lentamente Brian de Lancaster; y, quizá algun dia la enseñareis á á alguno, milady..... y este tomará la flor disecada como yo he tomado la otra..... No me habeis dicho que era tambien un recuerdo?.....

Suzannah se avergonzó y bajó los ojos.

—El recuerdo de un hombre! concluyó Lancaster á media voz.

—De un hombre, si, milord, contestó Suzannah.

Brian soltó su mano, y Suzannah cerró el medallon que contenia la flor.

—De un hombre hermoso, y noble, y altivo, añadió la princesa con encantadora sonrisa: de un hombre que yo amaba, milord, apasionadamente y con toda

mi alma , del único hombre que he amado nunca.

=Y ese hombre, señora, preguntó Brian con los dientes apretados, era.....

=Vos, milord.





CAPITULO DECIMO.

Un centinela dormido.

BRIAN de Lancaster y Suzannah se entretenían de este modo, olvidados del resto del mundo. Suzannah no pensaba ya en aquel espionaje oculto, incesante, que por todas partes la rodeaba.

Esto no impedía que el espionaje siguiese adelante.

Detrás del cristal negro del gabinete os-

curo donde hemos visto anteriormente al ciego Tyrrel interrumpir de pronto la primera entrevista de Brian y la princesa, la señora duquesa viuda de Gevres, elegantemente abrigada en su dulleta de raso, y los pies calientes metidos en una espesa bolsa de pieles, escuchaba y miraba.

La posicion de Suzannah no era ya, respecto á Tyrrel y la francesita, enteramente la misma que cuando llegó á la casa de Wimpole Street: estaba siempre vigilada, pero la deferencia y los respetos se habian aumentado á su alrededor, y aquellas vagas amenazas con cuya ayuda procuraban anteriormente atemorizarla, habian desaparecido. Esto era resultado de las recomendaciones del marqués de Rio-Santo; pues parecia que habia querido tomarla bajo su proteccion. Cualesquiera que fuesen los motivos de aquella benevolencia, y Tyrrel lo mismo que la francesa no eran personas que formaban un escrupulo en suponer el mal en vez del bien, el marqués habia hablado y esto era lo suficiente.

Desde su puesto de observacion á donde se colocaban desde el momento que Brian ó la condesa de Derby entraban por la puerta de la casa, la señora duquesa viuda de Gevres no habia perdido ni una palabra de la romanesca relacion de Lancaster.

La honrada vieja se habia reido muy bien

en el capuchon entretelado de su dulleta : se habia reido de corazon á espensas de Brian.

El *eleganton* se ha transformado en trovador, decia para sí: ahora está mas divertido que otras veces..... Si ese pícaro de Tyrrel, la lengua se me abrasa cada vez que tengo que decirle milord! si ese pícaro de Tyrrel estuviese aqui, podriamos hablar un poco.. Pero parece que hay en planta un grandísimo negocio..... Yo sabré lo que es antes de esta noche..... El mismo Tyrrel no es tan hábil que no se le pueda hacer hablar conduciéndose con maña.

Apesar de los goces de su curiosidad , y de los cortos monólogos , con cuya ayuda la señora duquesa de Gevres abreviaba el tiempo de su faccion, comenzaba á fastidiarse singularmente en su gabinete negro, y bostezaaba hasta dislocarse las mandibulas. Estaba sentada muellemente, ó mas bien medio acostada en una buena poltrona; sus pies estaban calientes; la noche se adelantaba y pesaba sobre sus ojos: añadid á esto el fastidio, y cualquiera se hubiera dormido por lo menos, aunque tuviese el firme propósito de no dormirse.

La señora duquesa de Gevres se quedó dormida.

Seguramente no fué culpa suya. Al principio cerró los ojos; porque pensó que para oír era suficiente los oídos, y en esto tenia razon la señora duquesa viuda de Gevres.

Después que cerró los ojos siguió percibiendo por algunos minutos la conversacion de los dos amantes, luego las palabras susurraron confusamente al rededor de sus oidos. Fué un momento penoso , pero al fin la señora duquesa se recostó, y se durmió bastante profundamente para soñar que estaba oyendo.

Desde entonces su conciencia quedó tranquila.

Esto sucedió en el momento en que Brian se entristecía con la idea de participar con otro los recuerdos de Suzannah : de suerte que la francesita no oyó la encantadora respuesta de su pretendida sobrina.

Seguramente perdió otras muchas cosas.

—Qué! soy yo , milady! exclamó Brian con enagenamiento; ese recuerdo del que estaba tan celoso era mio!..... Pero como es posible! añadió de pronto fijando en Suzannah una mirada de duda: acabais de llegar á Inglaterra, y yo, señora nunca he ido á Francia.

Suzannah se puso pálida , y su boca se abrió para responder , pero no pronunció ni una palabra.

—Para conservar una memoria de cualquiera, continuó Brian con esa sencilla expresion que es la mas propia del language apasionado, es preciso haberlo visto, conocerlo.....

—Oh! milord, yo os conocia! murmuró Suzannah.

—¿De dónde me conociais? señora.

Seguramente que la pregunta era muy natural. Sin embargo, Suzannah no podia responder sin descubrir su vida entera; ¡y cuantas cosas debian apartarla de esa revelacion!

Daba vueltas en sus dedos, sin saberlo, al medallon de oro que era de forma antigua, y tenia sobre la tapa superior las señales de haber sido rascado sin precaucion por una mano inesperta. Apesar de esta rascadura se distinguian aun algunos rasgos del grabado primitivo, y Brian, la primera vez que vió el medallon, creyó reconocer los contornos de un escudo de forma inglesa, con dos águilas coronadas por soportes.

Estos soportes eran los de las armas de Lancaster.

Pero nada mas comun en el blason que esta semejanza de los soportes. Instruido Brian hasta cierto punto, como todo noble caballero, en la práctica heráldica, no habia sacado seguramente ninguna consecuencia de aquella fortuita semejanza. Solamente habia observado los restos de una corona de conde, tambien de forma inglesa (1), que timbraba el escudo.

Por lo demas, estos insignificantes detalles no se habian impreso en su memoria.

(1) La forma del escudo, el timbre, y principalmente las coronas de conde, vizconde y baron, difieren un poco en Inglaterra de las usadas en el continente.

El embarazo de Suzannah era tan visible, tan próximo de la angustia, que Brian no pudo menos de concebir sospechas. Fué lo mismo que el yelo arrojado á la candela. Brian experimentó un estremecimiento en lo íntimo del corazón, y después sintió un gran frío. Volvió á ser el hombre de antes, el inglés lleno de flema.

—Señora, dijo, cada uno tiene sus secretos, y yo no me creo con derecho ninguno para investigar los vuestros..... Os habeis dignado decirme que me amais, esto es demasiado..... es demasiado, seguramente respecto á lo que yo merezco, y yo os suplico dispenseis mis indiscretas preguntas.....

—Brian!..... Brian!..... no me habéis así! interrumpió Suzannah con voz despedazadora.

—Mis indiscretas preguntas, continuó Lancaster con frialdad, que nada me autorizaba á dirigiros.

—Milord, dijo Suzannah levantándose pálida y altiva, no os burleis más: no merezco vuestra burla, y no podría resistirla..... Hay un gran peligro suspendido sobre nuestras cabezas.....

—No os comprendo, señora princesa.....

—No soy princesa, milord..... Es necesario que me oigáis ahora! Si yo fuera princesa, ya sería vuestra muger: si yo hubiera sido

princesa, y rica, y poderosa, como vos y todo el mundo ha podido creer, hace mucho tiempo que mi nobleza y mi fortuna estarían á vuestros pies.

Brian la miraba confundido.

La voz de Suzannah contenida hasta entonces, estalló de pronto sonora y llena de un acento provocador.

—Escuchad! escuchad! añadió con violencia; escuchad, ó no me acuseis de las desgracias que van á caer sobre nosotros!..... Yo no soy princesa, os repito. Soy un instrumento ciego en manos poderosas.... Soy Suzannah, milord, la hija de Ismaël Spencer, el judío que fué ahorcado el otoño pasado en Newgate.

Brian retrocedió tres pasos.

—Ismaël Spencer! murmuró, el usure-ro Ismaël!

—Ismaël el falsario, milord, Ismaël el ladrón!

La voz de Suzannah se ahogaba. Sin embargo, pronunció estas últimas palabras con fuerza, y con ese tono arrogante que toma un valiente prisionero de guerra para mandar el fuego que debe matarlo. En seguida dirigió á su alrededor su despavorida mirada, como si hubiese esperado una catástrofe inevitable.

Siguió un silencio profundo.

Suzannah volvió á sentarse abatida en su sillón.

Brian con la vista hoesca y la frente pálida, la miraba como si hubiera creído estar soñando.

—Nada! dijo al fin Suzannah despues de unos momentos de silencio: no me mandan callarme..... No me han oido!

Brian parecia hecho de mármol.

—Oh! milord! milord. exclamó la hermosa jóven dirigiéndose hácia él: quiero poderos abrir mi alma sin temor de llamar sobre vos la muerte ó la desgracia.... No sabeis..... me habian dicho: si hablas, cada una de tus palabras caerá sobre la cabeza de Brian de Lancaster..... y yo me callaba, milord..... Y yo que rechazaba la oferta de vuestra mano por que era indigna de vos, yo os dejaba creer.....

—¿Sois indigna de mí, Suzannah? preguntó de pronto Brian con voz grave y profunda: responded, responded pronto, señora. Es preciso que ahora mismo os pida perdon de rodillas, ó que os diga adios para siempre.

Suzannah aun permaneció sin contestar durante un momento. El instante era solemne para la pobre jóven. Conocia en su agonía que su porvenir, su amor, y todas sus esperanzas de felicidad tan agradablemente acariciadas hacia algunos dias, estaban en pe-

ligro y pendian de una sola palabra. Pero su experiencia de una semana no le habia enseñado bastante para que pudiese penetrar á primera vista el fondo de la pregunta de Lancaster. Dudaba porque no sabia que responder aun, y porque no hubiera querido engañarle aun á costa de su misma felicidad.

—Respondedme! dijo de nuevo este último con mas severidad.

—Milord! pronunció muy bajo la hermosa jóven, soy pobre y mi padre ha sido ahorcado.

Despues levantó la cabeza y miró á su juez.

Lancaster se apoyó en el piano, y apretó entre sus manos la frente.

—Que he de creer, Dios mio! que he de creer! murmuró: Suzannah! esclamó en seguida con pasion, mientras que toda su sangre se precipitaba á sus mejillas, os amo aun..... os amo mas..... Oh! no me engaños con vuestro silencio..... Decidme, por compasion, señora! decidme quien sois!..... No me hableis mas de miserias: yo tambien soy pobre..... No me hableis de vuestro padre: que me importa vuestro padre?..... Vos, vos sois la que quiero conocer. ¿Quién sois? ¿Por que ese falso título? ¿De dónde os vienen esos adornos que os hacen tan bella? ¿Con qué derecho habitais estos sun-

tuosos salones?..... ¿Por qué no teneis necesidad de mi ayuda?

—Bien la quisiera, Brian. A precio de mi sangre quisiera ser de vos, y deberoslo todo, dijo Suzannah á quien un rayo de esperanza iluminó su desolada frente: pero que os he de decir? Dios mio!..... Temo no comprenderos..... Yo no sé nada de lo que saben las demas mugeres.... Miradme que espero, pobre loca como soy, porque veo amor en vuestro enojo..... Pero vuestras preguntas me aterran..... Todo lo que puedo responder, Brian, es que no amo mas que á vos, y que nunca he amado sino á vos!

Brian estaba atormentado alternativa y justamente por la duda y la emocion. El noble semblante de Suzannah decia lo que no espresaba su palabra poco capáz, pero habia muchos testimonios que la acusaban. Brian se avergonzó de lo que él llamaba debilidad.

—Señora, dijo con voz lenta, penosa, y como si cada palabra que pronunciara le hubiese despedazado el corazon; no se ama dos veces asi, y nunca daré á ninguna otra muger mi vida como os la he dado... Creeros culpable es el mas amargo sufrimiento que puedo experimentar en este mundo.... He dudado, y os he preguntado, cuan-

do cualquiera otro os hubiera rechazado con desprecio.....

—Dios mio! Dios mio! murmuró la hermosa jóven que se sentia desfallecer.

Lancester se compadeció, y por lo tanto añadió.

—Cuando os bastaba una palabra

—Pero esa palabra, la ignoro, Brian, interrumpió Suzannah cuyos grandes ojos se llenaron de lagrimas abrasadoras. No me condenéis asi, os lo suplico, en nombre de vuestra madre....., pues teneis una madre!..... si me he dejado llamar con un nombre que no es el mio, si he suscrito una obligacion tenebrosa, y cuya estension aun me es desconocida, era para vivir.... y si yo queria vivir, Brian, yo, á quien el tentador ha sorprendido próxima ya á la muerte, era por vos.

Brian no comprendia, pero aquella voz, aquellas lagrimas le llegaban al alma, y estaba medio convencido.

—Escuchad, añadió de pronto Suzannah, cuya humedecida mirada brilló con el fuego de una inspiracion repentina: No soy indigna de vos, Brian!

—¿De veras? ¿decís verdad? exclamó este dando un paso ácia ella.

La pobre joven creia haber encontrado un talisman. Esta nueva pregunta le volvió toda su tristeza.

—Aun dudais! suspiró con abatimiento; no puedo encontrar la palabra que os haria creerme, milord.

Eran estas respuestas estrañas y desprovistas de conveniente significacion, por lo que volvian á lanzar á Brian fuera de la confianza en que tan ardientemente habia deseado entrar. Una situacion como la de Suzannah no se adivina. Es necesario ser muger para descender á lo íntimo de esos misterios que salen tan enérgicamente de los encajes en que se resbala uniformemente la vida de cada uno en nuestras sociedades modernas. Un hombre, aun cuando sea un *eccentric-man*, pasa veinte veces al lado de esas ecsistencias escepcionales sin descubrir mas que el raro perfume de estrañeza que sale al exterior, y que es un encanto para todos. Quizá era este matiz de rareza el que habia decidido desde el principio la repentina pasion de Brian; pero no se acordaba ya y se obstinaba en medir á su querida por la medida comun.

Afortunadamente su amor era fuerte, y su corazon demasiado nuevo para mantenerse en su primitiva severidad. Al momento que le fué permitido dudar, esperó, y Suzannah permanecia en su agonía, cuando su causa estaba ya ganada.

Pues no se trataba, entre ella y Brian, como lo habia dicho este último, sino de

ella misma, y no de las desgracias de su nacimiento. En Inglaterra muchas personas, y sobre todo los atrevidos gastadores de la moda, no admiten ningun vicio original: en esto no podemos condenarlos.

Hay quien todavia vá mas lejos, y se han visto á algunos lores ir á buscar sus legítimas esposas, las madres de sus herederos presuntos, en sitios que no es conveniente nombrar. Esto puede ser muy original, pero la única cosa que nos sea permitido decir, á nuestro parecer, en favor de sus señorías, es que de gustos y colores no hay nada escrito.

Cerca de diez minutos despues de las últimas palabras de Suzannah, Brian de Lan-
cester se sentó á su lado en el sofá. La frente altiva del *escentrico* no habia aun recobrado aquella espresion de tranquila felicidad, que le habia valido por parte de la señora duquesa de Gevres la calificación de *trovador*; pero en cambio no se veian ya aquellas arrugas nefastas, que tanto habian desconso-
lado á Suzannah: y esta manifestaba ahora á par de sus hermosas lágrimas una sonrisa.

Por que Suzannah habia encontrado la famosa palabra ecsigida por Brian, que era un talisman verdadero: habia dicho.

—Entre nosotros, no ecsiste mas que el suplicio de mi padre, y la distancia de la

hija de un judío á un caballero.

Y Brian, siguiendo la eterna costumbre de los amantes, habia pasado de un extremo á otro. No queria mas esplicaciones, las rechazaba; le causaban disgusto.

Pero en esto Suzannah debia vencer con tanta mas facilidad, cuanto que el horror de las esplicaciones es un sentimiento esencialmente pasajero y que carece de la obstinacion que caracteriza á la duda. Despues de la ardiente generosidad del primer impulso, viene la fria reflexion: ya no se combate, sino se escucha.

Y ademas, Brian comenzaba á entrever bajo la ya conocida ignorancia de Suzannah un misterio, que queria penetrar.

—He sabido muchas cosas desde que me amais, Brian, añadió la hermosa jóven, cuya mirada aun estaba húmeda; pero todavia no sé responder á muchas preguntas, ni comprendo todas las sospechas, mi-lord....

—No hableis asi, señora! exclamó Lancaster: olvidad que he sospechado de vos!... El hombre es débil y maligno, bien lo veis. Los que se creen al abrigo de las tontas preocupaciones de la multitud, los que se envanecen de tener un corazon noble y una razon pura de toda mundana miseria, son fanfarrones llenos de orgullo..... Al primer

choque se doblegan..... Yo hubiera debido caer á vuestros pies cuando me dijisteis: yo no soy princesa: hubiera debido agradeceros de rodillas el haberme dado vuestra confianza con vuestro amor, y haber despreciado, para responderme, el peligro: un peligro que decis es terrible, y que una mano poderosa tiene suspendido sobre vuestra cabeza..... Ese peligro, ya sea imaginario ó real, os horrorizaba.....

—Por vos, Brian, por vos! interrumpió Suzannah.

Lancaster tomó su mano, en la que apoyó apasionadamente sus labios.

—Por mí! repitió: ¿me habeis perdonado, señora?

Suzannah no le contestó sino por una mirada en que resplandecía su amor sin límites.

—¿No sabia yo que erais pura? añadió Brian con cólera contra sí mismo; ¿no he leído hace ocho dias en vuestro corazon, que es el mas altivo y el mas perfecto que hay en el mundo?..... Ah! cuando yo os creia princesa, yo estaba sumiso, y tierno, y apasionado, Dios mio!..... Y cuando me dijisteis: soy pobre, soy la hija de un criminal, llegué á ser severo, imperioso, cruel..... he amenazado.

—Pero tambien os habeis compadecido, interrumpió dulcemente Suzannah; y a-

demás me amais, me lo habeis dicho: ¿qué importa lo demás?

Brian quiso responder, y ella puso un dedo sobre su boca.

—Es necesario nos apresuremos, dijo muy bajo: ¿no teneis deseos de saber cual es ese peligro de que os hablaba ahora poco?

—Necesito conocer vuestra vida, contestó Brian, necesito oiros hablar de vos misma, para saber hasta que punto soy culpable.

—¿Entonces por qué me habeis interrumpido hace poco? añadió sonriéndose la hermosa jóven: queria deciroslo todo..... estaba tan contenta de abrir mi alma entera á vuestras miradas!..... En vez de escucharme me habeis preguntado..... me habeis preguntado si era digna de vuestro amor..... Oh! Brian, ¿podia yo responderos? yo, que no creo que hay en el mundo una muger digna de vos!

Lancaster se puso triste; y bajó la cabeza. Se arrepentia de sus sospechas como de un crimen. Seguramente de diez ingleses, de diez hombres sacados, no importa de que pais, nueve por lo menos no hubieran quedado contentos de las vagas esplicaciones de Suzannah, en presencia del misterio de su posicion, y sin embargo Brian se creia culpable por haber dudado. Su frialdad, en adelante enardecida hasta la ecsaltacion, colo-

caba en su amor una flor de delicadeza, que no se encuentra en nuestras costumbres prudentes y reflexivas. Además este hombre debía obrar en esta ocasión mejor ó peor que ningún otro, por que no podía hacer como otro cualquiera.

La escentricidad era su naturaleza, y no una cubierta como sucede á las tres cuartas partes de sus semejantes.

=No os interrumpiré mas, dijo con una mirada en que la pasión se mezclaba á un entusiasta respeto.

=Apresuremosnos, dijo Suzannah. El espionaje que me atormenta ha cesado momentáneamente, pues si nos hubiesen escuchado, la venganza de los hombres que me tratan como esclava, no se hubiera hecho esperar tanto tiempo..... Voy á contaros mi vida, Brian, toda mi vida..... En seguida os diré lo que sé de esta asociación grande, y misteriosa, cuyo poder nos envuelve y podría aniquilarnos.....

En el gabinete negro la francesita dormía bajo la abrigada entretela de su duhleta de raso. Continuaba soñando que veía, y que Brian contaba á Suzannah la ingeniosa historia de Robinson Crosué, arrojado por la tempestad á una isla desierta.

Hacia mucho tiempo que la francesita no había leído á *Robinson Crosué*, así es que

escuchaba con sumo interés la narracion de sus aventuras.

Suzannah se recogió un instante, y comenzó.





CAPITULO DECIMO PRIMERO.

Un beso en sueño.

HABIA detrás de la casa de mi padre, dijo Suzannah, en Goodman Fields, un jardinito en que se elevaban doce árboles hermosos: doce encinas grandes, milord, como las que hay en los parques del rey. El jardin no contenia mas que esto.

Yo era muy pequeña. Lo mas que yo me acuerdo es cuando jugaba sobre el cés-

ped, al pié de los grandes árboles, que plantados en círculo, me ocultaban las casas de las inmediaciones, y no me dejaban distinguir mas que el cielo gris de Lóndres, y algunas veces el sol, enrojecido por la neblina.

Jugaba sola, siempre sola. Habia dias en que por entre los cristales de nuestras ventanas, miraba llorando á las jóvenes que brincaban y corrian alegremente sobre la hermosa yerba del Square. ¡Cuan dichosas parecian aquellas jóvenes! sus lindas y sonrosadas mejillas se reian continuamente, y yo oia detrás de las rejas de mi prision sus gritos de alegría.

Yo estaba triste. Una ó dos veces, por este tiempo, me acuerdo de haber llorado amargamente, adivinando la dicha de la libertad: pero muy pronto me resignaba. Yo era fuerte, milord, mas fuerte que ahora, y me consolaba pensando que aquellas jóvenes, quizá hubieran deseado vivir en los dorados salones de mi padre.

Nunca salia. No habia en la casa mas que mi padre, una presbiteriana llamada Temperance, que estaba borracha todo el dia y un criado que se llamaba Roboam.

Roboam era mudo.

Temperance estaba á mi servicio como doncella ó de niñera, si asi os parece mejor. Tenia prohibido el hablarme, y

mi padre la amenazó una vez con que la mataría sin misericordia, por qué en su embriaguez, me habia dicho ante él algunas palabras estrañas, y cuyo oscuro sentido prenetró hasta mi jóven inteligencia.

Pero esas mismas palabras han quedado impresas en mi memoria, como tambien los menores incidentes de la época de mi infancia. Se trataba de un lord pícaro y cruel.... de un conde, me parece, que habia abandonado á su hija, y de una pobre muger que lloraba á su niño del otro lado de la Clyde.

Ahora que pienso en esto, se me figura como si fuesen versos tomados á la casualidad de alguna balada escocesa.

Temperance tuvo cuidado de no volver á hablar mas. Mi padre le causaba miedo: cada vez que lo veia temblaba como la hoja, y sus mejillas encendidas por el gin, se ponian pálidas. Era una muchachona con miembros musculinos, y fisionomia embrutecida. Su trabajo se reducía á vestirme, y á tener en movimiento el columpio en que yo me mecia durante las tardes enteras, bajo las encinas del jardin.

Lo demas del tiempo bebia, ó se dormia. Creo que era una criatura sin tiel y capaz de una buena accion.

Roboam servia la mesa. Su mudez no

era un achaque de nacimiento , pues tenia en su semblante las señales de una bárbara mutilacion , que despues he podido observar en oriente, en los desgraciados de que se sirven los musulmanes, no sé por qué, y los judios, para sus secretos sacrificios.

Por lo demas era un verdadero esclavo. Mi padre le pegaba, y él hizo que ahorcasen á mi padre.

Vos conociais á mi padre, milord. Muchas veces os he visto entrar en la casa de Goodman's Field. Pero no fuisteis hasta muchos años despues de la época de que os hablo. Ismael Spencer era entonces joven: no puedo acordarme de él sino con un sentimiento de terror. Aun creo ver sus penetrantes ojos fijos sobre mí con aquella expresion de indefinible burla. No me amaba, aunque al pasar me dirigiese una sonrisa, y aunque , gastaba muchas horas refiriendome las embriagadoras delicias de las costumbres orientales , y enseñándome que el deber de la muger es agradar , seducir , y obedecer.

Yo le amaba , queria tambien á Temperance, y me compadecia del pobre mudo Roboam.

Se le pasaban á mi padre algunas veces tres y cuatro dias sin verme. No era esto por que estuviese ausente ; sino porque

estaba entonces en otra parte de la casa, donde me estaba prohibido entrar. Entonces permanecía sola con Temperance y Roboam. Este esculpía unos pedacitos de madera duras, cuyo destino lo supe ma tarde. Temperance bebia ginebra hasta que caia inerte, en el suelo.

Yo corria con mi corza por debajo de los árboles. No os he hablado de mi corza, Brian, de mi pobre Corah, que era tan mansa, tan hermosa, y que me amaba tanto! mi padre la habia traído á nuestro jardincito, y Roboam le hizo una choza con tablas. Al principio me causó miedo, pero Ismael me colocó al lado de Corah que se echó, tan graciosa á mis pies, que me decidí á alargarle mi manita para tocarla.

Corah lamió mi mano. Era la primera vez de mi vida que yo recibia una caricia. Fui mas dichosa de lo que habia sido nunca. Me arrojé al cuello de Corah, y abracé con transporte su leonada mejilla.

Mi padre comenzó á reirse, y esta risa me dejó helada.

—Esta será en adelante vuestra compañía, Suky, me dijo; no saldrá mas de este jardin.

Yo me puse triste. ¿De dónde venia aquel precioso animal que encerraban en mi prision? Parecia tan ahogada entré las pa-

redes del jardín, que lo recorrió en todas direcciones como para buscar una salida.

El día antes sin duda aun estaba libre como esas jóvenes que corrian alegremente sobre el cesped de Goodsmán's-field. Yo por lo menos nunca habia tenido libertad.

Mi padre salió del jardín, y Corah volvió á ponerse á mis pies. Le hablaba como si hubiera podido comprenderme; no sabia contestarme, Brian, pero sabia llorar. En el momento en que el sol se ocultaba tras las tapias del jardín, se ponía sobre sus pies, daba un gemido, y levantaba su cabeza todo lo que podia para respirar el aire exterior. Dos gruesas lágrimas rodaron sobre los pelos lisos y cortos de su mejilla.

Toda aquella noche en lugar de dormir, pensaba en las cosas que no podia alcanzar, en lo que pasaba fuera, en la libertad, cuyo nombre ignoraba, pero que comprendia vagamente, en aquella libertad llena de desconocidas delicias.

En seguida, cuando vino el sueño, soñaba que yo tambien jugaba sobre el cesped de una hermosa plaza, con jóvenes á quienes amaba y que me amaban.

Suzannah se detuvo pensativa. Brian que hasta entonces la habia escuchado con muda admiracion, aprovechó este momento de silencio.

—¿No habeis conocido á vuestra madre, Suzannah? le preguntó.

—No, contestó la hermosa jóven : mi padre me ha hablado de ella..... era para escortarme á aborrecerla.....

—Brian hizo un gesto de sorpresa.

—Aborrecer á vuestra madre! repitió; ¿pero no teneis otros recuerdos mas que las palabras de vuestro padre?

—No, contestò de nuevo la jóven.

—¿No habia ninguna muger junto á vuestra cuna?

—Solamente Temperance , respondió Suzannah, que bebia y dormia.

—Y qué edad teniais en el tiempo de que me hablais?

—No lo sé..... De esto hace diez años, y me parece que tengo ahora diez y ocho.

Brian se calló; Suzannah se recogió un instante; despues su hermoso semblante se iluminó con un reflejo de felicidad, y añadió de pronto:

—Os cuento un misterioso suceso, mi lord, que vino á romper en aquella época la monotonia de mi reclusion..... quizá fué un sueño..... mi padre y Temperance me lo han dicho muchas veces..... pero si ha sido un sueño , no he tenido despues otro tan dulee , y cada uno de sus pormeres ha quedado gravado en lo íntimo de mi

corazon... Por mucho tiempo, durante mucho tiempo, cuando queria ser dichosa, cerraba los ojos, y recordaba con el pensamiento ese sueño, ù esa memoria.

Era una tarde... Ismael no habia vuelto á entrar hacia dos dias en la parte de la casa que yo habitaba. Me encontraba en la sala, donde me habia dormido, con la cabeza sobre el lomo de mi corza Corah. Cuando yo dormia asi, Corah permanecia inmóvil durante horas enteras, y no se movia sino cuando yo me despertaba..... Sin embargo, aquella vez hizo un movimiento que me obligó á abrir los párpados y vi.... no sé si estaba dormida ò despierta... una muger que entraba en la sala, seguida de Temperance.

¡Cuan hermosa era aquella muger, mi lord, y cuanta bondad habia en su dulce semblante! Mi corazon voló hácia ella desde el momento que la ví; pero no me determiné á moverme, detenida por la estrañeza de la infancia, aumentada mas en mi, por una continua soledad.

Conservé mis ojos medio cerrados, é hice como que dormia.

Temperance y la hermosa señora se detuvieron en medio de la sala: los hijares de Corah se estremecian bajo mi cabeza, por que tambien Corah era arisca, y tenia mie-

do al ver á una estrangera.....

Yo era demasiado niña, no es verdad, milord, para inventar semejantes detalles? Temperance y mi padre me han engañado. He visto á ese muger; he sentido estremecerse á Corah; esto no era un sueño!

La vista de Suzannah se dirigió á Brian, para interrogar su semblante.

—¡Cuánto hubieseis amado á vuestra madre! murmuró Lancaster con emoción.

—¿Creeis que haya sido esto un sueño? preguntó con tristeza la hermosa jóven.

—Creo que Dios ha sido misericordioso respecto á vos, y que yo no merecia vuestro amor, Suzannah..... Continudad, oh! continuad diciéndo vuestra vida..... Comienzo á comprender lo que sois..... comienzo á adivinar ese misterioso y divino trabajo que ha hecho crear un ángel, en donde solamente ecsistian las mas infernales semillas.....

—Ay! milord, dijo Suzannah moviendo la cabeza, no recordais ya que soy una miserable esclava en poder de gente perversa y fuerte, un instrumento funesto.....

Brian le tomó la mano, y la interrumpió sonriéndose.

—Sois una pobre niña engañada, dijo:

estamos en Lòndres, Suzannah, en Lòndres, donde dos millones de miradas están fijas, sobre todas las acciones en Lòndres donde sin duda ecsiste el crimen , pero donde todo poder oculto y casi mágico, como el de que me habeis hablado vagamente es imposible.... Hay personas que quieren servirse de vos para un objeto que ignoro, pero que adivinaremos, esta es la verdad..... Pero esas personas no eran fuertes sino por vuestra ignorancia , señora.....

—Tened cuidado , milord..... he visto cosas.....

—Todo eso me lo contareis, Suzannah, añadió Brian. Ademas, continuò con ese tono festivo que se usa con los niños para acomodarse á sus quiméricos terrores, si son gigantes , los hendiremos de abajo á arriba , y si son diablos procuraremos exorsizarlos.

Se levantó, abrió una despues de otra las dos puertas del gabinete, y vió que las dos piezas inmediatas estaban solas.

—Y desde luego , añadió nuevamente volviendo á sentarse , no temais mas á esos fantásticos espías que os causan tanto horror. Solo en las antiguas leyendas , las paredes tienen oidos.

Si la señora duquesa viuda de Gevres no hubiera dormido en aquel momento con

el sueño de la inocencia, hubiera desmentido seguramente la sentenciosa seguridad del honorable Brian de Lancaster; pero la francesita continuaba soñando con las aventuras del siempre célebre Robinson Crosué. Precisamente había llegado á aquel paso, en que el temerario navegante se había hecho un sombrero de piel de cabra, y un quitasol de la misma tela. La señora duquesa de Gevres lo encontraba muy original con aquel vestido, y creía con alguna apariencia de razón, que Crosué, cubriéndose de pieles para evitar el sol, se parecía algo á Juan de Nivelles, que chapuzaba en el agua para no mojarse con la lluvia.

Esta era la opinión de la señora duquesa viuda de Gevres; pero Robinson era un hombre de gran talento, y, hasta que tengamos mas amplios informes, conservaremos para él, para su quitasol, y sombrero, nuestra mas distinguida consideracion.

Suzannah no parecia participaba enteramente de la confianza de Brian. Sin embargo, el solo hecho de haber podido hablar libremente durante la mayor parte de una hora, le manifestaba que la vigilancia se adormecía: y añadió.

—No podriais creer, Brian, cuánto daria por poder cerciorarme que la vista de aquella hermosa señora, con su apariencia tan bené-

vola y tan dulce , no ha sido una vision. Este es el único recuerdo dichoso que he conservado de mi infancia.

Me miraba con vista enagenada.

—¿Cuan linda es! decía con aire triste y alegre á la vez.

Temperance por una cosa extraordinaria, no habia bebido aquella tarde.

—Señora , es enteramente un retrato vuestro, contestó esta.

Entonces se oyó un ruido de pasos al fin del corredor que daba á la sala.

—Marchaos, señora, idos de aquí! exclamó Temperance que se puso pálida, apesar de la capa rojiza que el gin habia producido sobre su mejilla: en nombre de Dios, idos.

La señora hizo un movimiento para retirarse ; pero un no sé qué la contuvo , y, rechazando los esfuerzos de Temperance que queria llevarsela , corrió hácia mi , y me estrechó convulsivamente contra su corazon.

Deciros lo que yo experimenté en aquel instante seria imposible , milord. Mi alma se deshizo; mis ojos se llenaron de lágrimas; yo no veia ya nada.

Oh! aquello no podia ser un sueño; pues ya veis , Brian , lloro solamente al pensar ese beso , el único que he sentido dul-

ce, sobre mi frente..... Oh! si! teneis razon..... Cuanto hubiera amado á mi madre, milord!

=Y era ella! exclamó Lancaster; era vuestra madre, milady..... que sin duda habian alejado de vos violentamente.....

Suzannah unió sus manos, y dirigió sus ojos al cielo con pasion.

=Madre mia! repitió como si esta palabra hubiese afectado deliciosamente sus labios al pasar, madre mia..... yo hubiera visto á mi madre!

Se dejó resbalar á la orilla del sofá, y cayó de rodillas.

—¡Dios mio! Dios mio! murmuró: haced que sea dichosa..... muy dichosa..... Y haced que antes de morir pueda aun volver á sentir sobre mi frente los labios de mi madre!.....

=Mi vida os pertenece, señora, dijo Lancaster levantándola: el tiempo que empleo en mi rencor ó en mis locuras, os lo dedicaré en adelante, y sin reserva..... Buscaremos..... Y, si es cosa posible encontrar á vuestra madre, la volveremos á encontrar, Suzannah.

Esta volvió hácia él su mirada llena de lágrimas.

=Dios me oye, añadió, pues que me proporciona vuestro auxilio, Brian..... Re-

petidme que la encontraremos.....

—Os doy mi palabra de que pondré todos los medios, señora!..... Y ademas, hablaremos de ella..... Dejaremos á un lado todos vuestros recuerdos de dolor, para pensar solamente en este recuerdo dichoso, y en la esperanza que él produce.

—Oh! cuan bueno sois, milord! dijo Suzannah cuya humedecida mirada se llenó de un reconocimiento infinito: si..... hablaremos de ella..... la buscaremos.....

Pronunció con esfuerzo esta última palabra, y despues se calló, perdiendo la sonrisa que brillaba bajo sus lágrimas. Sus ojos se secaron de pronto, y se pusieron abrazando.

—No! no!.... añadió con amarga desanimacion, me arrastrais á locas ilusiones, milord.... Yo sé muy bien que no tengo madre..... En vano he procurado dar un sentido á ese vago y único recuerdo..... La verdad se presenta, Brian..... la verdad que despedaza, y que desespera..... no era mas que un sueño!

—No puedo creer..... principió á decir Brian.

—Escuchad!..... cuando aquella boca amiga tocó á mi frente, di un grito de alegria, esteudí mis bracitos á fin de devolver abrazo por abrazo..... Ay! mis brazos se

encontraron en el vacío. No existía ya sobre mi la hermosa señora inclinada para darme un beso. Abrí los ojos: una oscuridad profunda reinaba en la habitación.

«Oí que se alejaban, es verdad, con paso furtivo, pero debía ser Temperance.

«Casi al mismo tiempo la voz amenazadora de mi padre estalló á la puerta del corredor. No podía comprender lo que decía, porque hablaba á Temperance en un lenguaje desconocido para mi. ... Después he sabido que era el dialecto de la Irlanda occidental. Temperance contestaba con voz temblona: Ismaél continuaba amenazando.

«En fin, la pobre joven dió unos gritos penetrantes, y entre aquellos lastimeros gritos oí que mi padre le pegaba con fuerza y repetidas veces.

»Cuando encendieron la bugia, vi á Temperance tendida en el suelo, con la cara ensangrentada y llena de chichones. Ismaél le pegaba muchas veces de este modo. Me acerqué á ella para consolarla, y mi padre me rechazó con aspereza.

—¿Habeis dormido bien, Suky? me preguntó.

—No dormía, señor, contesté, y he visto....

—Otra vez me contareis vuestro sueño Suky..... pero no durmais mas asi sobre el

suelo: las tardes están ya frias y, ya lo veis, vos sois causa de que me haya visto obligado á castigar á Temperance.

—Qué! exclamé, ha sido por mi.....

—Escuchad, Suky, añadió Ismaël con su maligna sonrisa; pues cuando se sonreia, Brian, siempre me estremecia y tenia miedo; escuchad, no durmais mas en la sala, hija mia..... y..... cuande tengais sueños como este, venid á contarmelos al momento..... ¿Lo hareis asi, Suky?

Una pregunta de mi padre, milord, era siempre una órden, ó una amenaza. Agaché la cabeza, y comencé á temblar.

—¿Lo hareis asi? repitió Ismaël sacudiéndome el brazo.

—Si, señor.

—Si, Suky: sois una hija obediente..... Y ademas, sino lo haceis asi, mataré á vuestra corza.

Esta amenaza me oprimió el corazon, y escitó en mi una indignacion que era superior á mi edad. No tenia en el mundo á nadie á quien amar mas que á Corah, milord. Por la primera vez miré á Ismael de frente, y su fruncido ceño no me hizo bajar los ojos.

—Si quereis matar á Corah, yo la defenderé, le contesté.

Me dió unos golpecitos en la mejilla.

—La buena sangre no puede desmentirse, murmuró, ó una cosa parecida á esto, cuyo sentido proverbial, me parece, no comprendí en aquel tiempo, y ahora no me es tampoco muy conocido.

—Suky, añadió recobrando su serenidad, si defendeis á vuestra corza cuando yo quisiere matarla, hija mia, os mataré á las dos.«

Brian se estremeció sobre el sofá.

—Miserable! pronunció involuntariamente.

—Ha muerto, dijo con lentitud Suzannah; y era mi padre, milord..... Así que se marchó me acerqué á Temperance, que estaba sobre el suelo, y traté de levantarla.

—Dame gin! me dijo con su voz ronca y cascada.

Fuí á buscarle ginebra. Bebió con avidez y muchas veces.

Así que acabó de beber se puso á cantar.

Le pregunté encarecidamente y de rodillas quien era aquella hermosa señora, que se habia inclinado hácia mi para abrazarme.

Dió una carcajada, y bebió nuevamente

Después en lugar de levantarse, se tendió cuan larga era en el suelo diciendo.

—El judío me pega , pero me deja beber..... ¿Qué me importan los golpes cuando tengo gin?

—Temperance, buena Temperance! esclamé, respóndeme, por compasion.

—Cuando tengo gin no temo los golpes, repitió.. que me pegue el judío, yo beberé.....





CAPITULO DECIMO SEGUNDO.

Corah.

VARIAS veces despues de este dia, prosiguió Suzannah, he interrogado á Temperance, y cuando no estaba ébria me escuchaba temblando sin querer responderme... y cuando lo estaba me miraba con su estúpida risa, y se ponía á cantar.

Desde entonces no me dejaron dormir mas en aquella pieza.

Vos, milord, cuya infancia habrá sido muy feliz sin duda; vos que tendriais un buen padre noble y virtuoso ; vos , á quien llenaria de

besos una madre cariñosa, acaso no comprenderéis que uno de mis deseos mas ardientes en este mundo es volver á ver á Temperance, aquella pobre criatura envilecida; y si deseo verla es para hacerle otra vez esta pregunta tantas veces repetida.

¿Era aquello sueño?

=No, no era sueño, interrumpió aqui Brian de Lancaster, creedme, Suzannah: mientras que vos hablabais he estado reflexionando, y solo el buen sentido, unido á la experiencia mas comun, basta para conocer que en aquello habia algo mas que un sueño. Aquel hombre, vuestro padre, señora, tenia en engañaros un interés que yo no puedo comprender; habia logrado ganar á Temperance por medio de la pasion de esta infeliz, y la habia llegado á domar por el terror de sus castigos brutales; de manera que si callaba era porque tenia miedo. Me atreveria á jurar, milady, que aquella muger cuya imágen habeis conservado en la memoria tan enérgicamente era vuestra madre.

=Gracias, milord, gracias, dijo en voz baja Suzannah.

Despues añadió hablando consigo misma.

=Mi madre vendria á verme.... para no volver despues jamás ¡Ah! ¿qué será mejor, creer esto, ó figurarse que ha sido un sueño?.... Ay! milord, prosiguió ella; Ismaël

me lo ha dicho repetidas veces , mi madre huyó por su propia voluntad lejos de mi cuna.....

Los dias pasaron , despues los meses y en seguida los años; yo crecia , y mi padre me repetia continuamente que iba siendo hermosa... Ningun cambio sin embargo se obraba en mi vida; permanecia siempre confinada en la casa de Goodman's-Fields sin mas sociedad que el mudo Roboam , Temperance y mi corza; los viages de mi padre eran cada vez mas frecuentes, de modo que casi nunca le veia.

¡Cuánto he llorado, milord , en la época de que os hablo! Hacia mas de dos años que nos amábamos la pobre Corah y yo..... Si supiérais qué guapa, qué buena y qué amable era! y cómo comprendia estando atenta cualquiera palabra que salia de mi boca! cómo adivinaba mi silencio! Era mi única amiga y todo mi consuelo. Cuando me veia reir saltaba alegremente sobre el césped al rededor de mí con trasporte , con delirio..... y cuando estaba yo triste que era muy frecuente, se venia á echar á mis pies, fijaba en mí sus mortecinos ojos , y gemia con doloroso eco.... Mas de una vez he visto suspensa una lágrima sobre las rojizas pestañas de sus párpados..... Pobre Corah! Cuando murió pasó mucho tiempo sin que eucontrase otra criatura viviente con quien poder compartir mi tristeza.

Porque Corah, milord, murió, es verdad; pero no era como yo hija de la desgracia: al menos había conocido la libertad. Los nervios flexibles y vigorosos de sus corvejones, tan frágiles en la apariencia, habían en otro tiempo medido el espacio. En lo interior de los grandes bosques la fueron á buscar para encerrarla en seguida en aquel reducido jardín que no contenía bastante aire para su libre pecho.

Enflaquecía el pobre animal porque había un muro entre ella y el horizonte; porque las ventanas de sus narices no podían respirar la deliciosa brisa que atravesaba por encima de las altas yerbas; porque todo le faltaba, la fatiga, el movimiento, el sol.

Por la tarde, á la hora en que la atmósfera húmeda y fría hace bajar al suelo el sofocante hálito de las cuatrocientas mil chimeneas de Londres, Corah empezaba á respirar dificultosamente, y se quedaba jadeando hasta que perdía la respiración. Por la mañana los primeros rayos del sol la volvían la vida; pero el sol es muy raro en Londres, y cuando falta.... cubre un manto de luto á la ciudad!

—Os confieso, milord, que yo estaba también algún tanto como Corah; el aire pesado de la prisión oprimía más y más mi pecho; pero había en este nuevo mal una sombra de gozo: esperaba morir. Sin em-

bargo yo era demasiado fuerte, y la muerte no vino....

—Una mañana que bajé al jardín encontré á mi pobre Corah tendida sobre el césped respirando con dificultad y con el pecho levantado por convulsivos resuellos. Las piernas me flaquearon, comprendí su situación..... me puse de rodillas junto á Corah y no pude contener las lágrimas que corrian silenciosas por mis mejillas... Levantó hácia mí su moribunda vista, y trató de ponerse en pié para hacerme la caricia acostumbrada; pero al momento cayó al suelo, y concluyó su existencia.

Brian tomó el pañuelo bordado de la linda jóven y enjugó una lágrima que corría lentamente por su mejilla.....y ella quiso sonreirse.....

—Era un dolor bien frívolo, no es así, milord? prosiguió Suzannah. Pero hay que tener en cuenta que desde esta muerte ha sido preciso pasar un espacio de siete años para encontrar en mi vida un instante de desahogo, un movimiento de ternura, una mirada amiga, una caricia sincera.... siete años, milord! y aun soy bien jóven.... Hace ocho dias que Dios me ha colmado enviándome á aquel que amo, y á una angelical muger que me apellida su hermana, ahora suceda lo que quiera, no tengo de qué quejarme; vos me habeis amado ocho dias y la-

dy Ophelia me ha dado un lugar en su corazón....

Pasé todo el día cerca de Corah ya muerta, en vano intentaron arrancarme de allí.... allí quería yo morir. Por la tarde, oh! fué una cosa horrible, milord. Temperance introdujo á un hombre en el jardín; un hombre á quien no se podía mirar de feo, porque en su cuerpo deforme llevaba miserables hárapos, y cuando andaba, todos sus miembros se dislocaban en innobles contorsiones,

Temperance, me dijo.

—Miss Suzannah, aquí está el buen mendigo Bob que viene á buscar la corza, es menester que os subais á vuestro cuarto, porque si no podreis enfermar.

Yo no me moví, pero el horrible mendigo se adelantó hácia mí, lo que me causó tal disgusto que me metí en mi cuarto.

El mendigo Bob y Temperance se quedaron solos junto á mi pobre Corah.

—Vamos, mi buen Bob, dijo Temperance, echaos eso al hombro.

Bob se hincó de rodillas en aquel sitio mismo en que habia estado yo un momento antes, y pasó la mano por encima del cuerpo de la corza.

—Está bastante gorda la tal bestiecita, gruñó, y si hubiera muerto de una buena cuchillada se podrian sacar de ella treinta chelines.

Yo estaba escuchando todo llena de espanto.

—Os la doy tal como está por un buen jarro de gin, replicó Temperance, pero despachad, querido Bob.

—Gin! regañó Bob, siempre gin!..... una muger de cinco pies y seis pulgadas!... Escuchad, Temperance, os traeré una azumbre de ginger-beer... (1) la bestiecilla no vale mas.

—Vaya, aunque sea ginger-beer! dijo Temperance; pero despachad.

Bob metió la mano en el seno, y sacó un gran cuchillo, cuya hoja relumbró con las últimas luces del crepúsculo,

—Que sea despues ó antes poco importa! Seria una lástima perder tantas libras de buena carne: la voy á componer tan bien que el que la compre ha de creer que la he sangrado antes de morir.

Sentí que prorumpió en una fuerte risotada, y en seguida metió la hoja del cuchillo en la garganta de Corah....

Entónces di un grito de horror, y caí desmayada.

Cuando volví en mí tenia á mi padre á la cabecera de la cama con un médico.

—Es menester cuidar mucho á esta niña, señor, decia el médico, está mala y muy mala:

(1) Cerveza hecha de gengibre.

es menester darla aire, libertad, los juegos de su edad, ó si no.....

No concluyó, pero yo comprendí bastante, y concebí un rayo de esperanza.

—Pensais que no se ha hecho todo eso doctor? replicó Ismael. Milord, qué fuerte y qué hermosa está.... Esto es efecto de un dolor pasajero.... Yo la traeré otra corza, y se pondrá buena y contenta.

El médico sacudió la cabeza, y se fué á tomar del tablero de la chimenea un geranio, cuyas flores marchitas se inclinaban abatidas sobre su tronco.

—Las flores y los niños han menester sol, dijo, aqui teneis una planta que estará muerta mañana..... creedme, señor, dad aire puro á los fatigados pulmones de vuestra hija, ó le sucederá lo que á la flor....

El médico saludó y salió. Yo habia aparentado dormir mientras que duró la conversacion; y cuando mi padre quedó solo, se sentó cerca de mí y me tomó el pulso.

—Estos tunos de fisicos parecen poetas, murmuró con mal humor, las flores y los niños!... lo cierto es que Suzannah está mala..... Por Jacob! Mas quiero hacer un sacrificio que perderla. Esta niña es mi fortuna, y de un modo ú otro me ha de valer una buena renta, y sin azares.....

La mañana siguiente, milord, me metieron en un coche cerrado, que anduvo un

dia entero sin detenerse, cuando de él bajé era de noche, y cuando desperté por la mañana me encontré en una espaciosa sala, alumbrada de lleno por los rayos del sol naciente.

Salté al punto de la cama, y me dirigí á la ventana. Las lágrimas se me agolparon á los ojos, milord, al ver delante de mi un vasto horizonte, bosques, montañas y un lago: sobre todos estos objetos reflejaban los rayos del sol, difundiendo aqui y allá su dorado resplandor: aquello era magnifico y tan hermoso que me hacia olvidar á mi pobre Corah, pero su imágen vino bien pronto á presentarse á mi imaginacion, me figuraba verla correr por entre los árboles, costeando las verdes orillas del lago ó echada en las yerbas de la llanura, y poseidas de ilusion comencé á llorar, pero este llanto no era de gozo.

Mas con todo, yo era una niña, y todas estas cosas tan hermosas y tan nuevas para mi, disipaban en cierto modo mis pesares. Me acordaba de Corah, y todavia me acuerdo como el único ser que me servia de consuelo en la triste soledad en que pasé la infancia; y sin embargo entonces como ahora este recuerdo venia despojado de su primera amargura. Siempre se me presentaba Corah echada á mis pies, y lamiendo la mano con que la hacia una caricia, pero

nunca me la figuré moribunda , y alejase de mi memoria el cuchillo del horrible mendigo.

Este lugar á que me condujeron estaba bastante lejos de Lóndres , que es lo único que puedo decir, pues jamás supe ni su nombre ni su situacion en el mapa: me dejaban salir todo lo que queria; solo me estaba prohibido hablar á persona estraña , y no tenia mas compañía que la de Temperance. Temperance y el mudo Roboam eran los únicos que me acompañaban en todas mis correrias por aquellos campos, y se interponian como una muralla de piedra entre mi y aquellos buenos aldeanos que me saludaban al pasar.

Mi padre habia quedado en Lóndres.

Lady Ophelia y vos, milord, hace ocho dias que me habeis hablado de Dios y lady Ophelia me ha prestado un libro en que están escritas palabras muy sublimes y consoladoras. Antes yo no tenia conocimiento de Dios, y nunca habia llegado su nombre á mis oidos mas que en alguna blasfemia de Ismaël , ó cuando se quejaba Temperance por los golpes que la daba mi padre. Ignoraba todo lo que tiene relacion con la religion. Ah! y todavia ignoro muchas cosas acerca de este punto!... y sin embargo, en aquel tiempo en que mi débil entendimiento estaba sumergido en las tinieblas, sentia en mi

cierta cosa que me arrastraba invenciblemente hácia una adoracion misteriosa, hácia una esperanza que no era de este mundo, y cuya duracion se estendia mas allá de la muerte. Esta vaga aspiracion era mas dolorosa que consoladora, milord, porque estaba rodeada de penosos esfuerzos para comprender, esfuerzos que nunca podian concluir.

Algunas veces preguntaba acerca de estas cosas á Temperance, pero Temperance no me entendia ó fingia no entenderme, y cuando esto sucedia entonaba un estúpido estribillo, ò bien me decia que Ismael vendria bien pronto á buscarme, y que entonces tendria vestidos de seda y de terciopelo; perlas en mi cabellera y sortijas de piedras preciosas en los dedos.

Todo esto lo comprendia muy bien, porque para lo malo, ó al menos para lo frívolo, no era yo enteramente ignorante. Ismaél me habia repetido hasta la saciedad que era hermosa, y algunas veces me habia vestido con adornos y atavíos brillantes como para exaltar mi coqueteria naciente.

Salí de Lóndres al principio de primavera, y me tuvieron todo el tiempo de la florida estacion en aquella casa de campo, de modo que estos ocho meses de libertad comparativa hicieron en mi un efecto extraordinario. Antes de salir estaba ya bastante fuerte, y para abatirme fué menester toda

la destructora opresion de mi soledad en medio de la impura atmósfera de Lòndres; pero en el campo me desarrollé al instante, mi cuerpo se robusteció, mi alma tomó fuerza y mi entendimiento, aunque inculto todavía, lanzó algunas miradas, traspasando las barreras que se le habian impuesto, sobre este mundo que no me era permitido conocer.

Aprendí á montar á caballo, á nadar en el estanque, y el mudo se admiró muchas veces de verme manejar la escopeta que Ismaél habia dejado entre los objetos de mi servicio.

Ab! milord, estas no son cosas que debe saber una muger. Hace ocho dias que he sabido que estos ejercicios no son los mas apropiados para una muger; los olvidaré pues que asi lo quereis, Brian.

Lancaster se inclinó sonriéndose.

—No olvideis nada, Suzannah, dijo él, yo os amo solo.... amo todo lo que hay en vos; vuestra ignorancia y hasta esa tirania que gravitó sobre vuestros tiernos años y que os hizo tan diferente de las demas mugeres..... oh! si vos me amais que felices seremos!

—Si, os amo! repitió Suzannah, cuyos ojos dilatados con sus recuerdos lanzaron de repente un rayo de fuego y de resplandor. Bien sabe Dios que toda mi vida es vuestra hace mucho tiempo, milord..... Os diré bien pronto lo

que padecía sin vos y por vos.... os diré como sin saberlo habeis cambiado en agonia mi apática resignacion y mi profunda indiferencia en martirio..... Y os diré tambien cuánto amaba mis padecimientos, Brian, y qué estraña felicidad se mezclaba á la amargura de mi tormento.....

Hácia el otoño llegó una carta de Ismael que me llamaba: nos metimos al instante en un carruage cerrado y llegamos de noche á Lóndres. Yo soy una criatura rara, ò bien puede ser que á todos nos suceda lo mismo: sentí placer viendo de nuevo aquella casa donde el tedio y el disgusto me habian abrumado tanto: sentí placer al sentarme en la cabaña vacia de mi pobre Corah: los árboles me parecieron antiguos amigos, y mi cuartito menos triste.

Ya no tenia envidia á las tiernas niñas que jugaban sobre el césped del Square; ademas que ya no eran las mismas: habian crecido como yo y desaparecido los ruidosos juegos que enviadaba. Qué harian ahora que no se les veia en el Square? Estarian acaso encerradas á su vez? pobrecitas!

Me compadecia de su suerte creyendo que estarian como mi corza Corah, porque habian sido aprisionadas despues de haber gozado de la libertad.

Cuando me vió mi padre se quedó admirado.

—Qué grande y qué linda estais, Suzannah, dijo él con verdadera admiracion: este perillan de doctor tenia razon con su flor y su niña..... vamos Suzannah, hija mia, sois ya una dama completa y es preciso trataros como tal. ¿Os gustan los vestidos ricos?

Ruboricéme de placer al escuchar esta pregunta.

—Tendreis buenos vestidos, prosiguió mi padre con tono risueño, y adornos y brillantes..... y despues, hija mia, vereis muy pronto caras nuevas.... oh! os vais á divertir como una princesa, Suzannah.

Me quedé pensativa luego que salió mi padre: mi curiosidad se habia cambiado en temor; la idea de ver á alguno y de hablar con otro que no fuese mi padre, ni Temperance, ni Roboam, me daba miedo, y sin embargo los ricos vestidos, las joyas y los brillantes me volvian la cabeza. Entonces me parece que tendria once años poco mas ó menos, y habrán pasado desde que sucedió como unos seis.

La tarde de este mismo dia ocurrió un lance.

Temperance estaba ocupada en componer mis cabellos para arreglar mi peinado de noche, y la pobrecita tenia, como de costumbre, bastante gin para alegrar el corazon: y aunque no del todo embriagada, participaba de aquella alegría comu-

nicativa y exaltada , tan propia de las personas entregadas á su vicio favorito.

—Miss Suzannah, me dijo echándose á reir en seguida, tengo encargo de abrazaros.... de daros un beso en ambos carrillos, á fé mia miss Suzannah!..... acabo de pensar vive Dios! mi querida señorita!.. Pero el libro dice: No tomarás en vauo el nombre de Dios... Sin embargo, mi querido Bob es quien me enseña á jurar asi Qué es lo que estaba diciendo, miss Suzannah?

—Deciais que beber siempre es mal vicio, Temperance , repliqué yo con mi malicia infantil.

—Dije eso? exclamó ella: oh! entonces... es preciso que estuviese borracha... pero no, carona..... lo que yo decia es que tenia encargo de daros un abrazo y de poneros al cuello todas estas baratijas que traigo aqui.

Sin darme tiempo para responder, me plantó un beso en cada mejilla, y me puso al cuello un cordon de seda de que pendia el medallon que encierra ahora vuestra flor, Brian.

—Qué es esto? pregunté yo , y quién os ha encargado?....

—Chut..... interrumpió Temperance, es un gran secreto.....

—Yo os suplico mi buena Temperance, que me digais quien me envia esta tan linda caja.

—Es....

Y se detuvo para echarse á reir.

—Es una ninfa, prosiguió con su ordinaria alegría, una hada que anda por Goodman Fields todas las tardes, y que me dá con que comprar gin cuando..... cuando la acomoda, y quiero... miss Suzannah.

FIN DEL TERCER TOMO.